Mención Premio de Novela Andrés Bello 1984
EDITORIAL ANDRÉS BELLO

ELISA SERRANA

A cuál de ellas quiere usted "mandandirumdirunda"

ELISA SERRANA

A CUAL DE ELLAS QUIERE USTED

"MANDANDIRUMDIRUNDA"

Mención Premio Novela Andrés Bello 1984

EDITORIAL ANDRES BELLO

NOTA

Para escribir una novela, el autor hace un esquema de argumento, traza algunos personajes, idea la trama y el desarrollo, etc. Pero el momento más importante es el de indagar en sí mismo para encontrar la nueva forma literaria, el nuevo estilo: algo así como el colorido, la distancia, el enfoque, la composición que proyecta un pintor antes de tomar los pinceles. El escritor tiende a rechazar sus libros anteriores y reniega de la frase empleada o de la conclusión escogida. Nunca está satisfecho de su obra o feliz con el resultado. Busca. A veces para peor, a veces para mejor, a veces para nada, sólo por cambiar o cambiarse.

Después de haber escrito siete novelas —cuatro de ellas publicadas—, algunas de largo aliento, llenas de personajes o misterios, y otras con múltiples acontecimientos y reflexiones subjetivas, quise en esta nueva obra A cuál de ellas quiere usted. "Mandandirumdirunda" *renovarme y escribir en estilo y fondo diferentes.*

Como si no tuviera papel, ni lápiz, ni máquina, imaginé estar manejando una cámara. No escribía, filmaba. Manejé la filmadora (de esas fantásticas que usan los cineastas para lograr los más sutiles reflejos del espíritu en el mínimo de palabras) con la que fui captando el secreto de la imagen, del ambiente y del acontecer, sin más dramatismo que el hecho mismo, desnudo, limpio de aderezos y contornos.

Y me lancé, como quien va sacando capas de una cebolla hasta dejar el bulbo transparente, filmando el maquillaje de tres mujeres en sus respectivas piezas de baño, siguiéndolas a la calle, al automóvil, a la fiesta. Grabé trozos de conversaciones intrascendentes y comentarios banales, gestos triviales, molestias rutinarias. Peripecias diversas que van dificultando su llegada a la boda, borrando sus afeites, ajando sus vestidos, dejando secuelas de rencor, insatisfacción, heridas, con sabor a muerte.

En recortado espacio de tiempo, escasas descripciones íntimas, se esbozan, al fin, los tres personajes, y el lector siente que nadie es tal cual parece o intenta ser y que, por el solo hecho de tener ellas una carne, tienen también una cruz.

A Lucila le gustaba tararear una canción con el correr del agua por acompañamiento. Miró la hora, eran las cinco: regalaré este reloj a alguien que aprecie más que yo los diamantes que rodean la esfera, se dijo, y retiró cuidadosamente el cierre poniendo la joya sobre el mármol del lavatorio; no quiero nada que me recuerde el pasado, empezaré de nuevo, ¿desde qué punto? Imposible saber en qué momento de su vida adulta todo le pareció intolerable. De pie frente al espejo hubiese deseado retroceder el calendario, sábado ya, otra semana perdida. Era tiempo de arreglarse para la boda, como Carlos, su marido, motejó el acontecimiento que la obligara a llamar por teléfono, para concertar los detalles de transporte y vestuario, a sus dos buenas amigas Soledad y Rosalía; retocar el esmalte de las uñas y maquillarse con más esmero que de costumbre para lucir hermosa en la ceremonia que se efectuaría en las antiguas casas de campo de Ifigenia, a hora y media de Santiago.

El espejo de la pieza de baño, tres por tres ochenta, sí, exactamente eso, aclaró en la vidriería, del porte de la muralla lateral, biselado, de muro a muro, como un estuco, nada de cortes ni huecos para apliqués, la luz viene del techo, le producía el agrado de verse de cuerpo entero, con arrugas enteras, y la espléndida luz indirecta, especialmente calculada para evitar sombras sobre el rostro al maquillarse, le evitaba, de paso, la ilusión: ¿los pelos de la barbilla crecerán de noche o van, como las enredaderas, siguiendo al sol? Sonrió con amargura, que

únicamente se permitía estando sola, y tragó una píldora blanca y un vaso de agua mineral; al salir tomaría una roja, y así mantenerse entera, y si fuese necesario, otra blanca antes del final de la noche. Se había limpiado el cutis para estar lozana frente a sus hijos y, después de la siesta, volvió a echarse loción estirando los labios diez veces seguidas: este ejercicio borra las marcas en las comisuras de la boca, dicen, pero es mentira. Solía hacer varias sonrisas gimnásticas a la semana, cuando estaba de ánimo y con tiempo disponible, encerrada en el cuarto de baño. Por fin: me gusta esta pieza, aquí nadie me molesta, estoy pensando instalar un parlante para oír el concierto de la mañana mientras me arreglo. Al terminar el masaje con crema base tomó el lápiz café y retocó sus párpados cuidadosamente; al ponerlo en la consola oyó el quejido doloroso, anhelante, de Carlos. Lucila no pestañeó.

Soledad dejó el libro abierto en la página 33 y saltó de la cama tan ágilmente que se torció un tobillo, miró la pierna con desdén y fue hacia la ducha; pero volvió a salir, asegurándose la gorra sobre el pelo marcado por tres pinzas capitales, a apagar el cigarrillo que dejara prendido sobre la mesita velador. Entró al baño, tanteó cuál toalla estaba más seca y concentró el pensamiento hasta recordar dónde puso las llaves de la station wagon, último modelo, color celeste plateado, que esperaba en el estacionamiento del edificio: tu auto es el más apropiado para salir al campo y andar por caminos de tierra, ¿qué tan lejos está el fundo?, yo estuve ahí almorzando en tiempo de casada, pero ahora no sabría cómo..., por la mismísima, qué agua tan fría; antes de decidir el programa y el transporte, las tres amigas opinaban sin son ni ton, pensó Soledad algo aburrida. Deberíamos ir con algún hombre, dijo por teléfono Rosalía. Como si los hombres fuesen más ubicados. Saben de norte y sur, interpretan un mapa, agregó a su vez Lucila. Como si tuviésemos algún hombre disponible. Tres llamados telefónicos sin lograr

ponerse de acuerdo. ¿Vamos o no vamos? ¿En tenida campestre o de tarde? Tu auto es el más nuevo. Puchas con el agua, no calienta, apostaría que todas las jetonas del edificio se están bañando a la misma hora. Buscó el piso de baño, pero sus dedos del pie tocaron las baldosas. Sintió un ligero dolor en el tobillo. *Hell*, es lo que faltaba, ahora que estamos las tres viejas con los crespos hechos. Sonrió a su imagen divertida al comprobar que su boca se estaba agrandando: antes era provocativa, según Miguel, su amado ex, ahora parece buzón. Se restregó los dientes, escupió sobre el lavatorio. Cinco minutos para maquillarse, medio para peinarse y ocho en buscar las llaves del auto, era su *timing:* estoy al pelo, siempre que no me llame Rosalía para decirme que no va al matrimonio, o para que yo la convenza de que debe ir: no es mi pariente al fin y al cabo, es tu sobrina, yo sólo voy a acompañarte. ¿A qué voy en realidad? A despiojarme. No está de más ponerse un bonito vestido después de una semana de uniformes pensados para jovencitas y no para mí. Uniformes por todos lados, en los ministerios, en las obras sociales, en los bancos y ahora en los organismos internacionales. Sacudió su pelo rubio, seco, y lo escobilló hacia atrás dejando caer una onda sobre la frente: a lo Jean Harlow, diría mi papá, y tomó con dedos torpes el rimmel para sus pestañas poco acostumbradas al maquillaje, y así teñirlas varias veces con esmero: necesito obscurecerlas y además, ¿por qué negarlo?, me gusta destacar el azul de mis ojos, uf, qué estupidez, lápiz labial rosado me va mejor, doce minutos y estoy peor que antes de arreglarme. El récord lo estableció en tiempos de casada: No dirás, amor mío, que soy una mujer pretenciosa. No, no lo diré. Le pareció sentir el beso de Miguel sobre su cuello y una pena arraigada en su piel la estremeció.

Eres la única mujer que usa enagua en estos tiempos, estás algo *démodée,* ¿sabís, mamá? Es que se me enfría la espalda, respondió Rosalía quejosa, las medias perfectamente estiradas,

los zapatos muy limpios, la combinación beige carne, el pelo organizado por una buena peluquera y mucha laca y entró al baño; antes de nada recogió dos toallas del suelo, sacó los pelos de la escobilla y lavó la peineta: estos niños desordenados me van a matar. Tenía tiempo de sobra para arreglar su atuendo y su ánimo: pero aún no decido si llevar piel de zorros plateados. Desde el comedor subieron las risas y voces de Mané, que tomaba té con sus amigos. No te pintes mucho, mamá, no te sienta, dictaminó su hija Lily, cediéndole el baño, yo voy al cine. A Rosalía le hubiese gustado dejarla en casa durante su ausencia, pero no se atrevió a insinuarlo. ¿Algún joven simpático?, preguntó mientras se jabonaba las manos. Lily sonrió misteriosa y cerró la puerta. Por lo menos Mané recibía en casa: eso de andar vagando en familias sabe Dios cómo, aquí puede pasarlo bien, un kuchen de manzanas, unos sandwiches de palta con nuez encima, finos, decentes, nada caros, y además discos a la moda; Osvaldito, qué niño, no gasta más que en discos, nadie podrá decir que mis hijos no tienen de todo, no me gusta que la gente piense que porque soy viuda tienen ellos que andar sacudiendo complejos en casas ajenas, ¿qué me pongo?, debería llamar a Soledad y decirle que no voy a ir, no quiero dejar a Mané sola con sus invitados. No seas gansa, mamá, ella está encantada sin ti. Sólo voy por obligación de familia, no por gusto, Lily apenas la oía, no me entretengo lejos de la casa, me pongo nerviosa. Ya, cortalá. El lavatorio limpio le permitió disponer en orden sus cosméticos. ¿Cómo voy a pintarme los ojos?, gritó aterrada ante los diversos colores en la caja. Imagínate que estás pintando un paisaje y degradas del mar a la cordillera, había dicho Lucila, pero la hija la miró con desprecio. Si no fuera por mis amigas yo no iría; Lucila, aunque tiene de todo y nada le hace falta, anda de malón ánimo y necesita distraerse, no sé por qué la noto rara últimamente, muy rara. Nada de mapas ni paisajes, mamá, Lily tomó el verde musgo, no tienes espacio entre párpado y ceja, dibujó con cuidado, estás regia, apúrate, una rayita más y listo. Se vio en el espejo, el cutis terso y albo no demostraba sus años ni sus pe-

nas ni el número de partos y de abortos. Sonrió más tranquila, aunque aún insegura, de la barra colgaba el vestido recién planchado, dibujó con mano temblorosa el labio superior vacilando si pintar el inferior, restregó uno contra el otro y el espejo le devolvió una imagen llena de ansiedad. Todo la asustaba fuera de casa, intentó meterse el vestido, temblaron levemente sus pies, pero temiendo desbaratar el peinado levantó una pierna, luego la otra, se tambaleó un poco y sujetándose en el lavatorio continuó tirando desde abajo, el vestido crujió al pasar por las caderas y alcanzó a los hombros, oyó sonar el timbre: Virgen Santa, Soledad, gritó asomándose por la balaustrada de madera, bajo enseguida, ¿crees que debo llevar abrigo o mi estola de zorros? Preferible abrigo, respondió Soledad. Es que no tengo ninguno apropiado. Imbécil, para qué preguntas entonces, rió la amiga, haz como quieras, en el auto no hace frío y en la casa tampoco. ¿Y si nos quedamos en pana? Dormimos adentro, porque yo no pienso hacer de mecánico, ya bastante choreada me tiene este ajetreo, te espero en el auto, apúrate y no olvides hacer pipí antes de salir. Para qué habré aceptado, qué confusión, Santo Dios. Ya voy, guardo mi collar y bajo, no, mejor me lo pongo.

—Sería milagro que estuviese lista —exclamó Soledad bajándose del auto frente a la casa de Lucila para estirar su falda y airear su espalda—; vamos a llegar todas sudadas, qué miéchica, y para eso tanto emperifollarse.

—Yo debería pasarme para el asiento de atrás cuando venga Lucila —Rosalía secó las manos contra el tapiz con gran delicadeza—, así ustedes irán más cómodas.

—No seas sacrificada y permanece en tu asiento, ¿dónde puse los guantes para manejar?; busca, Rosalía, ahí en la guantera, molesta la humedad de las palmas de las manos sobre el volante. —Lucila hacía una seña tras la ventana—. Comienza a

atardecer, luego hará frío, apúrate, aunque estamos a tiempo no me gusta andar rajada.

Desde la verja del antejardín de su casa Lucila representó una reverencia teatral y sonrió alzando la cabeza con ese afectado señorío que adoptara para mantenerse erguida.

—Hice todo lo posible para verme espléndida —sin esfuerzo subió al asiento trasero— y ajusté bien mi sonrisa para que no se me caiga. —Ubicó los pliegues del vestido y sacó el suspiro para seguir sonriente—. Se supone que el plástico sobre el tapiz está para demostrar que el coche es nuevo, ¿no?

—No sólo para eso —Soledad accionó la partida—, también para que se te caliente el traste.

—¿Sabe alguien exactamente a dónde vamos? —Rosalía miró la amplia avenida algo confusa y Soledad frenó bruscamente.

—No me digan que ninguna de las dos taradas sabe por dónde tenemos que salir de la ciudad, yo soy el chofer, sólo eso.

—Me explicaron que saliera hacia la costa y antes de Curacaví siguiéramos las indicaciones para internarnos hacia la izquierda de la carretera —dijo Lucila con desgano.

—Pero si hay dos salidas hacia Curacaví..., monstruos míos.

—No se preocupen, espero ubicarme. —Rosalía se arrellanó en el asiento para contemplar el atardecer, Soledad volvió a partir—. Hay una forma de acortar el camino, creo que saliendo por Padre Hurtado.

—Yo conduzco, pero ustedes guían.

—Que Rosalía sea copiloto —suspiró Lucila cerrando los ojos al apoyar la cabeza sobre el respaldo—, yo estoy agotada, pronto me recuperaré, les prometo, y comenzaré a desarrollar mis facultades histriónicas. —Aún no lograba sacar la respiración sin sentir agudo dolor en la tráquea—. Cuando éramos chicos cantábamos para hacer más agradables los viajes, cantábamos mucho entonces, es decir, yo cantaba mientras mis hermanos se burlaban de mí. —Entonó unas notas y las repitió su-

biendo el registro de su voz en medios tonos exageradamente líricos; sus dos compañeras de jornada comenzaron a reír para detenerse al presentir que la vena musical de Lucila se convertía imperceptiblemente en visceral lamento—. Cuando se aburran les canto algo más alegre, de Plácido Domingo, en esta etapa popular que ha agarrado.

—No te esfuerces tanto, podemos colocar la cassette —sonrió Soledad escarbando entre los trapos amarillos, toalla nova, cintas musicales y objetos varios que, mezclados a los billetes para limosnas, yacían revueltos en el cajón central, entre los asientos delanteros—. A no ser que prefieran a José Luis Perales, aquí estoy para servirles... mientras pidan pocas cosas.

—No sean fomes —gimió Rosalía adelgazando la voz hasta lo infantil—. Nos vemos tan poco y es tan agradable estar las tres juntas, tranquilas, relajadas, sin un tema específico que tratar.

—Hasta ahí no más, querida, yo traje una tabla y espero nos atengamos a ella —bromeó Soledad—. Tiene tres puntos, uno, dos y tres. —La miraron algo asustadas—. Tú, yo y ella; no, más bien seis puntos, nosotras, vosotros y ellos. ¿Por dónde comenzamos?

—Por yo, por supuesto —acotó Lucila con ironía—, yo, nosotros, es muy interesante. —Parecía recobrar su mordacidad fina de otras ocasiones y al sentirlo ella misma se serenó.

Alzaban y confundían las voces mientras ubicaban la mejor forma de salir de la ciudad, la dirección de los tránsitos y las horas que demorarían en llegar a su destino, la casa familiar de Ifigenia. Junto al calor bajaba la congestión callejera y en algunos puntos el tráfico era expedito.

Soledad se detuvo bruscamente produciendo un silencio en la animada charla:

—Cresta, olvidé mis anteojos de sol. —Tras una pausa se animó a confesar—: A decir verdad, me parece que no traje ningún par de anteojos.

—Virgen Santa —Rosalía abrió la boca impresionada—,

ése sí que es problema, vamos a desbarrancarnos.

—El problema son las carteritas de tarde —murmuró Lucila—, no cabe duda, yo traigo apenas lo necesario.

—¿Lo necesario para qué? —Soledad recuperó su humor—. Sólo el diablo sabe cuáles serán tus necesidades esta noche.

—Lo necesario para la ocasión. —Lucila abrió la ventanilla para respirar mejor—. Vamos a una boda, ¿no?

El viaje sería tranquilo, agradable, a qué agitarse por un par de anteojos más o menos, pensó Soledad, sólo porque le gustaba cumplir bien, salir adelante en cualquier dificultad. Su fama de mujer eficiente la precedía como una senda o la amarraba como una cadena. Actuar adecuadamente, programar con claridad aunque sufriera el vacío rodeándola como una atmósfera infestada e inmunda. La luz del sol molestaba los ojos al herirlos en forma directa desde el poniente.

—Momento, concurrencia, me detendré a limpiar bien los vidrios. —Mientras Soledad manipulaba paños, aguas y papeles tratando de preservar el borde de su vestido y la limpieza de sus manos, Lucila aprovechó la ocasión para abrir ventanillas.

—Estás con la manía de ventearte —observó Rosalía temerosa por su peinado.

—Comienzo a sentirme tan pero tan bien, que creo no necesitar de gran esfuerzo para volver a ser la mujer más atractiva de la fiesta. —La voz de Lucila, casi inaudible, se transformó de súbito en una exagerada risa—. Estoy en las nubes, como que no existiera; mírenme, chicas, ¿existo en realidad?, ¿estoy aquí?, mírenme. Yo me siento aquí, por primera vez esta tarde estoy... —Reaccionó frenada por la rígida mueca de Rosalía y recuperó su tono circunspecto—. Subiré un poco si estás tan temerosa por tu peinado.

Soledad instalada, mirando a través del vidrio ahora transparente, maniobró la partida, otra vez fuerte, segura de su rol y de sus ojos:

—*Beautiful people,* apretamos rajadas, acomodar el poto, abrocharse los cinturones y apagar los cigarrillos.

—¿Cómo funciona este vidrio? —Rosalía indagó sobre todas las perillas del tablero y de la puerta con dedos torpes de neófita.

—Deja esas huevadas, ahí, corta el viento y listo, ahí arriba..., qué pajarona... —ordenó Soledad.

—O llegamos bellas o asadas.

—Si es que llegamos, porque súbitamente se me confundieron las instrucciones.

—¿Sabe alguna de ustedes, realmente, a dónde vamos? Tú, Rosalía, eres de esta zona y deberías conocer bien el camino, ¿cuántas veces lo recorriste en tu juventud?

—Muchas veces, aunque en otros tiempos los trazados camineros eran diferentes. El problema es que nunca he venido sola, pero traigo un plano.

Soledad suspiró impaciente mientras Lucila continuaba mirando la tarde, preocupada de esconder sus discontinuos humores para recuperar la adecuada y sobria actitud de siempre.

Lucila estiró bien las piernas y relajó los músculos de las pantorrillas; tenía todo el asiento para ella sola y podía aislarse, lejos de sí misma, de los últimos acontecimientos familiares y de las amigas que la ayudaban, sin saberlo, a mantenerse entera. Recordaba haber dejado la casa en orden, silenciosa, la empleada había salido y el mozo, chofer y hacelotodo de Carlos, se metía en su pieza con la televisión a todo volumen y respondía como por instinto a la campanilla sonando sobre la puerta de la cocina cuando la gorda cocinera se instalaba en Peumo con la disculpa de cuidar a su sobrina, cosa que sucedía a menudo: debe estar lateada de trabajar. Eva, su hija, le prometió llamar a las nueve para saber de su padre y darle las buenas noches. Ultimamente la criada se divertía los sábados y asomaba un rostro aletargado el lunes a primera hora: ¿Crees tú que ha sacado novio?, preguntó Lucila a su marido. Si es así, bendita sea, respondió Carlos riendo con buen humor, ya que con

esa cara de india brava que se gasta, quiere decir que todavía hay patria ciudadanos para un roto del barrio. Conversando así amistosamente volvían al recuerdo de su esposa otros tiempos jóvenes y alegres. El Carlos de antaño, el inalcanzable que aún conservaba la postura, el dejo de ironía y la seguridad que la subyugó a ella y a su familia. La hermosa Lucila no podía escoger mal, siempre hizo todo bien, según su madre. Es para la risa, yo haciendo algo bien, fuera de aparentar. Sus padres sentían por ella cierto respeto, quizás por ser hija única entre varones, no recordaba brusquedad o violencia en su infancia y también la adolescencia transcurrió en ámbito sereno y cálido, rodeada de admiración y ternura, lejos del mal y de la realidad brutal de su entorno. La familia aceptó a Carlos cohibida ante ese hombre mayor, reticente al matrimonio; luego todos lo acogieron contentos, rodeándole de respeto y simpatía algo lejana aunque sincera, la que continuó manifestándose al tratarlo más de cerca, oír sus bromas y ver, y usar, sus nuevos modelos de automóviles, los que, como las canas en sus sienes, le deban un estatus imposible de menospreciar.

Lucila fue a la pieza de baño, dejó correr el agua fría, metió las manos y aspiró hondo echando el aire por la boca abierta. Al volver al living vio la cabeza de su marido caída hacia la derecha. ¿Tomaste tus píldoras?, con sus variadas gamas de colores podrías hacer un juego de párvulos, comentó al escoger entre los frascos, si vas a dormirte es mejor que lo hagas en tu cama. Carlos se sobresaltó siguiéndola obediente hasta el dormitorio. Quedarás solo mientras yo salgo, pero volveré pronto. Cuando lo vio tendido en mangas de camisa y el pantalón ajado sobre la colcha, volvió los ojos y apresuró el paso. Salir adelante, como sea, no le quedaba más, vivir en la mejor forma posible, sin pensar en otras alternativas, terminar con todo, con Carlos, con sí misma, con la vida de evasión escogida. Bajo la ligera brisa refrescando su cuello perdió la vista entre los techos cada vez menos regulares de las casas periféricas del gran Santiago: ¿y si la tonta esa de la empleada vuelve temprano precisamente hoy, echando por tierra el plan tan largamente

elaborado? Esperar, evadirse: ¿Podríamos detenernos a tomar un vaso de agua?, necesito un remedio.

—No, no podemos —respondió Soledad secamente, acribillándola con una sola y oblicua mirada de desprecio—. A la miéchica tus píldoras.

Rosalía frunció los labios con recato.

—¿Alguna de ustedes conoce a la novia? —Soledad manejaba echando atrás la espalda, cómodamente instalada, por las calles santiaguinas.

—Yo, por supuesto, y es muy amorosa. No te olvides de que debemos tomar el camino viejo —murmuró Lucila.

—Ya lo sé, pero falta aún.

—Mucha gentileza habernos invitado a las tres, es un matrimonio en la casa y con un número restringido de invitados —exclamó Rosalía.

—No me parece. Decidieron hacer la fiesta en el campo porque la casa es grande y allí cabe más gente.

—Pero menos gente está dispuesta a salir de la ciudad.

—Se trata de una boda elegante en una casa preciosa, antigua, con un parque que mantiene el estilo del siglo pasado.

—Cuando se es rico uno puede darse el lujo de mantener auténticas las antigüedades. —Rosalía ocultó el despecho acumulado por años en su espíritu.

—No son tan ricos, creo más bien que tienen buen gusto —respondió Lucila.

—Nadie va a la rastra a una fiesta en casa de Ifigenia.

Cuando eran chicas envidiaba todo de su prima Ifigenia: El nombre Rosalía es aplastante; mira, Lily, he sobrevivido a eso y a otras muchas cosas. Ifigenia por llamarse como la abuela heredaría el collar de esmeraldas, así se rumoreaba entonces, como si yo tuviese la culpa de que mi madre me engendrara

después. No vale la pena dividirlo y hacer una serie de joyas mediocres, dijo la abuela, ya les daré alguna cosilla a mis otras nietas. Buen gusto. No era gusto lo que se necesitaba para lucir el collar de esmeraldas por entre las viejas encinas del parque ancestral. Mis joyas son mis hijos, se dijo Rosalía y se sintió tan cursi que levantó el trasero para estirar la falda tapando las rodillas que con el tiempo estaban volviéndose punzantes: no debí haber venido, ¿por qué me dejé convencer?, porque Soledad tenía vestido nuevo y buscaba una ocasión de lucirlo, en cambio yo no necesito salir, no soy sola como ella; entre mis costuras, mis deberes domésticos y mis hijos, además de una visita semanal al Hogar de Ancianos, tengo la vida plena.

¿Hasta qué hora pensarán quedarse estas mujeres? Lily se reiría de mí, que estoy muy guasa o muy gansa, algo así diría, ella es una joven actual y una profesional distinguida, sabe qué quiere y a dónde va, siempre que se case bien, ojalá pronto, antes de que Mané salga del colegio. No podía confesar a sus amigas con qué temor salía de casa: Osvaldito es un joven ejemplar, que Dios lo bendiga, tiene sus cosas, pero... atento con su madre, desde que enviudé trata de reemplazar a su padre con pequeñas atenciones, es decir hace lo posible, pero al crecer se va alejando de mí como si la experiencia abriera grietas en su amor filial. Su hijo segundo pasaba demasiadas horas fuera de casa o en su pieza, recitando textos a todo grito, como un loco, y una vez había sorprendido a Lily botándole unos cigarros al excusado. Déjame los pitillos, hermana, o me la pagarás. Di mejor tus pitos, cretino, imbécil. Hijos, en esta casa nadie se habla así, su madre merece respeto y ustedes también. Las puertas se cerraron en silencio, ¿podía haberse reanudado la pesadilla de la adolescencia? Era un hombre ahora y ella era viuda y lo necesitaba. Mucho se había sacrificado para educar bien a sus hijos y darles un buen ejemplo y nada destruiría el fruto de sus desvelos, esto de la droga era una moda y además, cachái, no produce acostumbramiento. Tanto sacrificio. Todas las madres se sacrifican y no lo hacen sentir, decía Mané mordiendo un pan chorreante de mantequilla.

¿Por qué te echas tanta y no ocupas la margarina? Y además tú, mamá, te pasas en la casa, sin trabajar, viendo televisión como todas las viejas. Tamaña injusticia era impropia de una hija amante.

Si Osvaldo viviese, si ella no fuera una mujer sola, si tuviera una buena renta, si la casa fuese un poquito más adecuada para la vida social, si Osvaldo hubiese sido menos sencillo, bondadoso y más rico, legándole algo, si tuviese un hermoso jardín donde recibir amistades de los niños, si la renta le alcanzara para un mes en la playa, si Osvaldo no hubiese sido tan poco ambicioso, si Osvaldo hubiera sido diferente, si Osvaldo..., si Osvaldo, mi pobre querido Osvaldo, si Osvaldo no se hubiera muerto. Iría al matrimonio para gozar de la fiesta, porque nadie apreciaba sus desvelos ni sus esfuerzos; iría a la boda de la hija de Ifigenia porque... Pues porque se te antoja ir, mamá.

—Imagino que el buffet será excelente —exclamó Rosalía—, el salir de Santiago siempre me abre el apetito, lástima que no me quepa ningún dulcecito en esta cartera, cómo gozarían los niños si les llevara alguna golosina.

—Ya no son guaguas.

—Puedes pasar a comprar una caja de cartón apropiado, todavía hay tiendas abiertas —bromeó Soledad—, te ayudaremos a llenarla entre todas.

—Sólo de pensar en comer se me revuelve el estómago. —Lucila hizo un gesto de asco.

—¿Y en tomar?

—Peor, no bebo alcohol últimamente, me cae mal. No te distraigas, gringa.

—Pero si eres tú quien guía.

—Ahora hay que ponerse atentas, estamos saliendo de la ciudad.

—No te angusties, ya me calé bien los lentes, mírame el

modelito, supermodernos, ni se notan. —Lucila estiró un papel sobre el asiento—. ¿A esto le llamas plano, Rosalía? Es apenas un dibujo de niño, y de niño algo tarado; no me mires, Soledad, concéntrate en la ruta, me pones nerviosa.

—Si quieren que maneje bien denme las instrucciones a tiempo y correctamente —exclamó Soledad—, terminen con esos para acá o para allá o tuerce para ese lado.

—Ahora lo haremos correctamente: según la carta oceánica que realizó Rosalía deberías tomar pausadamente la próxima curva hacia la izquierda; mientras mantengamos la dirección poniente, hacia el mar, vamos bien —Lucila rió por fin repuesta—; es claro que podemos llegar a Valparaíso si nos descuidamos.

—Estás interpretando mal esa curva, primero hacia el poniente y luego hacia el sur —insinuó Rosalía con modestia—. Yo iba dirigiendo de lo más bien, pero Lucila se cree Darwin.

—¿Por qué Darwin, si era un científico?

—Viajó por mares desconocidos.

—Estamos viendo la misma serial, que el capitán Fitzroy sea yo.

—Según las indicaciones ya deberíamos desviarnos.

—Ya, Fitzroy, hace rato pasamos a camino de tierra y no sé si estaba previsto.

—Más que Fitzroy pareces Fittipaldi; disminuye, que no se ve nada.

—Cierren los vidrios, qué tierral, nadie me dijo que el camino era una mierda.

Soledad disminuyó y trató de ubicarse en el sendero. A ambos lados potreros vacíos hacían imaginar el término de la civilización; una fila de álamos, muy ordenada al fondo del valle, dibujaba el horizonte. Hacia la izquierda se obscurecían unas nubes bajas y rastreras y al tomar el color azul y greda de la cordillera confundíanse en ella; el silencio y la soledad eran

absolutos. De cuando en cuando, en alguna casita campesina, una vaca pastaba recelosa y ni perros salían a ladrar al camino. Un escalofrío de temor recorrió su espalda con la sensación de avanzar sin destino. Conversando temas superfluos, callando cosas importantes, habían dejado la ciudad casi sin darse cuenta. La mente de Soledad, concentrada en problemas de oficina y en tratar de organizar un futuro coherente con su nuevo estilo de vida, se dispersaba en plática banal. Oía y contestaba sin mirar más que la línea gris del asfalto y los semáforos, esquivando personas que interrumpían su carrera; frenó aterrada ante la pelota venida de un grupo de chiquillos y volvió a partir reclamando. Conducir en carretera le agradaba, siempre lo hizo bien en ciudades extranjeras que señalizaban regularmente, no dejando perderse a quienes se fijaban en los signos del tránsito y las indicaciones del lugar; pero en Chile le parecía rodar sobre calzadas destruidas, prefiriendo liberar su pensamiento y gozar de sus quimeras. Perdón, no me di cuenta de que... No se atrevía a confesar que veía peor. Los ojos comenzaron a irritarse por el esfuerzo, el exceso de polvo le molestaba y la continuidad infinita del mismo paisaje poníala nerviosa, como si mágicamente la hubiesen depositado en un lugar ignoto, irreal, desprovista de carne y sangre. Sus compañeras de ruta seguían hablando sin darse cuenta del paraje; por aquella tierra intransitable era raro llegar a una fiesta. ¿Acaso al término del camino hay algo? Fiesta, luz, alegría, belleza de trajes, de actitudes y de temas, reposo intrascendente que hace muchos años no conozco, liviandad de espíritu que un día dejé inerte en medio de una calle y que no logro volver a coger entre mis manos, todavía ensangrentadas, temblorosas, adoloridas, imposibilitadas de agarrar nada, menos aún algo de vida, algo que pueda tragar y fertilizar en mis entrañas para arrojarla fuerte y vital, para devolverla más viva.

—Piensen, chicas, que estamos comenzando el trayecto y ya me siento perdida —insinuó Soledad sacudiendo la cabeza para espantar aquellos pensamientos y volver en sí.

—Superemos desdichas y pensemos mejor que somos jó-

venes y simpáticas y libres de responsabilidades —agregó Rosalía animándose.

—¿Creen poder volver a componer un preludio? —preguntó Lucila desde su cómodo respaldo mullido—. ¿Desde qué punto? —Se inclinó hacia adelante—. Tú eras una gorda cómica, Soledad, te envidiaba el frenillo plateado que alineaba tus dientes; Rosalía se sentaba en primera fila y yo le agarraba unos rulos de su melena recortada en exceso, aterrada porque mi abuela me obligó a usar un palo de escoba entre los codos para enderezar mi espalda un año que crecí demasiado.

—Yo comencé a vivir el día que me enamoré de Osvaldo —murmuró Rosalía con tristeza—, antes sólo recuerdo cosas absurdas, amores absurdos, llantos absurdos, alegrías absurdas, todo inconexo.

—Yo tengo más claro cuando comencé a morir así, no lo digo dramáticamente, a morir por dentro —manifestó Lucila, pero se detuvo y su voz se oyó forzada al continuar—: Qué cursi estoy. Todo fue tan ordenado en mi vida... Les tengo miedo a las emociones. Me cuido de no dejarme llevar por ninguna pasión, lo exultante me desagrada; cuando ustedes contaban sus amores, exagerados, locos, sus éxtasis me deprimían, me asustaban.

—¿Se acuerdan de Ifigenia en el colegio? —exclamó Soledad cortando la densidad del ambiente—. Yo venía llegando de Estados Unidos, y hablaba mejor inglés que español, donde por ser *minority* temía ser mirada en menos, por lo que me decidí a imponerme por mis calificaciones en Inglés...

—Lo malo es que nunca aprendiste bien el castellano, eras mal hablada desde el comienzo —comentó Rosalía—. ¿Estabas en el curso de Ifigenia? Yo te hacía mayor.

—Estás desmemoriada —interrumpió Lucila—, la gringa era metida a grande, le gustaba juntarse con nosotras, que la aceptábamos sólo porque venía del extranjero, era la novedad. —Volvió la vista hacia el camino, comenzando ella también a percibir la solitaria angustia del paisaje. Le extrañó que ningún auto ni persona circularan por los alrededores y un leve temor

de estar soñando, fuera de su propio cuerpo y de su espacio real, la cogió desde los dedos de los pies.

—Sólo recuerdo a Ifigenia, no a ustedes en ese principio; ella me habló dulcemente al verme muerta de miedo y en agradecimiento le hice todos los dibujos de su vida, todos los mapas y las ilustraciones de los cuadernos, y ella, por ser correcta, *very fair* para todas sus cosas, me devolvió el servicio escribiendo mis composiciones. —Soledad bajó la velocidad del automóvil para sonreír su afecto por Ifigenia.

Con los años fue Miguel quien corregía sus faltas, les daba cierta elegancia a sus trabajos y soltura a sus exposiciones técnicas. Miguel ponía su gracia en todo, hasta en el amor, me hacía reír en pleno coito y echaba a perder el clímax, pero éramos jóvenes y en cualquier momento de la noche o del día podíamos volver a empezar. Quizás mi ex maridito amado llegue a la fiesta del matrimonio. No muy temprano, claro está, no antes de la ceremonia, no está para mamarse una prédica y menos aun una docena de consejos sobre el amor, la fidelidad, los hijos, la formación de una familia cristiana; además, el muy jetón no tendría que dejar a su nueva amante a una hora intermedia. Cuando uno está aburrido con una mujer, solía decir, se excusa por ir a comer con gente absolutamente inoportuna si es de noche y por deberes de trabajo si no. Ya estaban separados, era libre de ir a su antojo a donde quisiera y con quien quisiera, no daba cuentas a nadie. Como si alguna vez me las hubiera dado. Nadie te apura, si tienes por delante una macanuda noche de amor no tienes más que decirlo, eres libre, peor será que esa ninfa crea que eres maricón. Iré, no te preocupes. No deja de ponerme nerviosa la forma en que me mira a veces, como si tuviese la boca más grande que antes. Yo no pido cuentas, Miguel. No las pidas porque no tienes derecho, pero te mueres de ganas de que te las dé.

Todo el mundo pensó, y ellos también, que eran una

buena pareja. Unida no era la palabra, no fueron unidos, pero sí una buena pareja. Se querían, se apreciaban, se necesitaban en forma independiente, cada uno aferrado a sus propias cosas, Soledad a su oficina, donde hacía del trabajo una nueva forma de expresión artística, una búsqueda incesante de nuevos conocimientos, leyendo ensayos que le enseñaran del mundo subdesarrollado, de la vivienda familiar, el grupo familiar, la organización familiar en la extrema pobreza, como si asegurarse como ente y como profesional no sólo consolidara su capacidad sino también el aprecio de su marido. Le interesaba asimismo el éxito de él como creador y arquitecto, admiraba su personalidad original, al margen de las convenciones del medio en que vivían. Este sistema de vida los entretenía a ambos y tensaba la emoción de la convivencia. A veces rechazó su afecto porque no deseaba amarlo, lo necesitaba porque no podía perderlo, pero la independencia era tan importante como el amor, aunque la angustiara el hermetismo de Miguel, que la atraía para después cerrarle el oasis de su vida interior. Perseguirle, cogerle y dejarle era una especie de juego que duró muchos años, años felices de amor y sexo muy bien compartidos, de amistad y comprensión, de besos, de besos, de besos. La enloquecían los besos de Miguel. Debo demostrar entereza y asegurar mi identidad, sentirme alguien y no una sombra que persigue a otra sombra. No es verdad, yo me basto a mí misma, no soy sólo una parte de Miguel. Ralph la quiso así, entera, años después. Dulce y severo Ralph. ¿Dónde estarás ahora?

¿Era a Miguel a quien acariciaba en Ralph o era a Ralph a quien deseaba en Miguel?

—Aunque ustedes me maten, creo que deberíamos volver y deshacer el camino, este viaje sin destino me está enervando.

—Comienzo a sentir miedo de que se nos venga encima la noche sin saber dónde estamos.

—Volvamos a la carretera, creo que nos desviamos antes de tiempo.

Soledad detuvo la máquina, meditó unos instantes, pero al no descubrir ningún indicio, echó marcha atrás y volvió a comenzar el camino ya recorrido. Las tres mujeres siguieron cada maniobra con interés creciente, como si de este viraje dependiera el viaje.

—No era tan estupenda Ifigenia en esa época —Rosalía fue la primera en volver así—, no prometía.

—Es que tú por ser su prima la mirabas a huevo. —El tono de Lucila volvió a avivarse—. Había algo grandioso en ella, algo único... ¿Su porte?, no; ¿su bondad?, más bien su aureola.

—Nos acostumbramos a admirarla —agregó Soledad—, sus silencios eran llenos de insinuaciones, su sonrisa *charming indeed.*

—En mi casa la encontraban parada —se defendió Rosalía—; incluso un pololo muy simpático que tuvo, con el cual no sé por qué no llegó a casarse, decía: Ifigenia se mandó hacer, es sobre medida, es *haute couture.*

—Despecho. Nunca lo quiso.

—Cuando se enamoró, parecía un volcán.

—Eso quisiera haberlo visto.

—¿Y meterte en su cama?

—Tomó en serio su nombre, se convirtió en la mujer perfecta, salvada por los dioses —Rosalía seguía molesta como si cada alabanza a su prima la disminuyera—. ¿Cómo actuará una deidad enamorada?

—A veces se salían de sus casillas, como Helena de Troya.

—Virgen Santa, qué gracioso, Ifigenia la olímpica. —Rosalía se acomodó en el asiento con mueca despectiva—. ¿Qué hora es? Ya hemos avanzado varios kilómetros pavimentados, deberíamos mirar por dónde desviarnos hacia la izquierda, es decir hacia los cerros, recuerdo ese paisaje, la casa está al pie de una cadena de montañas como ésas, allá al fondo, ¿sabes por dónde vas?

—Ni te lo sueñes —sonrió Lucila—; tienes razón, deberíamos salir hacia el campo. —Después de algunos kilómetros la entrada a un camino les pareció ser la más transitada—. Por ahí es, mira el letrero, el nombre de ese pueblo me suena, aquí está escrito, en todo caso se dirige a María Pinto. —Con alivio se apartaron del camino principal.

—Es un letrero demasiado rasca como para que le hagamos caso.

—Encuentro este paraje muy solitario, sin embargo la distancia coincide con el plano.

—¿Acaso creen ustedes que este papel mugriento está hecho a escala?

—Ahí viene un auto. —Rosalía comenzó a abrir la ventanilla—. Miremos si va gente emperifollada, como perros de la música.

—Idem a nos.

—Con el polvo que entrará no veremos nada, cierra bien esos vidrios.

El auto las adelantó con tal rapidez que la polvareda y la molestia las hicieron permanecer aisladas, silenciosas, llenas de compasión por sí mismas, sus vestidos, su limpieza y su ánimo. Siguieron avanzando, a lenta velocidad, en recogido silencio, durante algunos kilómetros, sin recuperar el sentido de orientación.

—La embarramos.

—Pronto va a obscurecer y no sabemos por dónde seguir.

—Qué se me hizo el mapa.

—De qué te sirve si no hay más letreros en ninguna parte, y menos aun gente a quien preguntar.

Era difícil imaginar a la púdica Ifigenia luciendo su cuerpo desnudo. Lucila rió para sus adentros al verla en mármol, tapando su pelvis como la Venus Vaticana, eso le iba mejor. ¿De dónde sacaría la gringa que fue un volcán de amor? *Nonsense*,

como diría ella misma. Ifigenia haciendo el amor. Lucila alcanzó a detener un grito en su garganta. Solía gritar cuando andaba sola en auto o se encerraba en su pieza de baño, gritar lanzando en el aire una amenaza, un terror atravesado en el esófago, que despertaba, como el cazador que a su paso echa a volar una bandada, un sinnúmero de quejidos viscerales y de recuerdos odiosos. El amor, tanto soñar con el amor de Carlos. El mejor partido, el perfecto novio, el marido, convertido luego en un ser repugnante desnudándola sobre la cama, una mano brusca indagando entre sus piernas, un cuerpo sudoroso y temblando, una boca jadeante, un líquido viscoso humedeciendo su cuello y sus piernas. El amor, tanto hablar del amor, de la plenitud de compartir, del goce de recibir y de dar. Mientras estaban de novios el amor fue bello, necesario para sentirse viva y completa. La confusa y agradable vibración de un beso: los brazos fuertes de Carlos estrechándome, apoyada en su hombro durante las fiestas, sostener su mano en el cine, correrme a su lado en el auto y sentir su aliento en el baile. Qué sensación maravillosa la invade al ver esos ojos que la estudian anhelantes, cortar esa respiración amada y esperar el futuro, el hogar, los hijos, la casa, imaginarse saliendo juntos por la calle mientras otros dicen qué hermosa pareja. Eso era el amor. Eso sintió y esperaba seguir sintiendo, cuando confidenciaba con sus amigas. Su boca se llenó de saliva. Nunca podría contarles la ambigua sensación que compartía con Carlos, la lucha brutal que los unía.

Lucila, sin experiencia mayor en relaciones amorosas y alimentada en un romántico y nítido paisaje erótico, donde cada palabra tenía un sentido y cada acción un resultado, donde los seres que se aman se aman y los que se odian se odian, donde el deseo carnal lleva al éxtasis y la relación sexual al orgasmo, donde el cuerpo funciona más o menos acorde con la pasión o el temperamento, no podía presentir dificultades matrimoniales, derivadas de los pequeños roces del noviazgo. Hijo de españoles adinerados, trabajador y ambicioso, Carlos optaba siempre "al champión", por eso demoró en casarse; entretanto se afi-

cionó a los amores cortos con mujeres sensacionales y sensacionalmente agasajadas o con modestas prostitutas divertidas y "buenas gallas": Mi madre se fue con un artista menor que ella cuando yo tenía catorce años, fui formado por la mano férrea de un padre solitario y machista y por la nostálgica evocación de una madre ausente. Seré para ti lo que tú buscas, dijo ella y Carlos la besó emocionado. Cambios súbitos de humor, pasión y rechazo, dificultad de entrega, emociones que la hacían sentirse vibrante y madura, lejos de prevenir futuras dificultades, dieron sentido a su plácida y virginal existencia. Decidieron casarse. Al descubrir que el amor matrimonial le producía raramente placer, Lucila comenzó por odiarse a sí misma y con el tiempo descubrió que las relaciones entre ellos no eran simples, cariñosas, abiertas, como las que unían a Osvaldo y Rosalía, la pareja más ideal y cercana. Se replegó en su inocencia y comenzó a vivir de fantasías, sin atreverse a preguntar cómo era realmente el amor entre la gente común. Sus ansias insatisfechas le llevaron a intuir que no era normal el afecto de Carlos ni era grata la relación que los unía. Al principio él pensó, tal vez, vencer su resistencia, despertar su cuerpo maltratándola e insistiendo, violándola cada vez con más frecuencia y furia, ¿un desafío a su virilidad o venganza?, como si vejándola, denigrándola, fuese más potente, como si sólo convertida en piltrafa lo sedujera. Fue esa violencia erótica que llevó a Lucila a temerlo, a odiarlo, a compadecerlo, a amarlo: lo tiene todo, inteligencia, dinero, profesión, ¿qué lo acobarda?, ¿por qué me atormenta? ¿Por qué ese ser agradable, educado, se volvía violento, obsesivo, sugiriendo, para aplastarla, cuán hombre era con las prostitutas, las chinas, las amigotas, a quienes describía, con sorna y desagrado póstumo? La desigualdad de su carácter, ya que después de obligarla a bajas demostraciones de placer la tomaba tiernamente en sus brazos y le hablaba al oído, la ponía nerviosa, insegura: No me dejes, Lucila, eres maravillosa, eres lo único que quiero en este mundo. ¿Pero qué te pasa? ¿Por qué no ves a un médico? Siento una terrible desazón, un desprecio por todo, un afán de pureza. Siéntate

aquí y conversemos. Estás muy linda, querida. Y cuando, esperanzada, Lucila se acostaba, contenta porque en el día él había sido respetuoso, simpático, divertido, encantador, la conversación grata, sobre los negocios, los niños que crecían sin problemas mayores, la industria próspera, y frases confidentes los unían hasta hacerlos creerse realmente una pareja enamorada, ella oía sus pasos, esperándolo, hasta que, al ver la expresión de sus ojos, empezaba a temblar. Lucila, maravillosa mía, ¿eres mi mujer o no? Así la mantenía, halagándola, necesitándola, adorándola, mistificándola, para luego verla caer del pedestal y sentirse seguro, viril, sexualmente excitado.

La primera decisión que se atrevió a tomar, años después, fue separar dormitorio. Al cambiarse a una nueva y lujosa residencia, Lucila exigió una suite que constaba de un sencillo dormitorio y una espléndida pieza de baño.

—¿Qué te pasa? —preguntó Rosalía volviéndose hacia atrás—. ¿Te sientes mal? Quizás lo mejor sería regresar a Santiago.

—¿Estás loca? Ahora que hemos hecho más de la mitad del camino y que me siento feliz —respondió Lucila riendo exageradamente y al mirarla recordó Rosalía cuán atractiva la encontraban todos, especialmente su marido.

—Osvaldo era tu rendido admirador, incluso yo tenía celos. —Volvió los ojos al camino—. Es claro, entonces éramos jóvenes.

—Ya no atraemos ni celamos.

—Si ustedes vieran mis actuales camisas de franela con mangas monacales, nada les extrañaría en mis pudorosas noches —insistió Rosalía.

—La vejez se nos viene encima con la tarde —comentó Soledad.

—Yo no duermo —interrumpió Lucila— ni con ni sin camisa, más bien dicho, no es que duerma sin camisa, es que no

duermo, compro algunas elegantísimas, pero es igual, no duermo, me encierro en el baño.

—Qué ridículo santuario has escogido.

—No hablemos de cosas tristes. —Soledad rió y su carcajada fue contagiosa. En el colegio y luego en la vida que hicieran en común, la risotada espontánea de Soledad era como el punto de partida, nadie sabía a dónde llegarían después—. ¿Les cuento? No veo nada, no traje anteojos apropiados y así y todo me creo una chora. Entrego el manejo de esta *Kon Tiki.*

—Nunca supe conducir —se lamentó Rosalía—, no aprendí el corto tiempo que Osvaldo tuvo automóvil, imagínate para qué voy a ensayar ahora.

—Entre los muchos reglamentos que rigen mi vida está el de no conducir auto ajeno —dictaminó Lucila.

—Entonces podríamos haber traído una brújula en vez de ese papelucho. ¿Sabe alguien cómo es el novio?

—¿Qué novio?

—Idiotas, ¿no vamos a un matrimonio?

—Yo no lo conozco, pero recuerdo haberlos visto una vez juntos en el Municipal.

—No me acuerdo cómo se llamaban sus padres.

—Yo no me acuerdo de nada, ni siquiera si recibí el parte, supongo que sí porque estoy aquí, pero pienso que no mandé regalo.

—Si no ves nada, por lo menos anda con cuidado. Mataste una gallina.

—No la vi, pero la sentí.

—Menos mal que hay gallinas, quiere decir que tal vez encontremos al dueño de la gallina para preguntarle dónde estamos.

—Llegaremos a la fiesta pelechando como ganado a la feria —concluyó Soledad.

—Adiós arreglo de mi pelo.

Volvieron a relajarse, contentas sin saber por qué, unidas por el murmullo de la tarde y la esperanza de divisar un rancho en la orilla o alguna persona en el camino.

—Como Ifigenia nació con suerte... —comenzó a decir Rosalía.

—Te robó tu collar de esmeraldas familiares.

—Exactamente, ¿por qué ella si éramos cinco las primas?

—Olvida las esmeraldas, ¿qué ibas a decir?

—Que como fue elegida desde siempre...

—También se quedó con el parque...

—Déjenme hablar; como es regalona del destino, seguro que casa bien a su hija.

—Cuando los vi en el concierto me pareció una linda parejita, en un mismo tono.

—Es el primer matrimonio en su familia y debe haber echado la casa por la ventana porque está contenta con la elección de su hija.

—Ojalá le dure —musitó Lucila.

—Seguro que sí, es hija de Ifigenia, yo siempre le dije If, es más simple, y eso es sello de garantía —dijo Soledad.

Rosalía, temiendo que siguiera burlándose de ella, prefirió guardar silencio y concentrar su mente.

Temía que Lily, excesivamente dedicada a su trabajo y a la Universidad, poco coqueta en el vestir y franca en sus ademanes, dejara pasar el tiempo. Una que otra salida con algún compañero y pocas citas de amor. Años antes solía aconsejarla: Mijita, los muchachos se ennovian o se casan y los pocos que van quedando solteros son los difíciles de pescar. No te preocupes, mamá, Rosalía sentía el enorme desprecio de su hija, no faltará algún rezagado. Es que cuando uno pasa a mayor sólo encuentra hombres casados o, ¡ahora se usa!, separados. ¿Y por qué no voy a encontrar un separado de primera? Qué horror, supongo que estás escandalizándome. Por otro lado, esas cosas se veían en las jóvenes modernas, Virgen Santa, el amor y la realización personal antes que la religión y la moral. No es eso, vieja, intervenía Mané desde su petulante adolescencia, es que

nuestra moral es otra. Que yo sepa no hay más que una moral y se la tiene bien clara ciñéndose a los mandamientos. Y por eso, argumentaba Mané mientras Lily se apartaba de la conversación, todas ustedes son unas reprimidas, unas puras fustradas. Se dice frustradas, aprende a hablar antes de dictaminar sobre mi generación.

—¿Te sientes tú frustrada? —preguntó Rosalía a Lucila.

—Yo sí, ¿y tú?

—Bastante —interrumpió Soledad.

—Ahora, mirando hacia atrás, me lo pregunto. Pero la frustración nuestra no viene de habernos ceñido a dogmas y reglamentos.

—Viene en general de haber esperado cosas diferentes de las que se nos dieron —respondió Lucila—. Es la vida nada más, todas íbamos a ser reinas. Eso decían las mamás, las monjas, las amigas; si no, éramos pesimistas, amargadas, de mal espíritu.

—Yo nunca tuve suerte —continuó Rosalía siguiendo su propio hilo—, no tuve padre desde muy chica y mi madre era lejana e inalcanzable. Nunca tuve vacaciones en la playa, ni subidas a Farellones, ni fui tan exitosa como Ifigenia, qué nombre más ridículo le das tú, mira que decirle If, Soledad.

—Tuviste varios pololos, yo recuerdo...

—Me estimaban, tengo cara de buena persona. Solamente desperté pasión en Osvaldo, pero se fue transformando en respeto, en estimación y al fin, creo yo, en cierto despectivo cariño paternal, no sé.

—Ahora pasas por una buena época, aprovéchala.

—Ojalá, qué tontería dices.

—Te estás poniendo calentucha, diría yo.

—Cállate, Soledad.

—Osvaldo te quiso mucho —murmuró Lucila seriamente—. Te quería con amor de adentro.

—Desde su carácter. Yo no sé por qué se colocó a sí mismo en ese mundo, a veces pienso que fue su forma de reaccionar contra mí. —Rosalía se iba apasionando en su rencor y la voz quebrada continuó—: No era tan estupendo después de todo, ¿o lo era?, podía ser bondadoso mientras yo ejercía la patria potestad de la reglamentación familiar, podía ser intelectual, claro, para las tareas estúpidas estaba yo, y cualquiera es ecuánime y comprensivo si no le importa luchar por la vida ni salir adelante.

—No está mal que lo digas, Rosalía —aconsejó Lucila mirándola con ternura—, lo malo está en que lo pienses.

—Además tampoco lo piensa —insinuó Soledad pensativa—, está desahogándose contra Ifigenia y Osvaldo paga el pato, todos lo hacemos, alegamos por mil cosas superfluas por no atrevernos a alegar contra nosotras mismas y nuestros estúpidos silencios acusatorios.

Está muerto. Prefiere recordarlo como marido. Al fin y al cabo fue su marido, todo suyo, amante preocupado de la mujer y los hijos. Uno tiene que sujetarse en los buenos recuerdos o fundirse. Los buenos recuerdos está fabricándolos después de viuda, como quien teje un sostén, pero durante la vida están presentes los malos: Escúchame, Rosalía, te lo digo para que reflexiones y cambies, porque las cosas van creciendo, cada día odias a más gente. ¿Yo?, qué injusto eres. Tú, sí, tú, te cargan ésas, aborreces eso, no soportas a ésa, abominas a los, te cargan las, ¿quiénes son ésos, ésas, los?, son personas con su identidad, su dolor o sus problemas; tú fabricas estilos y encasillas porque te sale más misericordioso odiar tipos que personas. No entendía a Osvaldo ya en esa época, los fracasos económicos lo iban callando y el temor a irritarla lo inhibía. Los colegios, las platas, los permisos, mantenían el diálogo, hasta que enfermó. La enfermedad lo hizo crecer, fue el comienzo de una nueva etapa, de agonía común. Después que murió trata de rechazar

recuerdos, frases, dolores: Ya no lloras nunca, mija. ¿Qué te endureció a tal punto? Sólo ríes con la boca y queda serio el corazón. Eres muy educada al preguntar por la salud, la familia, el trabajo, el nombre de cada niño, pero sólo te entusiasman aquellos que sufren más que tú, aquellos más pobres que tú, los que están en peores condiciones que tú. Te consuelan... De todas esas frases hizo un ramillete que tiró al canasto de los papeles y comenzó a ensayar su futuro de dolor. Osvaldo fue su único amor, quien más la quiso y apreció, era un amigo, un compañero y su mediocridad fue la suya.

Mi mediocridad, mejor dicho. El era especial, lo sé ahora, de buena estatura, sin pequeñeces ni envidias, habría podido desarrollar esas virtudes si yo me hubiese adaptado en vez de azuzarlo y exprimirlo.

—No me siento frustrada —recalcó como si el camino y el tiempo estuviesen detenidos—, tuve felicidad en mi vida, lo pasé bien, a veces muy bien. Osvaldo era agradable y muy hombre y yo me sentía contenta estando con él.

—Así es —respondió Lucila—, a nosotras tres se nos dio todo, hay que reconocerlo: amor, matrimonio, posición social, hijos, educación, bienestar, todo...

Soledad miró a sus dos amigas con recelo, luego con burla:

—¿Qué les pasa a ustedes, cartuchonas? ¿A quién están tratando de engañar?

Osvaldo apreciaba a Lucila y se sabía correspondido, lo dijo algunas veces, pero Rosalía no quiso aceptarlo: Podrías invitar a tu amiga, me parece muy persona, agradable, refinada en el verdadero sentido, sutil y refinada. Rosalía se molestó. Invitaba a Lucila a tomar el té o a ir al cine o se veían en casa de otras conocidas, pero nunca la convidó a comer. La elegante compañera de infancia con su magnífico marido Carlos,

hombre fotografiado en las páginas de economía y finanzas, siempre buscado como asesor o consultor de diversas compañías, empresas o industrias, sentados en su estrecho living, oyendo las anécdotas y chistes de Osvaldo, después de aceptar su amable ofrecimiento de un pisquito peruano que me regalaron en la oficina: ¿por qué Osvaldo no podía comprar pisco peruano? No pienso convidar a esa gente. Había crueldad en la voz de Rosalía, odio a su estilo de vida, a su casa comprada por Caja a treinta años plazo, a la afabilidad sencilla y acogedora de su marido. ¿Por qué vamos a invitar a gente tan conspicua? Porque me gustan mucho. Tan amplio, sin complejos de inferioridad, contento de su mujer, de sus hijos y de su trabajo. Rosalía no podía fantasear con otro futuro mejor, porque nunca, pasara lo que pasara, sería mejor. Su única fantasía fue concentrarse en la lectura de novelas de amor; compraba de preferencia revistas con cuentos cebolleros y cuanto romance llegaba a manos de sus amigas pasaba rápidamente a su velador. Con el tiempo comenzaron las teleseries. Vibraba con las tragicomedias y, como si estuviese viviéndolas, esperaba con ansias infantiles la continuación de la trama argumental para el día siguiente: quedó en una parte tan interesante... A veces soñaba sacarse la lotería, pero como no tenía suerte... Agotadas las esperanzas, centró su pensamiento en su hijo. Osvaldito sería un financista, estudiaría Economía o Dirección de Empresas y, con el tiempo, colmaría a su madre de agrados y satisfacciones: No pienso, Osvaldo, no invitaremos a Lucila y Carlos a esta casa. ¿Tienes algún motivo serio o estás celosa?, le palmoteó las nalgas alegremente. No se interesan por ti, son mis amigos, tengo la sensación de que no te aprecian mucho.

—Ya no doy más con esta miéchica de camino —exclamó Soledad.

—Estás cansada porque no ves bien.

—¿Por qué no trajiste anteojos?

—Tampoco veo con ellos y además son muy grandes y feos.

—Podrías mantener un par en la guantera del auto, pretenciosa.

—No quieres ocultar tus ojos azules.

—Ayúdame a encender un cigarrillo en vez de joderme. —Soledad disminuyó la marcha sujetando el volante con un dedo mientras buscaba los cigarrillos en los recónditos escondrijos del asiento—. Ya pues, Rosalía, aprieta esa perilla, la negra, es el encendedor, espera que salga y pásamela. Qué mujer más inútil.

—No tengo la cultura automovilística, una preocupación menos. —Rosalía extendió el encendedor galantemente—. Lo único malo es tener que molestar a la gente para que la acarreen a una y sus paquetes, Osvaldo era feliz caminando y le encantó el metro, subía con cualquier excusa, antes de enfermar... —Nunca terminaba una idea sin nombrar a Osvaldo, como si continuara viviendo en sus pensamientos. Suspiró.

A pesar de los virajes y cambios de ruta el paisaje no había variado, seguían avanzando por un campo desconocido, sin más señales de vida que el polvo levantado por las ruedas, algunos cerros resecos y líneas de árboles separando los predios. Los temas de conversación no faltaban, pero cada vez los silencios eran más prolongados y la atmósfera ilusoria más amorfa. Sentían en diferentes formas la desolación circundante que devenía aterradora. Sólo sus voces quebraban la atmósfera como si fuesen los últimos seres vivos en una nave móvil, modelo station wagon, de mullidos asientos, que las cobijaba apartándolas del mal externo y de la nada.

—Hablar ayuda —murmuró Lucila estremecida—, sólo los humanos pronuncian palabras que reflejan ideas.

Soledad sonrió con ironía:

—Los humanos..., yo diría que nosotras somos un grupo de papagayos.

—Me gustaría que me invitaras a un té de bridge con tus amistades —dijo Rosalía para situarse a la fuerza en la reali-

dad—. Siempre he pensado que te avergüenzas de mi compañía.

Lucila, demasiado lejana, imprecisas sus sensaciones y quebrantos, sonrió despectiva:

—Ay, hija de mi alma, qué alegría saber que puedes venir a jugar; cuando se arme una tertulia me iré yo de la casa y te dejaré a ti para dirigir el juego. Hablando en serio, cada día juego menos y me entretiene más hacer compras en tu compañía —agregó gentilmente—. Conseguir a Soledad es cosa seria. ¿Sabes cuántas veces te llamé para ponernos de acuerdo?

—Cuesta encontrarme, si no estoy en casa nadie contesta, la empleada va por medio día, a veces; la galla de la centralita de mi oficina es una dejada, le traigo una echarpe en cada viaje cuando más desearía mandarla al diablo por bruta. *Go to hell, my dear*, sonaría más educado.

—Nunca te pregunté por tu último viaje. ¿Lo pasaste bien? ¿Hiciste algo interesante?

—Mucho trabajo y sueño atrasado. Estoy convertida en la reina de la cumbia. Los americanos me peleaban para bailar.

—No lo pasan mal estos internacionales.

—Una reunión tras otra, a veces tenía que exponer y traducir, aunque no me corresponda; es claro que cuando interpreto, además de mi trabajo específico, me pagan extra y eso me conviene.

—Pero a ti la plata te debe sobrar. —Rosalía usaba una hermosa sonrisa cuando decía impertinencias—. Para una mujer sola y con departamento propio, tu sueldo es exorbitante.

—No me quejo, además Miguel me ayudó a pagar este auto.

—No te creo, ¿después de la forma en que lo trataste?

—No fue por pura generosidad, creo yo —respondió Soledad regocijada—; no supo qué decir cuando le pedí el dinero.

—¿Y tú se lo pediste?, qué frescura.

—Al fin y al cabo fue su marido —terció Lucila apaciguadora.

—Muy sencillo. —Soledad lanzó su estruendosa carcajada

al pensar en el escándalo que sus palabras causaban a Rosalía—. Lo invité a almorzar, pagué yo y así lo comprometí, con papel y lápiz le probé que sus finanzas eran mejores que las mías y que él creía en la correcta distribución de la riqueza. Me dijo que era aprovechadora, que cuándo pensaba firmar los papeles del divorcio, que deseaba casarse y me dio la cantidad en un cheque.

—¿Y el divorcio?

—En las mismas, nadie se mueve, ni él, ni yo, ni el abogado. Habla por hablar, yo lo salvo de las propuestas matrimoniales que lo acosan. El prefiere mariposear.

—Muchas desearían pescárselo.

—Es un buen partido, y hay que reconocer que uno no se divorcia por inercia más que por cumplir el compromiso, por falta de agallas, pienso yo.

—El caso mío es otro —aclaró Soledad—, divorciada o no, me siento igualmente huacha.

A diferencia de los jóvenes de su medio, el matrimonio no fue el único objetivo de Soledad. Cuando sus amigas soñaban con el amor, éste existía sólo a través del matrimonio y junto al amor imaginaban el hogar, la vida doméstica, los hijos y la formación de la familia como el fruto de la unión conyugal. Las oía llena de confusión. Esperaba el amor, cierto, y la fusión con un hombre además de las esperanzas y fracasos compartidos con su pareja, tanto como entrar a la Universidad, realizar un trabajo interesante en el área social, becarse en el extranjero y volver llena de ideas de mejoramiento en organizaciones existentes. Pero también la vocación artística la llamaba a dedicarse por entero a la pintura o artes plásticas. Conversaba sobre su futuro con Ifigenia, recién casada y en espera de su primer niño: en nuestro medio hay resistencia a las carreras universitarias, te mirarán menos mal si estudias Pedagogía o Asistencia Social. No le importaba la crítica de la gente, pero se dejó guiar

por el ambiente porque le atraía el trabajo social. Podré trabajar y seguir pintando, se decía. Es preferible que hagas una cosa bien y como eres medio gringa puedes hacer lo que quieras, dictaminó Lucila.

Cuando todas sus amigas educaban niños, Soledad comenzó a preocuparse, pero estaba muy entretenida y su vida llena de actividades la hacía esperar a su hombre con serenidad, mientras aletargaba el corazón con amores intrascendentes y pololeos informales. Su primer trabajo serio en la organización de entrega de productos lácteos y excedentes agrícolas de países desarrollados que se enviaban a Chile, la vinculó entonces con el Servicio de Salud Pública y con organismos internacionales. Rosalía había perdido su tercer hijo y Lucila mostraba orgullosa a sus lindas criaturas, Carloto y Eva, cuando Soledad conoció a Miguel y supo que era su amor definitivo: nada sacaría con cortar vínculos si en alguna forma me siento ligada a él, a nuestro pasado.

Qué tontería pensar que Miguel se haya acordado del matrimonio de la chica de Ifigenia. Esta, con suma delicadeza, había llamado a Soledad preguntando la dirección de Miguel, indagando de paso si ella objetaba que se le invitara. Por supuesto, invitaciones tan separadas como nuestras vidas actuales. No, querida, no me molesta en absoluto que lo invites a la fiesta, no somos antropófagos. Por quince días olvidó la invitación, la boda y a su ex marido. ¿Por qué lo recordaba ahora? Asustada por la noche que se avecinaba, el camino solitario, el polvo y la responsabilidad de llevar a la fiesta a sus dos amigas que parloteaban indiferentes.

Lucila, etérea pero práctica, eficiente dentro de su regalada vida doméstica, y Rosalía, tan ubicada dentro de las paredes de su casa, confiaban en ella, como si el solo hecho de trabajar, viajar sola y vivir independiente la capacitara para guiar una expedición a descubrir las Indias Orientales: si Miguel estuviese aquí yo me echaría atrás fumándome un pitillo tranquilamente. Si Miguel estuviera aquí, qué pensamiento tan trivial, sin embargo se convertía en una muletilla en su boca, aun cuando

a veces se ausentara de su corazón. Al diablo la tristeza, a la cresta la debilidad. *Damned me*, estúpida, incapaz de volver a ser.

Una raya de luz determinaba el horizonte, las sombras recortadas de los cerros iban aclarándose al desaparecer el día como bañadas en una estela: la línea divisoria entre el cielo y las cumbres, indecisa aún entre los últimos grises y anaranjados. En ciertas curvas del camino era noche y en otras crepúsculo, según capricho de la puesta de sol. A los costados habían desaparecido las cercas de potreros de pastos, pero se olía la presencia de las vacas. Hacia el oriente se destacaban aún las altas copas de los árboles, desordenadas, difusas. Hacia el poniente la cordillera de la Costa se echaba encima como un fantasma aterrador. La soledad del camino comenzó a asustarlas y el polvo que se introducía por ignotos resquicios de las bien protegidas ventanillas y puertas del automóvil daba a las mujeres la sensación ajada, sucia, viscosa que las ponía tensas.

Soledad frenó con tal brusquedad que las pasajeras, desprevenidas, saltaron hacia adelante. Rosalía sintió el dolor en la mano al agarrar el tablero del automóvil.

—Perdón —gritó la conductora—. Miren lo que hay hacia adelante, es lo único que nos faltaba.

A pocos metros del capó se extendía una charca, espejo de nubes, arreboles y tinieblas. Cubría todo el ancho del camino y unos quince metros de largo, haciendo imposible verificar qué cantidad de agua se aposaba en el bajo ni la consistencia del fondo de la olla y, menos aún, el tiempo que ese camino llevaba convertido en laguna o desagüe de canales y acequias circundantes. La sorpresa comenzó por enmudecer a las tres mujeres antes de incitarlas a buscar una solución.

—No me atrevo a avanzar sin conocer el terreno —murmuró Soledad después de un rato—, podríamos quedar pegadas.

—Si no comprobamos el fango que hay bajo el agua pasaremos aquí toda la noche.

—Quizás buscando un palo para investigar su hondura y consistencia...

—No resultará, en cualquier parte puede haber un hoyo profundo. —Rosalía abrió la puerta del auto y cuidando el color crema de sus zapatos, trató de buscar en los contornos una casa de campesinos del lugar, pero no se veía ni una silueta, ni una luz, y la naturaleza respiraba con esa calma que produce en el campo la ausencia de elementos extraños, mezcla de olor y viento.

—Nos perdimos —murmuró Lucila con valor—, definitivamente.

—Deberían habernos pasado otros autos. —Rosalía volvió a sentarse—. Hemos venido más despacio de lo usual.

—Este no es el camino —confesó Soledad—, la gente tiene que haber tomado otro desvío, nadie ha podido cruzar esta laguna, además no alcanzamos a ver el fondo o los recodos más salientes. —Meditó unos momentos—. Me estoy choreando. ¿Volvamos atrás? Algún día encontraremos el cruce que nos engañó.

—¿La carretera otra vez, dices tú?, ¿y después qué? —La lentitud de cada dicho y la debilidad de sus voces demostraban sus verdaderas emociones.

Soledad retrocedió unos metros, colocando el auto a la orilla del estrecho camino.

—Qué manera de perder el tiempo, la bencina y el esfuerzo. —Comenzó a urgar en su cartera—. Qué manera de perder la arreglada. —Sonrieron menos tensas—. Mejor sería volver directamente a Santiago y despedirnos del matrimonio.

Mientras se decidían a dar la vuelta, muy quietas en sus respectivos asientos, turbadas en su interior, pero serenas, cada cual analizaba el absurdo de esa angustia a una hora y cuarto de Santiago, sintiéndose como náufragos ante un océano. Inexplicable. Más que nada estúpido. Lo único que faltaba era que apareciesen unos salteadores, cercaran el auto y, al verlas

indefensas, las asesinaran a las tres. Nadie lo sabría en esa soledad, gritar era perder el tiempo y con aquellas vestimentas parecían traer mucho dinero; alguien las encontraría al día siguiente, antes de que las estuviesen buscando: Tengo tan mala suerte, pensó Rosalía, asegurando la cerradura de los vidrios, que algo va a pasarme. No me importa morir, pero más suavemente, sin violencia, se dijo Lucila apoyando la frente sobre el asiento delantero. Si yo viera por dónde voy no nos habríamos salido del camino, o me atrevería a cruzar el agua, exclamó Soledad. En medio del silencio se incorporaron como un resorte al divisar las luces de un vehículo acercándose.

—Ya, Lucila, tú te bajas a detenerlo —gritó Rosalía entusiasmada—. Mira que viene como cuete.

—No puedo hacerlo, piensa cómo quedaría con el polvo de la frenada y peor si se le ocurre salpicarnos ese barro.

—Piensa más bien en la noche que vamos a pasar aquí, y en la lata —ordenó Soledad.

—Sigámoslo mejor; si entra en esa laguna, tú tomas por la huella.

—¿Y después? ¿Que no ves que en cada curva se nos pierden los faros, las luces y hasta los cerros?

Con súbita decisión Lucila descendió. Los focos del auto estaban sobre ella. Al verla aparecer el conductor frenó entre ruidos de llantas y nubes de polvo.

—¿Pasa algo? —preguntó impaciente mientras su esposa bajaba el vidrio con curiosidad.

—Perdón, señor, que lo detengamos así. —Lucila esgrimió toda su gentileza como una capa.

—¿Conoce usted el fundo La Floresta? —Soledad la interrumpió impaciente—, ¿o alguna forma de llegar allá?

—Por supuesto, pero éste es un camino interno, sólo sirve como alternativa.

—Nos perdimos —subrayó Rosalía obviamente.

La mujer, sin darle tiempo a su marido para seguir su explicación, fue derecho al grano:

—¿Van al matrimonio? —preguntó mientras él intentaba:

—Si siguen por este camino a la derecha verán un portón de madera, tendrán que atravesar por un camino particular, una especie de potrero.

—Pero ese barrial tan espantoso.

—Hay que cruzarlo en primera, no es tan hondo.

—Sígannos —cortó la esposa—, vamos para allá, somos vecinos de los Gandarillas... No te vayas muy rápido, dales tiempo —ordenó subiendo nuevamente el vidrio antes de oír las exclamaciones de agradecimiento.

—Como si fuera tan fácil seguir una polvareda —refunfuñó Soledad mientras las otras dos se acomodaban satisfechas.

—Ahora que hemos pasado lo peor creo que mereces un cigarrillo —exclamó Lucila haciendo funcionar desde atrás el encendedor. Trataron de encontrar la alegría anterior, pero la noche se les había adentrado en el alma y las luces del auto no eran suficientes para iluminarlas. Ahora llegarían a alguna parte, qué frase, sucias, arrugados los trajes, sin ánimo ya de sobreponerse a la tensión ambiental; entrarían a la casa de Ifigenia menoscabadas, ansiosas, descompuestas, diferentes a las tres damas que dejaron Santiago dos horas antes.

Mientras encendía el cigarrillo para Soledad, Lucila aspiró una bocanada de humo, forma sencilla e inmediata de sofocar el grito y ablandar la lágrima en su garganta. Años atrás dejó el cigarro para mejorar el agitado palpitar de su corazón y la discontinua respiración de sus pulmones. Estos tranquilizantes son suaves, no producen acostumbramiento y le ayudarán a dejar el tabaco, se sentirá mejor. Nunca supo si se sentía mejor, o más bien nunca comprobó cómo se habría sentido sin las pastillas y con los cigarrillos. Una punzada, como recorrido eléctrico entre los pies y el abdomen, anudó nervios produciéndole entre las piernas un cosquilleo impúdico. Se rechazaba a sí misma tanto como rechazaba a Carlos, como si ambos cuerpos fuesen inmundos. Fue limpio, hermoso ese primer encuentro. Se habían conocido de paso y desde entonces se recordaron. Es

muy linda tu amiga, dijo Carlos a Ifigenia, como una gacela. No conozco ningún cazador que se atreva a atrapar una gacela. A no ser que quiera colocarla en un jardín, un adorno entre plantas exóticas. Rosalía gritó de emoción al imaginar un romance futuro. Soledad declaró que le gustaría probarlo pero no tenerlo, mas Ifigenia se puso seria: No te entusiasmes con él, Lucila, tiene exceso de apariencia. Cuando volvieron a verse sólo deseaba descubrirlo. Qué desilusión, dijo él, la gacela sabe reír, hablar y come helados con los dientes; la mujer que logre casarse conmigo deberá ser alada, incorpórea, sutil. Qué lata más grande compartir una pieza con un mito. Carlos rió sorprendido y por primera vez la llamó por teléfono. ¿Quiere ir al zoológico? ¿Eres mi mujer o no? Y al ver ese brutal deseo de posesión, el terror se sobreponía al compañerismo y un malestar insólito ahogaba la amistad. Encerrábase en el baño. ¿Qué más se puede hacer con dignidad? Mantenerse incólume y reír, actuar, representar. No le asentaban el orgullo ni la humildad: No te creas, Lucila, no eres el ideal que presentí, tu físico no va con tu persona, eres como cualquiera, no sacas nada con dártelas de indiferente, Carlos abría los brazos, te salva tu hermosa voz de soprano. Lucila, entonces, graciosa, entonaba unas notas que se iban adelgazando hasta convertirse en mueca divertida: ¿A qué jugamos ahora, Carlos?

Cuando se cambiaron a la nueva casa con amplios espacios y bastante independencia para sus dos hijos, Carloto y Eva, empezó la decoración de la pieza de baño. Al principio fue todo revestido de mármol, más tarde todo azul y ahora variados diseños de papel combinaban con costosos vitrales y espejos. Se entretenía imaginando contrastes en la fantasía de ese cuarto, dejando de lado el dormitorio, que no le interesaba en absoluto. Lámparas de bronces antiguos se turnaban con luces invisibles. Se entretenía yendo a los remates. Esa comodita con mármol y repisas ovaladas sobre elegantes columnas torneadas irá de maravilla en mi baño. Pero, mujer, es demasiado fina, victoriana auténtica, mira el trabajo de la talla en los cajones, ponla en tu dormitorio, que parece un peladero, adonde tu ca-

ma solitaria navega como una balsa. Pero Lucila sonreía. Caoba, bronce, mármol, adoquines, ampolletas fosforescentes, entraban y salían según el ánimo o gusto de la decoradora. Sobre la puerta un grabado de 1890 en hermosas líneas y colores. Podría ser un impresionista y está numerado, debe ser algo valioso, Lucila, y tú lo cuelgas en el baño. Encontrar cosas curiosas, finas y originales, era un gusto que desarrolló hasta convertirlo en afición artística. Descubrir en un desván una perilla, una talla vieja o una mesa que otros desechaban por inútiles, raspar pinturas, desnudar madera, unir extremos y listo, aparecía un panel o una banqueta especial, pero con el tiempo fue centrando su hobby en la pieza de baño. Cuando el espacio se hizo chico, demolió una muralla y agregó una salita de vestir a la pieza de baño, comenzando un nuevo estilo, una maravillosa pieza. Más bien que cuarto me parece que es una manía, decía Carlos. Para que los objetos no se destruyeran con la humedad Lucila se preocupó de llamar técnicos que diseñaron una ventilación adecuada. Por mí que se le amohosen todas esas porquerías, dijo Carloto impaciente. No te afanes, mamá, consoló Eva, que las cosas no duren es mejor, así redecoras. Estás enferma, Lucila, dijo una vez Carlos severo. ¿Enferma yo? ¿Y tú te atreves a llamarme enferma?, ¿enferma, a mí? Perdía la voz en la garganta cerrada por la desesperación. Tú, impotente, sicópata, tú, hipócrita, tú que ya no te preocupas ni de disimular tus vicios, tú que ahogas tus problemas en drogas y alcohol... La voz devenía histérica, estrangulada. Lucila temió morir y se encerró en la pieza de baño contigua a su dormitorio. Ese ámbito solitario, digno, húmedo, la acogió tiernamente, absorbiendo sus quejas en la riqueza fabulosa del diseño.

—Ese gallito va muy rápido y la distancia y el polvo no me dejan ver los focos traseros. —Soledad arrugó el entrecejo al tiempo que lanzaba el cigarrillo por el vidrio entreabierto.

—Debimos haber venido con impermeable —bromeó Lu-

cila abriendo los brazos— o con una de esas levas de hilo crudo que usaban los primeros automovilistas. No van a creerme que cuando levantamos la casa después de la muerte de mi mamá lo que más nos peleamos fueron los recuerdos de los años veinte. Un vestido de lino, guantes de manejar, sombrero alón de pita y miles de tarjetas de ninfas peinadas a lo garzón. Yo todavía tengo una bata japonesa con un gran pájaro azul bordado en la espalda.

—Linda época, mujeres audaces, con ojos al carbón y boquitas pintadas, entre tules al viento y sombrillas alegres paseando con sus flirts, así les llamaban.

—Mientras nosotros aquí nos ahogamos dentro de un potente automóvil cerrado y protector sin saber hacia dónde cortar.

—Sus paseos llegaban hasta Apoquindo, no más lejos que tu actual casa, Lucila.

—Allá, ¿vieron el reflejo?, apareció en esa curva, vamos bien, no se desanimen, amiguitas.

—Nuestro salvador nos espera en la curva, se dio cuenta de que quedábamos atrás y pasaríamos de largo frente al famoso portón.

—Muy fino de su parte, tendremos que agradecérselo.

—Lucila, la gentil, será la encargada de agasajarlo con champagne y sonrisas.

Súbitamente ¡un milagro de la naturaleza!, cual si un mago iluminase el universo cambiando de tono el paisaje y la luz, apareció al fondo de la hondonada un amplio resplandor, como si la quebrada se encendiese de pronto irradiando rayos fantásticos que formaban una esfera de enrojecida claridad. Espejo mágico, rutilante, trasunto de la belleza de un mundo encantado.

—Aleluya, aleluya —gritó Rosalía con voz joven de placer.

—Por fin. —Inspiradas por la meta cercana, apresuraron la llegada acelerando a fondo—. Ahora a estirar las arrugas de

las faldas y poner el traste en su lugar. —Traslucían alegría, vencedoras en una carrera de obstáculos.

—Bendito trago el que me voy a tomar. —Soledad bajó el vidrio para saludar con la mano al otro conductor—. ¿Le parecería mal si le tirara un beso?

—A él no, estoy segura, pero a su mujer sí. —Le cedieron el paso como verdaderas damas hasta perderlo entre los vehículos estacionados.

Entraron al recinto ya bastante lleno. Habían llegado a la fiesta. Rosalía echó atrás los hombros para situar todos los huesos en su sitio. Soledad buscó colocación entre las ya apretadas filas de automóviles. Lucila sacó su polvera para repasar su maquillaje y ajustar su sonrisa de mundo.

—Ya, chiquillas, aquí estamos.

Raramente Rosalía gozaba esa dicha casi física de estar bien, segura de su rol, abierta a la alegría. No sólo por verse elegante, aunque el traje fuese heredado de Lucila, quien desde tiempos inmemoriales le aconsejaba el más apropiado: te va a quedar regio, sólo debes tomarle algo de basta, no se te ocurra andar con las faldas hasta los talones; sino también porque el paso de la tarde le hacía considerar este instante como un milagro. Las tres hadas madrinas se preparan para la boda de la hija del rey, había dicho Carlos por teléfono cuando llamó a Lucila para programar la velada y la toilette, el viaje y el vehículo. Pero entre tres siempre hay una mala, respondió Rosalía. Según en qué cuento estés pensando. Se me confunden los de mi infancia con las posteriores películas de Walt Disney. Esas son demasiado inocentes para mí, exclamó Carlos, reconozco mejor los tenebrosos cuentos donde las brujas eran pérfidas y los ogros se comían a los niños; aún hoy, cuando llego a casa pregunto con voz cavernosa ¿carne humana huelo aquí? En esos cuentos las hadas eran las madrinas buenas. Y tú ¿no nos acompañas? No, no estoy de ánimo, no me he sentido bien

últimamente y el doctor me ha recetado... Iba a cantar su tango, pero Rosalía ya lo entonaba. ¿Qué pasó con Carlos el grande? ¿Vivía Lucila una comedia de éxito y silencio? Bien tonta al fin y al cabo, ya que podría contarles a sus íntimas la verdad: mi marido está neurótico, o mi marido ha tenido que dejar la industria por un surmenage o qué sé yo qué problema. Eva se fue de la casa y Carloto se las arregla para reemplazar a su padre. No, nada de eso. Así son los ricos, siempre exitosos, con la obligación de permanecer exitosos; en cambio el pobre Osvaldo tan persona, tan trabajador... A Carlos le han recetado reposo y Carloto que hacía la práctica con su padre... No trabajar era la panacea del poderoso. Es que Carlos es un filósofo, que puede ya escoger a dónde viene y a dónde va. No, en cambio en el pobre eso se llamaría ociosidad o frescura. Es curioso que siempre atienda el teléfono como si estuviera esperando alguna aventura o deseando una catástrofe. Qué más da. Estamos llegando sanas y salvas a casa de Ifigenia. Todo terminó bien, miren que una pana en esos parajes no habría sido gracia. Los niños quedaron organizados en casa, Mané con sus amigos y su bailoteo, Lily que, por responsable, volverá temprano a casa a vigilar a su hermana y Osvaldito... Algún día, estaba segura, no la decepcionaría. Se lo había jurado junto al cadáver de su padre.

Rosalía aprovechó esa emoción del joven de diecinueve años que sollozaba en sus brazos. Hablaremos después, más serenos, ahora estamos demasiado tristes y sólo podemos llorar unidos. Somos una familia, aunque falte tu padre, porque tenemos a un hombre con nosotras. Cuando la casa volvió a la normalidad, Lily a sus estudios y Mané al colegio, Rosalía valoró la magnitud de su soledad e inexperiencia. Osvaldo solucionaba una serie de problemas y oía sus dramas y melancolías haciéndolas llevaderas. Lo quiso mucho a pesar de que... ¿A pesar de qué, mamá?, gritó Lily enfurecida, ¿qué mejor que un hombre como mi papá?, ¿quién te crees tú, la reina Isabel? Perdona, hija..., si yo no puedo explayarme ni ante mis hijos, ¿ante quién hablo de tu padre? Siempre le fui leal, jamás le

desprecié ante extraños. Basta, mamá, nos tienes hartos, nada te contenta, estás superneurótica y no cachas nada. Era dura Lily y por eso triunfaba: si solamente se casara bien, si encontrara un buen marido, me haría tan bien un nieto sobre las rodillas. Una alegría siquiera en su obscura vida. Gracias a Dios Osvaldito no la juzgaba como sus hermanas, le era leal y, ya crecido, se sentaba en sus faldas y la besaba. ¿Cuándo me besó Lily por última vez?, hace años, debe haber sido en los días de la muerte de su padre. Sin embargo, Osvaldito no entró a la Universidad y siguió cursos independientes de Economía y Dirección de Empresas. No valdrá mucho el título, se decía Rosalía, pero sabrá cómo trabajar y hacerse rico, lo importante es que salga adelante. Cumpliría su promesa: Mamá, tendrás todas las pieles que quieras, dijo una vez cuando de pequeño oyó a Rosalía pedir prestado un abrigo a Ifigenia; todos rieron entonces de la gracia del niño, mas en la madre quedó grabada y, con los años, esperaba de él esa misma fidelidad: Eres una chora, viejita, esas tontas no te aprecian, se burlaba de sus hermanas con divertidas gesticulaciones, algún día tendré un gran negocio y tú te sentirás superorgullosa. Virgen Santa, hijo, qué manera de soñar, reía ella, prométeme, Osvaldito, que serás todo lo que tu padre no logró, para eso te educamos y para eso nos sacrificamos tanto, prométemelo. Y el pobre chiquillo cargaba aún sus hombros con aquella promesa sin saber cómo cumplirla.

Al encontrar estacionamiento Soledad tuvo la visión deformada de vivir fuera de sí, en una ensoñación: ¿de dónde salieron tantos autos?, ¿por qué camino vinieron?, ¿y esas luces iluminando el centro del valle, desparramadas por los surcos de terreno erosionado como aguas plateadas, hasta convertir el gran parque en un resplandeciente arreglo floral, en un centro de mesa? Se sentía etérea, inorgánica. Demoró en descender. Mujeres elegantes subían por las gradas del corredor dirigién-

dose al ala izquierda de la antigua casona colonial y jóvenes en ropas leves y brazos desnudos elevaban doblados gritos de saludo. Se podía imaginar el patio interior con pequeñas mesas y tablones enmantelados entre grupos de hortensias y prados de rosas más allá de la puerta de rejas y maderas macizas. Deseaba volver a ver el parque de la casa, el antiguo parque de mi familia, diría Rosalía, recalcando el *mi* que la incluía en un ancestro aristocrático ajeno al emigrante inglés llegado a Valparaíso y más tarde casado con una norteamericana en Miami, progenitores de Soledad. Vuelta a la realidad, buscó a sus amigas. Allí las vio adaptándose al medio hasta que súbitamente algo cambió en sus miradas y posturas y fueron idénticas a las tres mujeres que salieron de Santiago. Lucila, impecable su tez y su cabello desordenadamente peinado a la moda, vaporosa la gasa de su vestido de alta costura y alto precio, terminaba de acomodarse los zapatos que permanecieran durante todo el trayecto batiéndose a los vaivenes del automóvil, lejos de sus pies. Ni un pelo había cambiado de sitio en la cabeza de Rosalía y el modesto escote de su vestido beige coronado por una leve fila de perlas daba al cuello compostura de persona que acaba de salir de casa. Soledad sintió un loco deseo de escapar, volver a tomar el auto y sumergirse otra vez en la pesadilla del viaje, el que por último era su viaje y su tiempo interno, dejar a las amigas y abalanzarse por el camino que podía llegar a otra galaxia. Qué importa, nada importa, yo sola voy a joderme sin dar cuenta a nadie, no tengo para qué dar cuentas, para qué llegar a Santiago donde nadie me espera, para qué conservar esta mierda de vestido que odio y me aprieta. No entraría a la fiesta, no deseaba hablar, ni ver, ni comer, ni sonreír, quizás sí tomarse un trago. No puedo resistirme más. Miguel. Si todavía apareciera el jetón de mi marido, si supiera que va a venir. El ánimo con que salió de su departamento tenía que obligarla a entrar en la casa y participar en la ceremonia y gozar de la fiesta. Soy incapaz. Inspiró y espiró con profundidad aprendida en el yoga, donde soltaba y tensaba sus músculos una vez por semana para sobrellevar su cuerpo. Las luces, desde diferentes fo-

cos, ocultos, variantes, se agrandaban y disminuían como una parodia de Music Show. ¿Era real o pura idea que la iluminación estaba arreglada para producir efectos mágicos o sólo era otra fase de miedo? Ifigenia, mi querida If, no es persona que guste rodearse de candilejas, se dijo para asentar su realidad, ella es sobria y parca, siempre mantiene ese equilibrio cálido que la caracteriza. No consideró adecuado el bautismo que Miguel proyectó para Sol.

¿Haces algo para evitar las guaguas o no eres bastante fértil?, preguntó Rosalía en voz de confidencia. Soledad sonrió evasiva: No soy muy maternal, no como tú, tengo mi trabajo, mi profesión, y Miguel que me llena la vida, tengo que andar muy alerta para conservarlo y hacerme interesante para que me siga amando. No eres celosa, a Dios gracias, ya que no te angustias con los devaneos de tu atractivo maridito. No son verdaderas infidelidades, respondió Soledad secamente, nos queremos mucho y hay diferentes maneras de ser infiel, no sólo se es con la carne. No pensó en comentarlo, ni siquiera se lo mencionó a Ifigenia, aceptó las cosas serenamente y era sincera al decir a Lucila: Sólo me importa que Miguel me quiera; lo demás, macanas. Miguel había recibido el resultado de los exámenes que juntos se hicieran para confirmar fertilidad en ambos aparatos reproductores, sin mayor asombro. Soledad entendió más tarde que por ser infértil iba con mujeres cada vez más jóvenes y porque no tendría hijos su esquema de vida sería intrascendente. Deseaba pasar, no permanecer. A mí no me importa no tener hijos, dijo una vez Soledad para levantar algún oculto sentido de culpa, somos tan buenos amigos tú y yo, podremos tener una vejez muy divertida y hacer cosas muy simpáticas si nos conservamos libres y energéticos, como hasta ahora. Sé muy bien que nuestra relación, la calidad de nuestro amor tiene extraña grandeza, es como una roca en que nos sostenemos ambos, reflexionó Miguel y luego sonrió divertido ante su propia serenidad; nada de rocas, son demasiado duras, inconmovibles, para mezclarlas con el amor. Algunos años después Soledad conoció a Ralph. Se sobresaltó al recordarlo tan

vívidamente. Mi querido Ralph, casi gritó, como si lo estuviera viendo entre los invitados. Sobre el pecho desnudo de Ralph, en una angosta cama de hotel, al principio, y en una ancha y cómoda que instaló él en Santiago para pernoctar las pocas semanas que venía a Chile en cada año, abrazada a su piel suave en algunos puntos y endurecida por los aires africanos en otros, lloró una vez más lágrimas que las que vertieron sus ojos en toda su vida matrimonial con Miguel. Con Ralph no necesitaba ser grande ni aferrarse a una roca, vivían sujetos a las contorsiones de un alga marina: Eres una eficiente colaboradora, una maravillosa amante, una exquisita tonta que de repente le da por llorar. Pero tampoco a él podía confiarle su derrota y su terror de no poder amar a otro que a Miguel y, sin embargo, sentirse tan segura, protegida y feliz en sus brazos.

Como Soledad lo hace todo atrasada nos sobresalta y emociona doblemente, comentó Rosalía, fascinada ante la noticia de que ésta esperaba una guagua. Yo la celebro, vive su vida y saborea cada etapa, agregó Lucila, años para casarse, años para parir, eso me gusta. Carlos la sacudió de los hombros: Eres fantástica, mujer, tener hijos cuando el mundo se descalabra, muy atinado. Esta guagua será única, murmuró Ifigenia cuando Miguel le propuso fuera la madrina, pero rehusó: tenía demasiados hijos propios como para dar la merecida importancia a este nuevo ser. Había que entregarlo a alguien que amara a esa criatura por sobre todas las cosas. Soledad pensó en sus padres. Y así Sol, la esperada, fue un verdadero sol de belleza y encanto, centro de maldades y travesuras: *You are a naughty girl*. Soledad dejó la oficina y espació sus viajes al extranjero después de su nacimiento, para reanudar su rutina cuando comprobó que Miguel era un padre alegre e interesante para la niña, que paseaba con él más a gusto que con su madre. Creció sin producir molestias, renunciamientos ni recelos, como una planta silvestre, en un hermoso jardín, libre, alegre, indecorosa, como su madre, decía con orgullo Miguel, pero en realidad la niña se formaba a imagen y educación de su padre.

Equilibrándose en un tobillo terminó Lucila de arreglarse

la correa de su zapato; así, con la chaqueta al brazo y los guantes puestos, preparó su entrada a la casa. Hacía mucho que no veía a Ifigenia, la encontró más ancha de cintura y algo ajada en su expresión, pero los años que pasaban para todos en Ifigenia se deslizaban suaves, livianos, sin marcarla.

Era parte de su historia, de los días festivos de música y canto, cuando Lucila sorprendió a ese hombre desconocido mirándola emocionado al terminar ella una imitación de Edith Piaf y sintió que le llegaban a los poros la admiración y el estremecimiento y preguntó a Ifigenia: ¿Quién es él? Con el tiempo dejaron de preguntárselo.

Aunque en alguna época de sus juventudes tan íntimas Lucila fue más bella, nadie las comparó nunca, jamás compartieron un pretendiente ni se disgustaron por una amistad, y siempre, a pesar de que el paso de los años llevó a Lucila a evitar la mirada demasiado inteligente de su amiga, siguieron visitándose y llamándose por teléfono para ponerse al día en los eventos importantes. Ifigenia no se escandalizó al saber que Eva se había ido de la casa: la juventud de hoy tiene sus propias formas de buscarse y encontrarse, olvida tus formas y piensa en la seriedad y compromiso con que toman sus responsabilidades. Sabía más de lo que expresaba, ¿cuántas cosas que Lucila cuidaba en ocultar? ¿Qué interpretación daba a la desaparición de Carlos de la vida mundana? ¿A la gestión de Carloto para hacerse cargo de la mayor parte de los negocios de la familia? ¿A los escándalos que su marido armaba en reuniones importantes donde, para superar la depresión, llegaba muy entero sólo después de ingerir algunas dosis de estimulantes y al poco rato, al menor desagrado, echaba todo por la borda y comenzaba a violentarse? ¿Qué comentaban cuando Carlos después de tomarse algunos tragos participó en una reyerta callejera que lo llevó a la comisaría? ¿Se perdonó la muerte de una familia al chocar contra el Mercedes de Carlos, que conducía bajo los efectos de la droga, según parte de Carabineros? Quienes lo encontraban en una reunión, al lado de Lucila, veían brillar sus

ojos con exceso y decaer su ánimo más tarde, cuando ya no era preciso ser encantador e ingenioso, y de seguro esos humillantes comentarios corrían a sus espaldas mientras ella continuaba viviendo en su propio mundo. Los niños, los negocios, los problemas políticos y económicos, mantenían una conversación agradable entre Carlos y Lucila, que súbitamente se cortaba llevándolo a él a compadecerse y terminar llorando y suplicándola, o, en otras ocasiones, a vomitar toda clase de groserías e imprecaciones que Lucila detestaba oír, tornándose tan chabacano que hasta hacía amagos de ir a despertar a la empleada si ella no accedía a meterse con él en la cama: voy a echarle un buen polvo, es lo que esa china necesita. Empezó a planear separarse y cuando él lo comprendió, surgió un nuevo personaje, otro estilo de Carlos, triste, apocado, mártir de la vida y las circunstancias, sin otro apoyo que su mujer. También intuyó un día que Carloto pensaba comenzar trámites para declararlo en interdicción: El porvenir de mi mamá no puede estar en tus manos, dijo el joven respetuosamente, tu cabeza ya no abarca el cúmulo de negocios que antes solías manejar, todo anda mal. Carlos se violentó y Lucila le encontró razón al argumento: Es plata que yo gané y tengo derecho a botarla como se me antoje. Entonces cede de grado la dirección de las cosas que no deseas manejar y guárdate una buena renta, cómprate ese fundo con que sueñas y desaparece. Los ojos de Carlos se llenaron de lágrimas ante la dureza de su hijo y Lucila sintió que esa pena aplastaba toda su rebeldía. ¿Qué haría sin mí? ¿Quién se ocuparía de sus cosas? Andaría un mamarracho por las calles de Santiago convirtiéndose en la vergüenza de la familia. Como a un niño comenzó a cuidarlo, como a un viejo comenzó a odiarlo, y como a una cadena comenzó a idear la forma posible de cortarla.

¡Qué linda pareja!, se dijo a menudo y todos aseguraban ser nuestros amigos. Estábamos llenos de amor en ese tiempo, pensó Lucila mientras saludaba. Linda pareja. No se atrevió a dejarse llevar por una risa sorda, el codo de un invitado la distrajo. Dicen que morir no produce dolor ni angustia, que

eso es anterior, el terror y la angustia vienen cuando uno deja la vida, ya está en paz cuando entra en la muerte.

Los médicos se aburrían de tratarlo: El verdadero problema lo acarrea desde la adolescencia, el sicoanálisis descubrió heridas que debieron tratarse antes, pero él no se entrega. Cuando el desprecio por sí mismo llegó a ser mayor que el que lo llevó a una semiimpotencia producida por el odio al sexo femenino, era tarde.

No seguía ya ningún tratamiento, no deseaba mejorar, más bien caer tan bajo que por mucho esfuerzo que Lucila hiciera por mantenerse, tendría que arrastrarla en su caída. Es lo que su subconsciente quiere, dictaminó Eva, le atormenta verte espléndida a pesar de todo, juzga tu entereza como frialdad, dice que nadie te destroza. Aunque cansada de ese falso esplendor, iba a la peluquería semanalmente y cuidaba su guardarropa tanto como la decencia y limpieza de su hogar, aumentaron sus arrugas y su sonrisa era a veces otra de sus mascaradas. Que nada me destroza, qué, si nada me queda por destrozar. Sola en el baño, analizaba frases y dichos temerosa de perder el buen tono: no me convertiré en una acomplejada como Rosalía ni aceptaré la triste vida de Soledad. Carlos no doblegaría su moral como doblegaba su cuerpo aterrorizado. De pie sobre los adoquines, enderezó los hombros y alzó la barbilla.

—¿Estamos listas, Soledad?

—No sé si dejar el auto cerrado.

—Está muy obscuro y puede entrar algún intruso.

Tomadas del brazo entre grupos de invitados se dirigieron a las gradas centrales; sus pasos, acompañados de otros que venían de diferentes direcciones, se unían como tam-tam lejanos en una selva de luces, vestidos, colores móviles. El brillante conjunto se reflectaba multifacético en los techos de los automóviles alineados frente a la casa.

Al principio sintieron los focos como enemigos mirándolas fijamente a los ojos. Pestañearon. Acostumbradas luego al ambiente festivo y lleno de movimiento, posaron para encontrarse con nuevos conocidos. Muchas personas se agolpaban ante la puerta de entrada que daba a un zaguán, entre el salón y el pasillo de distribución, hacia el patio interior, corazón de las casas solariegas. Al fin llegaron al sitio donde Ifigenia, su marido y sus consuegros, alineados, recibían a los invitados. Listas para compartir, responder, sentarse a conversar adecuadamente. Qué agradable sorpresa, mucho gusto, encantada, no te abrazo para no despeinarte, qué linda casa, mil gracias por la invitación, qué amable haber venido. Ifigenia repartía sonrisas y frases de acogida. Rosalía se hizo a un lado esperando a sus compañeras rezagadas. Sentíase sola y algo molesta en su fuero interno al ver el tierno abrazo que el marido de Ifigenia daba a Lucila queriendo besarla sin destruir su arreglo. Soledad, en cambio, saludó secamente a los padrinos lanzando desde lejos un beso a Ifigenia con la punta de los dedos, para no demorar ni detener el avance de la cola. Cuando se reunieron otra vez Rosalía se sintió más contenta.

—Vamos al salón, seguramente allí será la ceremonia, ya debe haber mucha gente y no encontraremos asiento.

—Podemos instalarnos en las ventanas, aquí las paredes tienen un metro de ancho y las ventanas han sido agrandadas en la remodelación.

—Qué original efecto hacen los ramos de flores y los focos en cada alféizar.

En el extremo opuesto a la entrada el sacerdote comenzó a vestirse para el sacramento. Con calma, indiferente al cuchicheo de la concurrencia, cambiaba de sitio el misal y centraba los vasos sagrados. A una señal comenzaría a colgar la estola a su cuello. Un conjunto de música de cámara, a la derecha, impacientaba sus dedos sobre los instrumentos. El público bajó la voz y una suave emoción apretó el pecho de Rosalía. Las cabezas se volvieron hacia la entrada y la nota del violín dio la señal

a los músicos, que se lanzaron de lleno al primer movimiento, provocando el silencio, la curiosidad y la espera.

Siempre la emocionaron las bodas, la solemne entrada del cortejo siguiendo los acordes de la Marcha Nupcial. La novia del brazo de su hermano mayor dando la idea de orfandad, la madre con la cabeza cubierta de plumas azules. No hay novia fea, qué linda está la novia, lo único importante es el amor, están tan enamorados, dijo la gente ese día. Cómo explicar a otros, si apenas se lo explicaba a sí misma, siendo Rosalía tan recatada, el enamoramiento, la atracción física, la pasión desconocida en su piel, que Osvaldo despertó en ella. El pololeo había comenzado como un simple amor de jóvenes inexpertos y sanos. Un buen muchacho. Una excelente niña. Se conocieron en el tren a Viña del Mar, y sólo sentir su cuerpo próximo en el asiento la descompuso. Le transpiraron las manos y una corriente vital subió por sus muslos. Se corrió hacia la ventana preocupada y el muchacho le habló. Estudiaba Construcción y vivía en Valparaíso su familia, pero Rosalía sólo deseaba que un accidente o circunstancia lo llevara a acercar su pierna a la suya y volver a gozar del contacto. Cuando a la semana siguiente él la invitó a la playa y en la tarde a bailar, ambos sabían que sus cuerpos se buscaban desesperadamente, peligrosamente, deliciosamente. Qué maravillosa era la juventud.

Algún día se casarán y harán un buen matrimonio. Hasta que Osvaldo la besó. En otra forma de la acostumbrada. Su beso fue distinto a aquellas castas manifestaciones de amor que le dejaban satisfecha y contenta de saber su sensación compartida. La mano que se introducía suavemente por el hueco de la manga hasta acariciar su espalda, la presión de su cuerpo para devenir uno con el suyo, aplastados ambos contra la pared del comedor de su casa, la hicieron olvidar el peligro de que la empleada se asomara por la cocina o que su madre entrara a apagar las últimas luces antes de irse a la cama. Olvidó el miedo, el

pudor, las enseñazas de cómo debe comportarse una joven en esas circunstancias, imbuida en el descubrimiento de su amor corporal. Sólo existió Osvaldo, el muchacho fuerte y algo desgarbado que hacía vibrar sus nervios como una corriente sacudiendo todo su ser. Desde ese momento dejaron de hacer proyectos, de hablar de los niños que tendrían, de los nombres que iban a ponerles, de la casa en que vivirían y sólo desearon mirarse, tocarse, estar solos, salir en auto con otros amigos, abrazarse en los campos y sentir esa emoción prodigiosa que los transportaba. Empezaron a comprender que cada día el cuerpo era más exigente y la sensación más completa y profunda. Temblaban ante el gozo y el pecado. Entonces decidieron hablar de matrimonio, pero su madre objetó: Qué tanto apuro cuando Osvaldo no tiene nada, ni dónde caerse muerto; tómalo con calma, hijita, no hay época más bella que el noviazgo. Hacía mandas, rogaba a Dios pidiéndole pureza, se apartaba de Osvaldo por semanas enteras colgándose del teléfono hasta el amanecer para compartir frases de amor, ya que no se atrevían a compartir caricias. La convivencia de ambos comenzó a ser tirante, desdichada, odiosa. Osvaldo dejó la Universidad y tomó un empleo que le permitiera casarse pronto.

Su matrimonio fue maravilloso, y en los primeros años, a pesar de los embarazos y de los partos que los llenaban de emoción, no sentían las molestias de los niños, los gastos aumentando día a día y Osvaldo sin lograr ganar nunca más que el costo de sus necesidades. Al despertar en medio de este idilio, Rosalía pensó en trabajar, pero no tenía preparación y le dolía dejar a sus hijos solos; además, el orgullo le impedía confesar su necesidad económica. Tanto se lo habían dicho antes de casarse: Espera tener una buena situación. Que Osvaldo se reciba y trabaje después, es un muchacho que promete, será gran profesional. Ahorraba cuanto podía, inventaba comidas sencillas y alimenticias, cuidaba sus zapatos y lustraba sus carteras para no parecer desaliñada, lavaba forros de muebles y siempre sus empleadas, mientras las tuvo, eran muchachitas ignorantes que sabían poco y poco cobraban. Cosía la ropa para sus dos niños y

cuando perdió el tercero y luego el cuarto, por abortos injustificados, supo que trabajaba demasiado o, tal vez, que lo hacía con exceso de celo, comprometiendo su tranquilidad anímica. Osvaldo no apreciaba su esfuerzo argumentando que él ganaba más que la mayoría en su oficina y todos tenían hijos y que vivir de acuerdo a su posición económica no era denigrante. Cuando nació Mané, Rosalía había perdido la esperanza, pero no la ambición, luchaba aún ocultando ante todos su rencor. Sentía más su pobreza en frente de Lucila o de Ifigenia. Con Soledad era diferente; ésta, mujer de trabajo, vestida de sport, el pelo corto y natural, sin tiempo ni paciencia para preocuparse de detalles domésticos, estaba siempre dispuesta a recibirla sin problemas, a contar sus cosas sin recelos ni dramatismos. La gringa le decíamos en el colegio, aunque sólo su primera educación fue norteamericana, ya que su juventud y matrimonio fueron a la chilena. A menudo Rosalía se idealizaba a sí misma, a tal punto que no supo en qué momento se puso materialista, recalcando su entrega, abnegación y fortaleza más que su pequeñez de metas. Se describía cristiana, amante de Jesús, imitadora de su Evangelio, sin captar la dureza de su corazón. A veces reconocía sentir envidia, estar demasiado consciente de cuanto hacía, pensaba o vestía Ifigenia y nunca dejó pasar con indiferencia algún acontecimiento relevante en la vida de las personas que amaba. ¿Amaba? Una vez confesó al sacerdote su dificultad de amar. ¿Por qué lo cree así? A mi marido lo quiero con amor puramente sensible, a mis hijos con amor posesivo, a mis amigas con sentido de competencia, como si todos los cariños pasasen por mi cuerpo y afectaran mis entrañas en alguna medida. El padre le respondió que si era capaz de juzgarse, bien podía también corregirse amando sin puntos de referencia a quienes la rodeaban. Rosalía, molesta, no volvió a confesarse. ¿Esperaba que contradijesen sus debilidades? ¿Buscaba que la aseguraran en su virtud? Cumplir reglamentos y creer dogmas de fe no cuesta nada, aseguraba Osvaldo, lo difícil es ser bueno y querer bien. Pero en ese momento de su vida, quizás próxima a una crisis, Rosalía no quería a los demás ni a sí misma; por

lo tanto, menos a Osvaldo. Soy un fracaso en las relaciones humanas y afectivas, en la maternidad, en la vida, se decía angustiada, esperando oír que todos eran tan fracasados como ella. Para convencerse o para que la convencieran, se esforzaba, servía, se sacrificaba. Pero su hija Lily, en vez de reforzar su autoestimación con una bondadosa negativa, estaba siempre de acuerdo: Tienes tantos defectos como cualquiera, no eres el hoyo del queque, pero nadie lo es, no te hagas mala sangre, nunca salen las cosas como uno espera. ¿Cachas?, una puede pasarlo bien si le trabaja un poco a la filosofía, te haces la trágica, te compadeces, pura neura, mamá, vive, suéltate, pásalo bien, deja tranquilos a los demás. Eres muy dura con tu madre, Lily. Eres genial, viejita, no te gusta la verdad. Esa verdad tuya es injusta. Contigo no se puede conversar de igual a igual, te pones bien cargante de repente. En esos momentos añoraba a Osvaldo, siempre añoraba a Osvaldo, aunque a veces lo negara; su vida fue Osvaldo, su centro, la órbita que le permitía girar sin perderse en el espacio.

—Cuando yo me casé, con un vestido usado ya por mi prima, porque mi mamá apenas me hizo *trousseau*, tan molesta estaba con el matrimonio, pasé la ceremonia aterrada de pisarme la cola, me quedaba un poco grande, pero yo lo sentía inmenso; ahora me pregunto si no habrán pensando mal...

—No puedo creerlo —Lucila escondió la risa tras la mano—, una niña modelo y con vales a cuenta, qué desatino.

La novia aparecía en ese instante bajo un arco de flores.

Un ligero murmullo acogió el primer paso. Se detuvo para que su hermana extendiera el ruedo del vestido, miró a su novio sonriendo, luego a su padre y cogiéndose de su brazo avanzó lentamente.

—No es tan bonita.

—Yo diría que tiene personalidad, su vestido es muy original.

Una señora se abrió paso a mirar a la novia más de cerca separando a las tres amigas. Soledad, relegada por la intrusa, dejó su asiento y fue corriéndose hasta quedar escondida tras la ventana. Ya había visto lo necesario y prefería arrinconarse a estar en primera fila. Miró el techo de la sala y celebró con entusiasmo el artesonado, las gruesas vigas que desde más de cien años resistían serenas el paso del tiempo, sin cambiar de color ni contextura. Maderas duras, rectas, carcomidas en algunos rincones. Los novios llegaban al altar improvisado ante un gobelino del siglo XVIII. Soledad sintió emoción y contento. Era bueno que la gente se casara, se buscara, se amara: para eso se es joven. Si uno no se jode de chiquilla y no logra una pirámide de actos que fundamenten la vida futura con fe y alegría, esto sería una huevada. Qué linda muchacha, una verdadera estatua, qué será de ellos, espero resulte muy bien esta función, ¿dónde estará Miguel en este momento?, una de las pocas veces que lo vi trajeado fue el día de nuestro matrimonio, casi no lo reconozco sin sus camisas de sport y sus chaquetas de tweed, con los años ya no fueron las chaquetas sino la chaqueta, usaba una a cuadros que le acomodaba con diferentes sweaters o beatles de preferencia negros. Cuando tú te mueras, bromeaba Soledad, colocaré esa reliquia sobre tu ataúd, así como ponen los uniformes de los militares o el capelo de un cardenal. Siempre que disimules bien los parches de los codos. Pobre maridito mío, tan simpático y adorable. Trozos de conversación llegaban a sus oídos, como si hubiese retrocedido una grabación. En lo único que se te nota lo gringa es en la seriedad con que tomas tus compromisos. Y eso, como esposa, es algo pesado, ¿no? Hay pocas cosas verdaderamente serias en la vida, pocas por las que uno daría la vida. ¿Y yo no soy una de ésas? ¿No darías por mí la vida, fresco sinvergüenza? La besaba, la pellizcaba, la dejaba caer de la cama para recogerla entre carcajadas. Nunca pensé que el matrimonio me pusiera tan floja, sufro de tener que partir a la oficina, sufro tanto al separarme de ti. Algún día seremos tan personas y maduros que no necesitaremos del trabajo remunerado ni de éxitos cotidianos para sobrevivir, dijo

Miguel cobijándola entre sus brazos y el acolchado de plumas con ternura. ¿Y no iremos más a la oficina? Yo haré proyectos sólo para no amohosarme. ¿Y qué haré yo para no amohosarme? Volverás a pintar, a diagramar, organizar una exposición de arte y no de puros paneles con datos estadísticos de nacimientos, mortalidad, distribución de leche y macanas.

Tendidos en la cama, muy juntos, conversaban, se besaban y volvían a hacer el amor; el futuro les pertenecía. La destrozaba dejar a Miguel cada seis meses, pero encontrarlo era como volver a conocerse, a empezar en cero. Sin historia, sin pasado, sin rutina y con nueva pasión, porque Miguel creaba un argumento nuevo cada cierto tiempo y hacía cosas diferentes para cada proyecto habitacional, como para cada acto de amor. No confirmó Soledad que Miguel tuviese otras amigas, intuyendo que tomaba su matrimonio como una aventura; como si no se hubiesen casado, compartían pocas cosas y eso los excitaba. Eran más que esposos, amantes. En mundos independientes y ricos, vivían. ¿Para qué indagar más?

Veían a Lucila con dos niños adorables que la estabilizaban más que Carlos, su marido. Solían pasar a casa de Osvaldo y Rosalía para convidarlos al cine o a una exposición y, porque sí, de repente, quizás por necesidad de independencia, Miguel avisaba que partía a Concepción; jamás sabía por cuánto tiempo estaría ausente. Al encontrarse sola Soledad preparaba una coctelera, echaba a una bolsa un paquete de galletas y sorprendía a Osvaldo con un trago al anochecer, que él disfrutaba alegremente mientras Rosalía estaba atareada en la preparación de la comida de los niños. En esas ocasiones Soledad sentía un penoso vacío en su corazón y volvía a casa añorando la sencillez y el desorden de los chicos sobre su falda, robándose las galletas. Hablaría seriamente con Miguel sobre el tema: Si el asunto te duele y realmente comienzas a afligirte, nos haremos los exámenes indispensables. Decide tú, yo poco sé de estas cosas, nunca me preocupó el tema.

Tomaron la esterilidad de Miguel como seres civilizados y modernos, harían una vida acorde a su destino, sin amargura

ni nostalgias inútiles, y a veces el amor sexual les producía un inmenso, desolado placer difícil de analizar. El trabajo y múltiples aficiones llenaban sus vidas. Cuando Soledad partió a Colombia a participar en un seminario, Miguel entregó a su mujer un paquete que debía abrir allá, lejos de él. Era un libro con estudios responsables sobre los pros y contras de la adopción, problemas genéticos, sicológicos, educacionales, etc., hechos por sicólogos, pediatras, sociólogos y sicopedagogos. ¿Significaba un mensaje? Siempre inesperado este hombre. Como dedicatoria, en la primera página, venía un papelito que decía: "...no lloréis por mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque días vendrán en que dirán: dichosas las entrañas que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán a decir a los montes caed sobre nosotros y a los collados, sepultadnos. Pues si al árbol verde se le trata de esa manera, ¿qué harán con el seco?"

La prédica fue corta y hermosa. Lucila no pudo evitar esa estrechez que se producía en su garganta ante cualquier emoción. Había ingerido una sobredosis de tranquilizantes porque un matrimonio es algo que deprime y alegra y uno no sabe qué sentir, y luego una píldora para estimularse y sentirse animada. Se convenció, con estricto sistema de concentración, de que estaba en el baño de su casa y que nada podía tocarla. Le parecía oír al sacerdote sublimando el sexo y describiendo las maravillosas riquezas del amor bendecido por Dios y sacralizado por la Iglesia. Necesitó aire, pero una muchedumbre la separaba de la entrada. Menos mal que el curita era simpático y analizando las condiciones necesarias para la mantención del amor y la durabilidad del entendimiento conyugal, mencionó algo básico: el sentido del humor. Respiró mejor al desechar pensamientos tortuosos. Se obligó a flotar sobre la concurrencia como lo hacía a menudo en los últimos tiempos durante una visita o al salir de compras al mercado. Ya no iba al cine. A Carlos

le gustaron las buenas películas y solían ir en otras épocas, pero cada vez los temas cinematográficos parecían a Lucila más eróticos. No resistía las escenas de amor muy realistas y rechazaba los desnudos y los besos apasionados durante el coito. La literatura que tanto la acompañó en malos momentos de antaño, escaseaba cada día más, las novelas le parecían excesivamente crudas y las descripciones sexuales más obscenas. Me dan asco. Hasta que sólo le quedó la música clásica como alimento espiritual y el bridge como pasatiempo, esperando que ese desagrado que los hombres producían en ella no se extendiera a sus compañeros de mesa. Con poca gente se sentía cómoda, suelta.

—Dónde se fue a meter la gringa —dijo al recuperarse, abriendo los ojos al presente—. Mira el techo como si tuviera ocho años.

—Le importan más las vigas que la gente, mujer de arquitecto al fin. —Rosalía paseó la vista—. Mira, Lucila, quien está allá, lo reconozco, era el jovencito de ojos azules que se subía al carro Pedro de Valdivia.

—¿Dónde? ¿Cómo puedes reconocerlo? Han pasado sus añitos...

—Con canas y kilos más, los ojos más arrugados si quieres, pero es él.

Ambas disimularon la sonrisa porque el solemne momento de las promesas silenció a los participantes. Las voces juveniles se prometían fidelidad, respeto, protección durante la vida. Lucila volvió a sentir náuseas y bajó la cabeza asustada. Rosalía sonrió recordando un momento igual. Soledad desde su sitio les hizo una mueca divertida.

—Nunca averiguamos cómo se llamaba —prosiguió Rosalía, pero Lucila no supo de qué le estaba hablando— el de la micro.

—Pero si dijiste que nos veníamos en carro, eran los últimos carros, más divertidos y lentos que las micros. Podíamos mirarnos y movernos. Qué lindo el arreglo de flores de esa esquina, Ifigenia tiene mucho gusto.

—Un día de tanto alboroto nadie está para arreglar flores, debe haber pagado por hacerlos.

—Tienen su estilo..., estilo Ifigenia... Quiero salir de aquí —imploró Lucila.

—Abramos esa ventana tras de ti. —Práctica y determinada, Rosalía comenzó a forcejear pidiendo ayuda a todos los vecinos, que la miraron impacientes.

La cabeza le daba vueltas y una línea gris interrumpía su vista. Tras ella, entre tinieblas, vio la pieza de Carlos y a éste tendido en la cama tratando de alcanzar el teléfono: Eva querida, estoy bien, no te preocupes, algo de taquicardia y el pulso en la garganta, tomaré el remedio y también puedo ponerme la inyección, pero tu madre me dejó un remedio nuevo, espléndido, según dijo ella o el doctor que lo recetó. Eva colgaría el fono aliviada, no creía necesario acudir a casa de su padre cada vez que Lucila salía. Después de las 9 era inútil llamar, él dormiría como ángel, o más bien invernaría como un oso. Pobre hija. Tratando de mantener su buena relación filial. Carlos la quiso en exceso descuidando a Carloto, a quien, por ser hombre, educó con dureza, dándole órdenes permanentemente; lo obligaba a ser viril, a no llorar jamás, a cuidarse solo; el niño había llegado a grande sin dificultad gracias a Lucila, pero jamás tuvo inclinación por Carlos. En cambio Eva avanzó desde la infancia a la adolescencia pasando por intrincados conflictos sicológicos y afectivos que la volvieron enfermiza de chica, tímida más tarde. Adoraba a su padre y por recibir de él tal amistad, afecto y admiración, tendió a rechazar la compañía de muchachos de su edad, aficionándose a los hombres mayores. Luchaba por vencer ese afán de comparar a todo el mundo con su padre y encontrar a los hombres en general menos atractivos que él. Con el tiempo intuyó que sólo desvinculándose de la familia lograría el equilibrio. Carlos comprendió el rechazo y se las arregló para tener serias y profundas conversaciones con la

hija, apoyándola, aconsejándola en sus estudios, etc., y si la manipulación del criterio y los afectos de Eva se le escapaban y la veía lejana e independiente, proyectaba algo fantástico: ¿Qué te parecería un viajecito a Europa?, conocer otros mundos no te vendría mal. Tal vez una temporada en Portillo este invierno; Eva, ¿no te tienta?; sin tu madre que te vigila ni tu hermano que te aplasta, los dos solos, libres, sin reglamentos; te prometo, mi preciosa, que no habrá prohibiciones. El lujo de los hoteles atraía a la joven y la compañía de jóvenes hasta entonces desconocidos le era más aceptable sintiéndose amparada por su padre. Le gustaba estar con él y que todos lo encontraran buenmozo, galante y rodeado de mujeres estupendas. Era un buen compañero, con el tino de desaparecer cuando estaba entretenida y de esconderse en su pieza a pasar las malas rachas, como decía. Los paseos con su padre significaban trajes apropiados y tenidas nuevas. Lucila descansaba en casa liberada, pero temerosa de que de repente se rompiera la venda que cubría los ojos deslumbrados de su hija.

No supo exactamente qué sucedió en aquel viaje al Sur cuando fueron a conocer un fundo situado cerca del lago Villarrica que le ofrecían en buenas condiciones. El corredor de propiedades insinuó que la casa cerca del lago era maravillosa, además de las explanadas aptas para crianza de vacuno. Con el tiempo puede lotearse la parte de la playa y el negocio resultar rentable, explicó Carlos a su hijo, dándole de paso una lección de manejo de finanzas. Partieron Carlos y Eva muy entusiasmados en el tren de la noche. A los seis días de ausencia, en una mañana clara y alegre, cuando Lucila se preparaba a tomar su frugal desayuno en la terraza de su dormitorio, oyó la voz de la joven. Una tremenda premonición le impidió levantarse a recibirla, permaneció lacia, invertebrada y sintió su corazón endurecido de angustia. ¿Su temor a los desvaríos sexuales de su marido la estaba obsesionando? No, no es posible. No. ¿Si bajo los efectos de un nuevo estupefaciente hubiese dicho algo que perturbara a su hija?... Dios, alcanzó a pensar, lo mataré, ahora sí que me atreveré a matarlo. Eva traía otra expresión, las

líneas de su rostro en diferente rictus la hacían distinta. Se parecía a su madre, una mujer adulta, consciente, liberada, segura de sí misma: Mamá, he estado pensando, dijo mientras la acompañaba con una taza de café, tomar un departamento y vivir sola. Lucila trató de hablar, pero consiguió sonidos extraños de su garganta. La esperó en silencio, rezando para que no dijera nada más. Eva continuó: Aunque trabaje y estudie al mismo tiempo no me alcanzará la plata para vivir, tomó un sorbo antes de decidirse, ¿podrías ayudarme con una mesada? ¿Qué pasó, hijita, por qué volviste sola?, logró pronunciar. Nada, mamá, nada fácil de explicar, tengo que valerme por mí misma sin depender de mi papá. Los labios de Eva temblaron levemente, luego sonrió tranquilizadora: Empezaré otra vida, lejos de ustedes dos. Así de simple. Sollozó y su madre supo que ése era el primer gran dolor en la vida de su hija. Evitó el enfrentamiento con frases evasivas: Es difícil crecer, hijita, peor aún abrir los ojos a la vida real, pero más te costará salir de la jaula de oro en que te hemos encerrado y... volar. No hablaron nunca más. Lucila pidió dinero extra a Carlos y jamás le habló de Eva. Deseaba hacerlo sufrir, que supusiera lo peor, que se preguntara si su hija era mantenida por un amante o trabajaba de noche, que estudiaba y daba cursos agotadores para subsistir; lo dejó padecer en la incertidumbre, creyendo que la joven, tan querida para él, vivía como una zaparrastrosa, una hippie. La comedia funcionó hasta comprobar Lucila que Carlos sabía más que ella y que, incluso, conocía el lugar donde habitaba la joven. La mente de Carlos era impenetrable y como el juego de esa mente seguía desconcertándola, evitó cualquier conjetura. Cuando Eva venía a casa a almorzar, los sábados, miraba a su padre con un nuevo interés, científico al parecer, y Lucila se levantaba de la mesa confusa y desecha. Las náuseas apretaban su estómago y deseaba vomitar.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Rosalía acercándola a la

abertura de la ventana—. Respira hondo, Lucila querida, te sentirás bien.

Trató de mantenerse erguida para no escandalizar a la concurrencia, no le sentaba dar escena y desenvolverse con tino era su máscara, odiaba los hechos insólitos y las actitudes extravagantes, tratando de que una sensatez liviana reinara en su ambiente familiar. Sonrió ya repuesta. Rosalía, aliviada, se volvió hacia el altar. El bellísimo trozo de un coral de Bach la llenó de dulzura y olvidó la fatiga de Lucila. El sacerdote celebraba en silencio mientras la voz de una soprano apagaba al coro. Sintiéndose joven y sensible, decidió gozar de la armonía espiritual del momento y cobijar su corazón renovado, defendiéndolo de todo mal. Le temblaron las manos y de las puntas de los dedos brotaban caricias; alcanzó a reaccionar cuando los brazos por fuerza ajena se extendían a abrazar su propio pecho y los dejó caer a lo largo del cuerpo recortando el efluvio. Se miró maravillada, capaz de amar otra vez y ser amada, deseosa de olvidar a Osvaldo y a sus hijos y vivir una sensación propia, oyendo sus deseos, siguiendo sus humores, prescindiendo de girar en ajenas órbitas para poder existir.

Si yo viviera mi vida, una interesante vida mía, sería más respetada y, quizás, más querida, ¿por qué no? Podía tener nuevas vivencias, propias, no sólo recuerdos de Osvaldo y motivos de sus hijos. Costaba dejar el círculo como si la fuerza de cada giro la fuera insertando más en él. Cuántas veces les había dicho: Quiero lo mejor para ustedes, yo ya viví. Y Lily sonreía al responder: Todas las madres quieren los placeres de los hijos cuando están jubiladas, es la onda, sin darse el trabajo de levantar la vista del libro. Me gustaría cachar, mamá, qué es lo que te gusta, intervenía Mané, ya que sé muy bien qué nos gusta a nosotras. Apuradas lanzarían un beso al vacío para salir corriendo. Lily la tocaba raramente; cuando chica su madre solía comérsela a besos, que ella rechazaba con las manos y vol-

viendo la cara lanzaba saliva a diestro y siniestro; gozaba sí cuando le hacían cosquillas y entonces emitía ruidos diversos y se echaba en sus brazos entre carcajadas. Osvaldo ladraba bajo la mesa para que Lily se asustara buscando un perro y se fuera a refugiar en sus piernas; entonces él balaba tras una silla.

Después el no me cargosees era un rechazo a todas las caricias familiares. Prefería a Osvaldo, que le hacía juegos diferentes sin besuquearla ni apretarla, le dibujaba monos sobre un papel y le mostraba imágenes. Rosalía no tenía tiempo para contarles cuentos. Osvaldito, en cambio, por ser hijo hombre, merecía el respeto de su madre, que lo besaba con dulzura sin atreverse a molestarlo. El aceptaba su actitud como una ofrenda y ponía la cabeza sobre su falda para ver televisión y, ya grande, hombre casi, Osvaldito apretaba aún las mejillas de su madre hasta ahogarla en medio de los quejidos suplicantes y felices de ésta. Ahora me da pellizcos en los cachetes y a veces una palmada en el trasero al pedir que le lleve un vaso de cocacola. Bien podría servírselo él mismo, alega Mané, mientras yo abro el refrigerador y saco la botella. Ese es su niño, en quien ha puesto sus afectos. En este sitio admirable olvida sus incoherencias, como si viajara en otra galaxia llevando sólo los recuerdos agradables. Lily estará feliz en el cine con su nuevo admirador, le interesa más su trabajo que el amor, como si no fuera mi hija sino un miembro de alguna asociación. Mané estará bailando con sus amigos y, horror, mañana deberé limpiar toda la mugre que dejen sobre la alfombra: mi pobre hijo Osvaldo. Nada malo le llega realmente a su nueva personalidad liberada y en ese momento sólo le importa la música de Bach.

Los novios se abrazan, se están dando la paz uno a otro, al sacerdote, a sus padres. El perfil radiante de Ifigenia se destaca contra la mejilla de su hija. Maravillosa Ifigenia, piensa esta vez Rosalía, que Dios la bendiga. La ceremonia es solemne y el salón, con una Virgen de Murillo entre dos ventanas, justo frente a ella, la rodea de belleza y quietud.

Pobrecito, sollozó Soledad; instalada en su pieza elegante y fría de hotel, con el libro sobre la cama, le es difícil enfrentar su realidad. Ya no sabía que sucedió. ¿Miguel confirmándose en los ojos de las mujeres sólo porque de él nunca brotaría vida alguna ni en su esposa ni en otra y que la paternidad, aunque vaga esperanza, le era negada?, algo así. El hecho es que se quebró algo en su simpatía endureciendo su modo de ser, resaltando el sector más frívolo de sus muchas actividades; perdió elegancia y misterio y eran tan obvias sus arrancadas que Soledad comprendió que jugaba con el amor, desechando afectos, sin deseos de amarrar ningún lazo. En ese viaje Ralph apareció en el lobby del hotel con un atado de papeles bajo el brazo: Me dijeron que usted podría ayudarme, dijo. No tengo tiempo, debo asistir a una reunión con grupos interdisciplinarios dentro de media hora en la sala precolombina. Media hora es mucho tiempo cuando se está cerca del fin del mundo y yo lo estoy. Soledad rió prestándole mayor atención. Le daré algunos datos para que me ayude en la exposición de estos paneles, aquí está la maqueta y aquí los planos que deberán mostrarse desde diversas perspectivas, es una población piloto financiada por la Ford Foundation cuando yo trabajaba como arquitecto en Nueva Delhi, una planificación integral de Asentamientos Humanos. Soledad se armó de paciencia y después se entretuvo mucho. Llegó tarde a su propia conferencia y continuó pensando en la voluble y creativa mente de Ralph, que hablaba de casas, materiales nobles, montajes, amor y minifaldas.

Todavía puede usarlas, pero le queda poco tiempo, sólo las jovencitas se ven lindas. Las llevo más largas que sus compatriotas, en Chile somos tan recatadas que nos vestimos como viejas. Déjeme ver, se bajó del banco sobre el que estaba trepado, póngase allí, apártese, le digo. Soledad, molesta por la inspección, exclamó: No sea fresco y termine luego esa enumeración. Toda esta escena es sólo una excusa para mirarla. No necesita excusa. ¿Y para hacerle el amor? Tampoco, si yo lo acepto. Ella lanzó esa resonante, envolvente carcajada que en tantas ocasiones alegró a Miguel obligándolo a agarrarla de la cintura

tendiéndola sobre la cama: ¿no ves que está recién hecha? Luego trabajaré yo, creo que vales el esfuerzo. Pero en este extranjero desconocido produjo otro efecto. La miró con nueva seriedad, sin ironía, como si recién comenzara a verla. Me gusta su risa y su boca. Dice mi marido que tengo más dientes que todos los comunes mortales. Me propongo contárselos uno por uno. Sin saber por qué Soledad se sonrojó y Ralph tomó sus mejillas entre las manos abiertas, anchas, ásperas, diferentes. Las próximas noches, después de la jornada de trabajo, comieron juntos y una vez salieron a bailar. Puedo enseñarle cumbia y seducirá a las latinoamericanas. Me gustan los bailes lentos y juntos. Bailaron las hermosas melodías de otros tiempos, emocionados con Pat Boone, Frank Sinatra y Elvis Presley. Cuando se decidieron por la cumbia, cayeron agotados en brazos del otro. Te amo, nena. No necesitas amarme, estamos contentos juntos. Pero es verdad, querida. No sé lo que siento, pero vamos. Cuando llegó el momento de partir, Ralph hacia Nueva York y Soledad hacia Chile, la tristeza de la separación les hizo pensar que realmente se amaban, que la unión había sido más completa de lo que pensaron. Atrasó su viaje sin dar a Miguel ninguna excusa y Ralph no necesitaba avisar a nadie. Divorciado desde mucho tiempo, viajaba libremente por el mundo. Tenía un hijo en el College y su mujer era una buena madre. *No problems.* Solía llevar a su hijo de vacaciones al Africa o a Indonesia y el niño lo quería muchísimo. *No problems*. Explicárselo a Miguel sí era problema y tener un hijo de Ralph más problema aún. A través del mundo se buscaban y, sin saberlo al principio, después con impaciencia por verse, hacían coincidir sus estadas en diferentes lugares de América. La segunda vez que se vieron fue en San Francisco, y olvidando todo compromiso, partieron, enamorados, a pasar tres días a la isla de San Andrés, donde se separaron. Volvió a Chile confundida, muy emocionada de ver a Miguel y esperando un hijo de Ralph.

Al salir los novios por el extremo opuesto del salón y cuando el coro comenzó a apagar sus voces, las de la concurrencia se

elevaron como si les hubiesen dado permiso. En el colegio no nos permitían hablar en el comedor, para desarrollarnos vida interior, decían, pero en ciertos días de celebración especial la madre daba la orden, una sonrisa oblicua y un gesto con la barbilla y casi por instinto se elevaba una sola garganta que aunaba la algarabía general. Nunca dosificábamos nada en ese tiempo; el tino, la fineza los he desarrollado después en exceso. Lucila siente deseos de rebelarse, de decir cosas insólitas, de preguntar intimidades personales, de ser indiscreta y humana. Por hoy, sólo por hoy. Se vuelve a Rosalía, cuya avidez trata de ubicar todo el contorno. Si alguien la despertara de su letargo. Ciertas drogas que consumía Carlos lo volvían excesivo, fuerte, lleno de vigor y desmesura; lo envidiaba. Según Carloto era cocaína, quizás, prefería ignorarlo, conocía unas obleas blancas, unas cápsulas y unos papelillos, que ahora necesitaba ella para sobreponerse a la depresión que le impedía incorporarse al entorno de música, belleza y misticismo.

—Hablan a toda boca —susurró impaciente—. ¿Te acuerdas, Rosalía, que en el colegio no podíamos hablar en la fila, ni en el comedor, ni en la clase? Sin embargo, que yo sepa, nadie aprendió a usar el silencio. Conversar es algo maravilloso, una comunicación en diversos tiempos, *pianissimo, adagio, allegro...*

—*Non troppo vivace*, querida, que me duele hasta la suela de los zapatos, en esta incómoda posición; ya va a terminar el encierro.

—¿Pretendíamos meditar? —insistió Lucila.

—Debe estar exquisito el buffet —respondió Rosalía.

—Y sólo lograron hacernos expertas en cuchicheo inconcluso. Siempre dejábamos los temas sin terminar.

—En la fila me contó una vez Ifigenia que estaba enamorada, su primer amor, nacido en este mismo campo, con un vecino. Ella salía a caballo hasta el camino que llevaba a la quebrada. ¿Donde nos perdimos, quizás? Seguro que sí... ¿Qué fue de Soledad?

—Teníamos caballos en tiempos del reinado de mi abuela.

—¿Por que además de las esmeraldas —Lucila lanzó una carcajada renovadora que liberó el aire de sus pulmones— Ifigenia se quedó con esta casa?

—Te lo he explicado mil veces —Rosalía pisó el palito—, esta casa no es de ella, es de la familia, ella organiza y regenta todo esto como representante de la comunidad.

—Pero tú no eres parte.

—Pasó lo de siempre, yo por ser la más pobretona de la familia tuve que ceder mis acciones a cambio de cuatro chauchas.

—Qué alivio. —Iban saliendo al corredor, allí el espacio era más amplio.

—No pensarán sentarse —dijo Soledad desde atrás—, yo no aguanto mucho rato con la misma gente.

—A mí me gusta saludar a todo el mundo. —Rosalía enredaba en su vista a los conocidos, envolviéndolos como en una tela.

—Buscaré una mesa tranquila para sentarme. —Lucila se acercó al brasero mirando abstraída el rojo profundo que centelleaba al interior de un carbón encendido. Las brasas se hacían guiños como si se reconocieran. Iguales a Rosalía, pensó, acomodando los pliegues de su vestido sobre la silla.

—Qué gusto, Lucila, ¿cómo está Carlos?

—¡Carlos!..., bien, muy bien, resfriado. Por eso no vino.

—¿Me permites?

—Por supuesto que sí, ¿cómo van tus niños?

—Espléndidamente, y los tuyos, ya serán grandes...

—¿Casados? Tendrás nietos..., unos preciosos nietos. Carlos, bien, muy bien, ahora un poco delicado, aprecia mucho a Ifigenia y sintió tanto no poder venir. —Siempre lo mismo, la sonrisa igual. Hablaba mecánicamente, sin pensar, experta en interesarse banalmente en todo, manteniendo una conversación fluida. ¿Eva?, hace mucha falta, cierto, pero nos

visitamos a menudo. ¿Carloto?, terminó ya la Universidad, trabaja para su padre. Algo sola, sí, por supuesto, pero con Carlos una no se aburre nunca, es muy absorbente.

¿Con qué personas se juntaría Eva? ¿Cuál era su ambiente lejos de la vigilancia familiar? Siempre había sido de ideas avanzadas y se las daba de progresista desde que entró a la Universidad y abandonó sus antiguos hábitos: participa en política y lee sobre sociología y economía además de estudiar los ramos necesarios para su carrera de literatura que avanza lentamente, ya que nunca toma las asignaturas necesarias en un semestre, prefiriendo dilatar y discutir en los corrillos. La había advertido del peligro que significaba el reunirse a hablar de metafísica y política, ya que la dialéctica en tiempos de dictadura y represión no era un tema apropiado: Cualquier día te despiden de la Universidad. Ella reía de los temores de su madre. Según Carloto, en el departamento de su hermana se reunían puros inconformistas, como si fuera un antro clandestino. No tenerla cerca entristecía a Lucila, sin embargo: En cualquier parte el ambiente es más sano que en casa, en cualquier parte se discuten ideas más valiosas que las nuestras. Ideas nuestras. ¡Qué ideas! Siempre creyó estar transmitiendo a sus hijos conocimientos profundos, tratando de endilgar los temas hacia la cultura y la música además de las historias de personajes interesantes. Incluso le gustaba componer canciones que cantarían en fiestas escolares y todos celebraban el dúo en las veladas íntimas: a Carlos le alegra oír a los niños, le gusta la guitarra. Con el pasar del tiempo, el deterioro paternal y los quehaceres adultos, los hijos se fueron apartando del influjo maternal y Lucila desistió: ya no conversan como antes. Eva tenía que informar de su vida en la hora de visita semanal y, a veces, daba noticias en llamados telefónicos; Carloto llegaba tarde, salía temprano y poco comunicaba del mundo exterior. ¿Qué piensas de tu hermana, hijito? ¿Crees que es bueno que esté sola teniendo

todo lo que pueda desear en esta casa? Carloto la besó tiernamente: Deja de preocuparte, mamá, hiciste lo que pudiste, ya somos grandes y responsables de nuestras vidas, Eva tiene aquí todo lo material, pero anda buscando otra cosa. ¿Qué por ejemplo? Algo diferente a esto, no lo tomes a mal, algo que aquí no se da, puede ser..., mejor no hablamos de ella. Dime, Carloto, dime en qué fallé. El joven meditó un momento y pasó el brazo por sobre el hombro de su madre. No es que fallaras tú, es que cada uno busca más allá de lo que tiene. ¿Busca qué? Otras ideas, otras metas, podría llamarse Dios, religión, acción social, cosas, que te acerquen al dolor del prójimo, qué sé yo, puchas..., estoy hablando como Eva. Se apartó de su madre bruscamente, pero Lucila lo siguió. Tan pocas veces lograba hablar con él. Yo siempre traté de hacerlos leer, de comentar libros con ustedes, explicarles las noticias del país, y tu gusto por los conciertos te lo di yo. Es cierto, mas no es eso lo que Eva quiere, nada de bolitas de dulce, quiere comprometerse, lo malo es que no sabe aún.con qué, en su casa recibe a un grupillo, conversan de todo, analizan todo, están disconformes con todo, especialmente con la vida regalada que... Y van a terminar presos, comentó Lucila quedamente al verlo alejarse hacia su dormitorio. Carloto esbozó una risilla: ¿Estás loca?, eso le pasa a otra gente, son cosas que sufren los demás. Al cerrar la puerta tras su hijo Lucila se sintió aliviada. Por preocuparse de Eva había olvidado a Carlos, quizás con el tiempo y otras actividades lograra olvidarlo definitivamente. Sacarse a Carlos es como sacarse una corona de espinas. El emblema del colegio era un corazón sangrante rodeado de una corona de espinas. Lucila sintió que las espinas crecían y las puntas la clavaban, causándole un dolor insoportable. Llevó la mano al pecho, crecía el escudo que le dieron para premiar su excelencia y ese corazón rojo bordado y las espinas verdes bordadas eran su piel y dolían en carne propia como un tatuaje. Antes de correr a encerrarse entró a la pieza de Carlos. Su rutina diaria: saber dónde y en qué estaba su marido. ¿Dejarlo? ¿Separarse? Mientras tanto, vigilar, usar sus manos en trabajos artesanales,

jugar bridge tres veces por semana y tenderse en su cama con un buen libro u oyendo un bello concierto, manteniéndose atenta: si llegaba, si salía, si dormía, si bajaba al bar, si hacía desorden, si hablaba solo, si se desmoronaba sobre la silla o destrozaba un jarrón.

Un sábado, los niños habían partido a sus actividades y Carlos en su pieza descansaba después de almuerzo, sin hacer ruido abrió suavemente la puerta, se detuvo indecisa, temerosa de ser indiscreta, pero al contemplar con detención el rostro de su marido, sus piernas temblaron. Tenía la boca abierta, los ojos cerrados, el pelo canoso en desorden y las comisuras de sus labios se extendían como heridas profundas hasta las mejillas, dándole una expresión de máscara, de cicatriz, de distorsión macabra, pareciéndole un cuadro aterrador. Está endemoniado, pensó, cerrando la puerta. Endemoniado o muerto. Muerto o moribundo. Moribundo o drogado. La espalda apoyada en la muralla, las piernas aún temblantes, las pantorrillas apretadas con dolores inéditos; algo diferente tomaba Carlos últimamente, no era alcohol, Lucila conocía todos los efectos del alcohol en él y conocía también las depresiones causadas por las mezclas de alcohol con otras pastillas estimulantes y las taquicardias si exageraba la dosis. Después de cada crisis, cuando desistió de internarse en la clínica para la consabida cura de desintoxicación y se propuso arreglárselas a su modo, bebía café, se duchaba bien, tomaba otra píldora, ésta era roja y la guardaba bajo llave. Me siento otro, decía, como nuevo, y sus facciones volvían a su sitio. Desde el viaje al Sur o antes quizás, sin que Lucila lo notara, los síntomas diferían. No era sólo la falta de su hija ni la pena de su ausencia, era más bien, creía, la falta del estímulo y agrado que la presencia de Eva produjo siempre en su padre. Al notar ese cambio Lucila pidió a la joven que lo visitara, ella prometió ir de vez en cuando a su oficina: es más impersonal. Haces falta en la casa. Lo sé, mamá, los veo casi todos los sábados y lo llamaré por teléfono si queda solo. Así dormiremos los dos tranquilos, yo sabré que está bien y él sabrá que lo quiero.

Esta nueva expresión que Lucila advertía comenzó a hacerse habitual en los últimos meses. ¿Qué clase de droga? Dejó pasar el tiempo, como lo hacía con la ducha del agua sobre su cabeza, enterrada la vista en la almohada, en el volante de su automóvil o sobre el fresco mármol de su lavatorio. Trató de razonar, desechar el miedo, inhalar hondo y exhalar por la boca y se convenció a sí misma de que ya nada más podía sucederle. Había vivido todas las bajezas. Abrió la puerta. Carlos estaba ahora de lado, apoyada la cara sobre el dorso de la mano, ocultaba la expresión de sus ojos semicerrados y su boca casi abierta. ¿Quién lo provee? ¿De dónde saca contactos? ¿Cómo se efectúan las transacciones? Y entonces recordó. Levemente al principio, sin darle rostro ni voz, sólo un abrigo de pelo de camello ordinario, un protegido, un pobre gallo, un médico de Concepción, decía Carlos. No vale la pena presentártelo. Muy pocas veces vino a casa y ella no vio su rostro. Ahora, frente a la cama de su marido, comenzó a reconstruirlo. Estoy segura de que ese hombre es turbio, hay algo raro en él, qué médico, qué fracaso, qué Concepción, qué estupidez, para engañarla le decía cualquier cosa. Tenía rasgos y comenzaba a tomar voz, una voz en el teléfono, de cuando en cuando, una voz lejana como viniendo de un teléfono público.

—Tú te quedas en este sitio, eres la única ubicable. —Rosalía se había topado con una amiga que la invitó a ver los regalos—. No vaya a ser que Soledad decida irse y no me encuentren. Estaré pasando por aquí. No te sentirás sola, ¿cierto?

—Tomaré una copa de champagne, la necesito. —Lucila volvió la cabeza hacia una pareja que parecía buscar ubicación.

—Qué gusto, siéntense no más, está desocupado, dejaremos un lugar por si viene mi amiga.

—¿Cómo está Carlos? ¿No se encuentra aquí? Me gustaría verlo, que me dé su opinión, es un hombre tan versado —dijo él acomodándose.

—Desgraciadamente no pudo venir. Está en casa con algo de resfrío..., poca cosa... —Sonreía ampliamente hasta que la copa de champagne embozó por fin sus labios, liberándolos—. Cuénteme de usted..., de sus hijos, ya deben ser grandes.

—Dos en la Universidad y una casada. A todos les va muy bien, a Dios gracias. ¿Hay dónde tocar madera?

—Seguramente la mesa —la esposa celebraba la gracia—. ¿Cómo consiguió champagne?

—El mozo está pasando continuamente.

—A mí el trago me da dolor de cabeza. ¿Ha visto whisky por ahí? —Ya instalado frente a Lucila, echaba atrás la espalda sacando la panza con satisfacción mientras ofrecía un canapé a su mujer.

—El whisky lo sacan al final —respondió Lucila—. Comienzan por el champagne, siguen con cocteles y jugos...

—A mí lo que más me gusta es el ponche a la romana.

—Siempre que sea en champagne, así no se mezcla.

Soledad se acercó a Lucila para decir presente, pero al ver un asiento desocupado se instaló allí.

—*Never mix grain with grapes* —dijo para incorporarse a la conversación.

Lucila tradujo:

—Granos con uvas.

—Comprendo muy bien, uno se siente mal mezclando el whisky, que es hecho de avena, con el champagne, hecho de uvas. —Soledad se puso de pie.

—¿Dónde está Rosalía?

—Fue a ver los regalos.

—Iré a buscarla. —Cerró un ojo a Lucila—. ¿Vienes conmigo?

—Estoy bien aquí, gracias. Tengo pocas energías esta noche.

Cuando Soledad se dirigía hacia la hilera de piezas que daban al corredor, donde seguramente se exhibían los regalos, encontró a Rosalía.

—No pierdas el tiempo. No hay regalos. —Rosalía parecía

desilusionada—. La fiesta ha sido aquí, pero los paquetes quedaron en Santiago. Me dijo uno de los niños, el segundo creo que es, no recuerdo su nombre, es tan buenmozo, salió al lado nuestro, tiene un aire de familia inconfundible, por eso lo saqué, dijo que no valía la pena cargar con tanto paquete y que a su mamá no le gustaban esas muestras en vitrina.

—Tiene toda la razón, así no hay comparaciones. Además, en estos tiempos los regalos de novia son idénticos.

—Me hubiera gustado ver cuántos recibió —se lamentó Rosalía.

—A mí se me olvidó mandar. —Soledad rió sin complicarse mayormente—. Averiguaré qué le hace falta, no creo que a Ifigenia le importe y la chiquilla ni sabe que existo.

—Yo mandé algo muy bueno, por sobre mis posibilidades, precisamente para que no crean que estoy...

—Picada por las esmeraldas.

—Idiota. Sentémonos mejor. Andaba con una amiga y gracias a Dios se me perdió, porque no pude acordarme del nombre y tuve que decirle linda todo el rato.

Se acomodaron en unas sillas bajo las ramas de un árbol. Hacia el frente se extendía el parque y en él algunos macizos de flores iluminados por focos indirectos daban una ilusión de claridad. Un bello arreglo. Arrinconada, segura de estar en la sombra, Soledad se dejó mecer por la atmósfera agradable de la noche y buscó un cigarrillo. Más allá del parque, en los confines de la cordillera de la Costa, se defendían fulgores del último sol o la primera luna.

—Mira —gritó Rosalía—. Virgen Santa, otra vez está ahí.

—¿De quién me hablas?

—El joven del carro... Lucila sabe, ella lo recordaba.

—¿Cuál es? —Rosalía trató de describírselo haciendo gestos secretos que no notara el aludido.

—Se iba con nosotros de vuelta del colegio. Debe haber estado en un colegio cercano.

—Cómo voy a acordarme si yo vivía por otro barrio, en el poto del mundo, cerca de la cordillera.

—Y te ibas en auto con chofer, la patuda.

—Era de la oficina, el chofer, quiero decir. —Puso el cigarrillo entre los labios.

—Espera, no lo enciendas todavía —y antes que Soledad alcanzara a ocultar el encendedor en la cartera, Rosalía había partido en busca de fuego.

—Perdón... Bah..., usted... ¿No me recuerda? —Levantó la barbilla para mostrar su rostro a toda luz.

—Cómo que no. —El exclamó con entusiasmo que reconfortó a Rosalía—. Era usted la chica más adorable que viajaba en la micro.

—No era micro, era el carro Pedro de Valdivia.

—Sí, por supuesto. Qué gusto volver a encontrarla.

—Qué gusto conocernos, dirá, porque entonces nos mirábamos sin saludarnos.

—Ahora me gustaría saber su nombre...

Soledad comprendió que había olvidado el fósforo y volvió a sacar su encendedor. Vio a Rosalía sacudir la cabeza, volverse hacia ella, hacerle una seña divertida y el gesto de su boca abierta de risa la conmovió.

Tu madre era una chica muy alegre, contaba Osvaldo a sus hijos, de repente tomaba las cosas a lo trágico, pero luego reía. Era verdad y le estaba agradecida por mantener ese recuerdo ahora que no resistía la acritud de su voz y la inestabilidad de su genio. Se sentía sola, juzgada por la familia y enconada, con la mala racha. Osvaldo se había asociado con el hermano de Rosalía en la compra de un camión para hacer fletes al Norte. Mucha gente ganó platita con ese tipo de negocios. Bien trabajado dejaba una ganancia fabulosa. Tenemos al chofer honrado y capaz. Eso es importante, que tome determinaciones y no se quede parado ante una emergencia, que busque fletes, que cuide la máquina. Osvaldo, reunido con su cuñado, tomaba notas, sacaba cuentas. Fue una estupidez tomar la defensa del

chofer cuando su hermano lo acusó de robo y desidia. Una pelea familiar era lo último que Rosalía podía esperar de su caballeroso marido. Su familia se lanzó contra Osvaldo y ella los distanció, incluso a su madre, quien nunca habló mal de su yerno, aunque sí había oído los comentarios de su hijo contra ese inútil de porquería..., pero su madre ya estaba enferma y no podía abandonarla del todo. Le dolía que no la incluyeran en los secretos familiares, ¿había tales secretos o ella los imaginaba?, perceptiva ante los silencios a su alrededor. Qué tontería, se defendió Osvaldo, un mal negocio no es nada..., como nada es todo el dinero que teníamos ahorrado. Será nada para un rico, pero para un pobretón como tú... Le han dado importancia innecesaria. Claro, dices eso porque no se trata de tu familia; por tu culpa me siento en tela de juicio entre los míos. Que me juzguen a mí, entonces. Es igual, tú eres mi marido y yo estoy contigo. El problema de la rencilla fue una excusa para no ir más a menudo donde su madre. Sentía que la apartaban de todos lados. No deseaba que la compadecieran y exageraba sus dramas para ser compadecida. Nunca estás contenta. Sí, estoy contenta a veces cuando me das motivos. Su contentamiento era como una luz que iluminaba su humor sin causa previa. Estuvo alegre un tiempo. Un largo tiempo, sin saber tampoco por qué. La situación era mejor ¿o sólo lo creía ella? Habían comprado auto, Lily parecía muy enamorada de un joven agradable y de buena familia, Osvaldito fue capaz de sacar adelante ese año de estudio superior, Mané prometía belleza y personalidad. ¿No encuentras que Osvaldito está más responsable? Sin duda es un buen muchacho y ya superó la adolescencia y todo ese asunto de la marihuana. El médico ha dicho que el niño no es vicioso, que lo hace por seguir malos ejemplos, por moda. No le gustaba a Rosalía que Osvaldo encarara ese tema con tanta naturalidad, ella prefería ignorar el problema, como si al no aceptarlo dejara de ser. No seas tonta, mija, hay que encarar las cosas. En todo caso anda mejor, no te aflijas. Recordaba de esos tiempos frases inconexas, cosas buenas y malas a través de su alegría inusual, intempestiva, aliviándole el alma.

No es posible, Osvaldo, que aún no vayas al dentista. Debes hacerte una revisión, es caro, todos los dentistas son unos ladrones, pero ya nos arreglaremos. No son las muelas que me producen ese dolor que abarca hasta el paladar, es la lengua rota donde a cada rato topa en la muela. Te tomé hora para el viernes. Qué odiosa eres. Y fueron juntos. El dentista demoró un largo rato en el examen, mientras tanto Rosalía ojeaba una revista. Cuando levantó la vista la expresión pensativa del profesional la preocupó: Venga a ver usted misma. Vio la horrible llaga que atravesaba la lengua. ¿Se la ha hecho contra la caries?, exclamó enojada contra Osvaldo. Eso veremos, respondió el dentista, no sabremos nada hasta terminar ciertos exámenes. Pronto cumplirían veinticinco años de casados. Haremos una fiesta, dijo Rosalía, echaremos la casa por la ventana y como los forros de los sillones están limpios invitaremos a todas las amistades.

Bodas de plata. No me cabe duda de que Lucila y Carlos llegarán con una fuente de plata. Los niños sólo pudieron festejarlos con un cenicero de plata que les costó conciliábulos secretos. Soledad trajo un gallo del Perú: No sé si es de plata, pero es muy antiguo. Y sobre todo muy lindo.

Cuando estaba en la cocina preparando los canapés con la ayuda de sus hijas, llegó Miguel con un cajón de ostras, excusándose de no asistir a la fiesta por tener un compromiso impostergable. Me lo esperaba, no querrá encontrarse con su ex esposa, comentó Rosalía y estiró los labios distraídamente para saludar a su marido. Este tomó un piso mientras Lily le preparaba un café con leche y tostadas de marraqueta; como era usual, miraba el vacío, a veces el techo, a veces el suelo, en tanto hervía el agua de la tetera. Al papá le pasa algo, comentó Mané. Levantó la cabeza y Lily sacudió el polvillo de hollín en las tostadas. ¿Te pasa algo? Nada, estaba pensando..., qué tontería, estaba con la mente en otra parte. Nadie volvió a mencionar el asunto y el coctel sencillo y delicioso terminó con una taza de consomé y torta, que repuso a los comensales, hartos de bocadillos. Los comentarios mantuvieron a los hijos se-

mivestidos a los pies de la cama de sus padres hasta avanzada la noche y cuando el matrimonio se preparaba a dormir, Osvaldo, con el brazo bajo la nuca, murmuró quedamente: Mija, quiero decirte algo... Ella se enderezó aterrada, extendiendo las manos para callarlo, hasta mañana, que siguieran saboreando las ostras y mirando el ramo de rosas de Ifigenia. Rosalía mostraba orgullosa el brillante regalado por su madre y que lucía espléndido en su dedo. ¿Qué pasa?, preguntó secamente para desanimarlo. Es la biopsia. Otra vez decidió no oír, se metió entre las sábanas, ocultó la frente y suavemente se fue arrimando al cuerpo de su marido. No puede hacerme esto, es lo que faltaba, no puede..., no puede. Pasó la noche despierta sintiendo la tibieza del cuerpo tan suyo y oyendo la respiración dormida de Osvaldo sobre su cuello. Sería una traición, un abandono, no se lo permitiré. Al día siguiente, después de abrazar tiernamente a su marido, le trajo ella misma el desayuno y para animarse a interrogarlo volvió a besarlo. No me dijeron mucho, pero no soy leso, me mandaron donde un internista que me recomendará a otros especialistas.

Es idiota todo ese enredo por una muela que me hirió la lengua, la que se ha hinchado hasta parecer que no me cabe en la boca. ¿O sea que ese dolor que se extiende hasta la amígdala no es neurálgico? Para el examen me sacaron una muestra debajo de la lengua, no en la pared del paladar ni en la mejilla. Bueno, y eso qué tiene, qué significa. Cáncer creo yo.

Con la misma tranquilidad de siempre, con la misma falta de rebeldía y de espíritu de lucha, había dicho cáncer creo yo y Rosalía montó en cólera. Comenzó a recoger las migas y ordenar los restos para decir: No te hagas el interesante, dices esas cosas para asustarme, bastante he sufrido ya, no me gusta la broma, mira que cáncer, es el colmo, ¿no pudo ocurrírsete algo más sencillito? Se movía por la pieza como si tuviera que hacer todo el aseo en un momento, violentando su voz hasta el histerismo: Son unos estúpidos, exagerados, especialistas y más médicos para que uno gaste más. Buscaremos un médico sensato, no un aprovechador, y tú les sigues el amén, claro, ¿no te pare-

ce que tenemos exceso de problemas? Son nervios, algo sicosomático, mucho trabajo y poca paga, cualquiera se enferma, la muela se infectó, ¿te duele el paladar o la lengua?, ¿no puedes saber qué te duele?, abre bien la boca. Arregló la lámpara para enfocar la boca de su esposo: A ver, muéstrame a mí, yo voy a decirte, ahí está, la misma herida que vio el dentista, una buena herida, pero nada más, cicatrizará, vas a ver, con una curación y listo, gracias a Dios no es nada.

La gloria de los ramos, la última cena, la velada agónica de Getsemaní, la soledad, el llanto, sangre y lágrimas para llegar al calvario. Pasaron meses. Operación, tratamiento de rádium, curaciones dolorosas, dificultad de comer, malestares, tristezas, otra operación, en la que cortaron la mitad de la lengua, dejándolo, además de flaco y dolorido, con su dicción limitada, sin poder expresar sus pensamientos, tratando de hacer comprender su ridícula palabra. Pobrezas, humillaciones, otros tratamientos dolorosos y que lo menoscabaron hasta convertirlo en un desecho. Rosalía recurrió a los bancos, firmó pagarés y con la mayor dignidad posible se acercó a la oficina de su marido, pidiendo ayuda para el tratamiento; le dieron, sí, le extendieron un cheque que cubrió una mínima parte de los gastos de hospitalización. Del pensionado pasó a la sala común, donde, a Dios gracias, había sólo dos enfermos fuera de Osvaldo, que gritaban de dolor en las noches. Desesperada, llamó a Carlos: Te ruego que no lo sepa Lucila, pero yo topé fondo; aunque funcione el Sermena, no cubre todos los gastos, las ayudas familiares se hacen pocas, no tengo para pagar la enfermera y quiero llevarlo a casa ahora que terminaron con el cobalto. Carlos corrió de ahí en adelante con las enfermeras de día y noche y pidió a Rosalía abrir una cuenta en la farmacia. Cuando un doctor insinuó operar los ganglios del cuello que estaban tomados por la enfermedad, Osvaldo desde su cama, imposibilitado casi de hablar, miró a Rosalía con la expresión más bella y suplicante que nunca le vieran y ésta tomó sus manos: Haremos todo lo posible, dijo, hay un nuevo tratamiento a base de drogas, no será necesaria otra intervención. Pero él

movía la cabeza de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, en un patético y definitivo no, mientras besaba los dedos de la mano de su mujer. Y comenzó la crucifixión. El tratamiento de quimioterapia destruía el resto de energía y de vigor, dejándolo postrado por varias horas y a veces días. Con Lily se explayaba mejor, porque ella interpretaba sus palabras sin necesidad de esforzarlo en exceso. Mientras tanto, Rosalía sólo dejaba la casa para visitar joyeros, tratando de obtener precio por el anillo con brillante que le regalara su madre el día de las bodas de plata. Cuando lo vendió no dijo nada, sintiéndose contenta de aliviar el excesivo gasto de Carlos. No fue necesario enterrarle la lanza en el costado: el buen Osvaldo, escuálido y consumido, desfigurado el rostro por las operaciones, hinchados los ojos por las drogas, amoratados los delgados brazos por las inyecciones, solamente vivos un resto luminoso en el fondo de sus pupilas y una inquebrantable ternura hacia su familia, dejó de respirar mientras Rosalía leía los programas de televisión para esa noche, a los pies de la cama.

Soledad aspiró con deleite el humo de su cigarrillo y escogió qué sandwich le tocaba comer. Los había probado todos, estaban deliciosos y ahora debía repetir los mejores. Me gustaría un whisky, por favor.

—Rosalía —gritó Soledad—, pueden venir a sentarse, aquí hay espacio y la vista hacia el parque iluminado es maravillosa.

—¿Vamos? —preguntó ésta mirando con picardía a su amigo, que la siguió risueño.

Soledad los dejó instalados en amena charla y partió a explorar la vegetación. Se oía un murmullo cerca de la sala de baile. No había orquesta sino dos jóvenes expertos en equipos electrónicos y amplificadores. Fue hacia allá. Le gustaba ver bailar a la juventud y también le gustaba bailar a ella. En salidas al extranjero tenía más ocasiones de divertirse armando

grupos amenos, unidos por conexiones de trabajo, que buscaban las más notables boites o cabarets o que simplemente se animaban en el salón del hotel. En Chile salía poco y aquí los hombres de su edad se comportaban casi siempre como viejos. Desde que Ralph le había comunicado su matrimonio con una holandesa muy joven celebrado en Indonesia, no había vuelto a viajar a Chile, por lo que los pretextos para armar fiesta y dancing, saliendo a los más caros restaurantes y bailando hasta el amanecer, habían terminado junto con su amistad. Fue un maravilloso amigo Ralph, tierno, bondadoso, fuerte, algo dominante a veces, pero, en fin, un seguro compañero de viaje. Siempre me agradó estar con él. Tampoco veía a Miguel. Cuando su ausencia se le hacía intolerable lo llamaba por teléfono y él la invitaba a almorzar, pero ahora debía estar enamorado porque no se dejaba ver. Volvió a acercarse.

—¿Les cuento? Ahí en el saloncito están bailando —pero no se sentó.

—El marido de mi amiga Soledad era un gran arquitecto —explicó Rosalía a su compañero, que ubicaba una nueva silla.

—Por qué dices era —rió Soledad—, divorciarse no significa la muerte.

—Como lo veo tan poco, se me olvida que existe.

—¿Puede decirme su nombre? —preguntó Soledad pensando que Rosalía estaría loca por nombrarlo sin atreverse a preguntar directamente.

—Ramón Sánchez, a sus órdenes. —Volvió a pararse para extenderle la mano—. ¿Qué está bebiendo? Yo estoy algo seco.

—Whisky y está excelente.

—A mí me gusta el pisco sour —se entusiasmó Rosalía—; si usted me consigue uno estaré encantada.

—Por supuesto, ahí viene el garzón. —Siguió conversando mientras sacaba ambos vasos de la bandeja.

—Es usted muy amable —dijo Rosalía haciendo un alto con la copa.

—*Cheers* —Soledad unió su vaso—, por este simpático reencuentro.

—Recuerdo que una vez, en nuestro carro Pedro de Valdivia, pregunté a un compañero si la conocía. —Ramón sonrió envolviendo el rostro de Rosalía con los ojos—. Todos la habían mirado aunque no le sabían el nombre; Rosalía, no me habría imaginado que se llamara así.

—Tiene una R de Ramón —bromeó ella poniéndole la mano sobre la manga—. Nunca supimos su nombre, pero peleábamos con mi amiga Lucila por saber a quién miraba más. Una vez estuvimos a punto de preguntárselo y ella no se atrevió, le decía el de los ojitos azules y yo le alegaba cómo ojitos si son inmensos y medio verdes.

—Se me han achicado. Cuando jóvenes todo nos parecía inmenso. La hora que pasábamos en el tranvía, la barba de la mujer que viajaba en las mañanas y reclamaba todo el tiempo, los corredores del colegio, el frío en el invierno, la tarima donde se subía el profesor.

—Amarcord —susurró Soledad.

— Precisamente, Fellini —respondió él, mirándola por primera vez.

—Desde que soy viuda voy poco al cine —interrumpió Rosalía para coger la hebra.

—Es una película vieja, seguro que la viste con Osvaldo... Qué lindos árboles, miren, son grandes de verdad, no sólo porque nosotros seamos tan chicos, sus copas se pierden en una infinita obscuridad.

—¿Es usted viuda?, cuánto lo siento. —Se hizo un silencio, un homenaje al marido muerto.

—Desde hace casi cuatro años, tengo tres hijos que son mi alegría.

—Ya que estamos recreando nuestro propio Amarcord —Ramón seguía mirando a Rosalía tan directamente que la hizo bajar los ojos y sentir un leve escozor en sus mejillas como si viera una telenovela o leyera un romance, emoción fresca y palpitante, rejuvenecedora, pensó Soledad—, les contaré que un

cabro que viajaba en el tranvía es hoy un personaje importante, tres veces ministro, alguna embajador, y no mencionemos que ex político porque está prohibido decir groserías delante de las damas.

—De todo ese grupo sólo recuerdo a usted —exclamó Rosalía—, más bien dicho sólo lo veía...

—Sí, ya sé..., —él lanzó una alegre y sincera carcajada que agradó a Soledad como una ducha—, sólo miraba mis ojos. —Los abrió desmesuradamente fijando sus globos blancos cerca de Rosalía para convencerla—. Ya no son azules ni verdes, se han desteñido con los años.

Una pareja conocida, al parecer, de Ramón pidió permisc para sentarse; accedieron y la conversación continuó animándose.

—Hablamos del pasado y de nuestro actual deterioro —explicó.

—Pensábamos —agregó Rosalía— que si reuniéramos a un grupo de personas, las que están por aquí cerca por ejemplo, y las hiciéramos narrar algo del pasado, sería interesante, una anécdota, un recuerdo...

—Dirían puras mentiras —terció Soledad.

—Lo apasionante es oír la verdad, algo que está en el fondo, latente en sus almas. Resultaría una historia absurda.

—O monstruosa. El fondo verdadero de cada uno es inenarrable. Si a mí me preguntan cómo estás, contesto bien gracias —dijo Soledad profética y risueña.

—Sí, sería horrible que tomara la pregunta tan en serio que me contara cómo está.

—La verdad es una lata o un tragedión. —Soledad se levantó para continuar su recorrido—. *Bye, bye, dear*, nos vemos. Voy a buscar a Lucila y a saludar a Ifigenia. Ten cuidado, Rosalía, de no contar nuestro accidentado viaje hacia acá; no intervino Fellini sino Antonioni.

—Tres mujeres asustadas en medio de una desolación lunar, de un paisaje neutro, un ensueño en la nada, sin puntos de referencia.

—Bravo, salió un cuento. Imagínense que soy un escritor —Ramón alzaba la voz entusiasmado— y pregunto a cada uno cuán feliz es.

—Y después que todos respondieran —intervino uno de los recién llegados—, cuando Ramón estuviese preparando su libro, tomaría yo sus apuntes y lo escribiría al revés, los mismos elementos pero con otros signos, es decir tergiversaría cada versión y me acercaría a la realidad.

—Es muy pesimista —insinuó Rosalía dulcemente.

—¿Quiere bailar? —Ella se sobresaltó y las manos comenzaron a transpirarle.

—Hace mucho que no bailo..., no sé si podría.

Pero Ramón ya la estaba levantando de su asiento y de la mano la conducía al salón de baile.

—¿Qué pasó en ese viaje al centro de la tierra que mencionó Soledad? —preguntó Ramón estrechándola.

—Algo estúpido, en verdad nada, sin motivo alguno nos encontramos solas, en medio de la obscuridad, sin saber a dónde ir ni cómo volver. —Se quedó pensando, suspendida en los brazos de él y tembló.

—¿Tiene frío?

—No, tengo miedo. Sentí que nos marcaba a las tres de alguna manera.

El volvió a tomarla induciéndola a seguir el paso y el compás y continuaron bailando en silencio.

Permanecía en silencio y Soledad quería obligarlo a decir qué pensaba: Oyeme bien, querido... Tendidos sobre la alfombra, frente a la chimenea diseñada por Miguel, en un estilo moderno, algo espacial, que poco se avenía a la casa antigua que arrendaban, fea pero con posibilidades de transformarse en algo descueve, habían hablado con sinceridad rara vez permitida entre las parejas, logrando analizar, sin adornos ni sentimientos idealizados, la verdad de cada uno y, después de la

cruda exposición de sus almas, quedaron ambos como dos esqueletos descarnados. Desatar una crisis, una ruptura o una reconciliación, algo diferente a ese estupor: Escogí a Ralph para que me diera un hijo, no un hijo para mí, no soy tan maternal, puedo organizar una vida sin necesidad de ser madre, creo que podría..., claro está que podría vivir... Sí, Miguel, quería tener un hijo para ti. Miguel tomó su mano sin mirarla, besó sus uñas: No tengo por qué privarte del derecho a la maternidad. Soledad comenzó a llorar, suavemente al principio y con agudos sollozos luego. Miguel la miró con curiosidad, sin explicarse a qué sentimiento correspondía cada etapa de llanto. Tampoco soy tan vulgar para creer, querida, que un hijo mío sería mejor que de otro; mis genes, mi cerebro, mi temperamento no son fácilmente transferibles, yo no importo, querré a esa criatura por ser quien es, por sí misma, no por ser mi o tu hijo, sólo por vivir con nosotros. ¿Con nosotros? Soledad comprendió que su vida continuaría como antes y que eran los dos uno a pesar de todo. Somos gente de buen gusto, aligeró el tono y se levantó. Otros sentimientos o pasiones como celos, posesión, dominio, fidelidad, serían tema de otras conversaciones o se silenciarían para siempre. Miguel dio algunos pasos por la habitación estirando sus miembros: *Well, dear, we are pregnant*. Soledad rió y la alegría secó sus lágrimas. Por si te interesa, Ralph no sabe nada de todo esto, el hijo es tuyo, es decir, nuestro. Miguel hizo un gesto con la cabeza y se acercó a la mesita del centro, cerca de la chimenea, a prepararse con toda parsimonia un martini.

Durante los siete meses de embarazo que quedaban Soledad no se movió del país. En la oficina estuvieron de acuerdo en que necesitaba paz y reposo y los permisos pre y postnatal la retuvieron alejada del ajetreo laboral. Cuando Ralph, desesperado, vino a Chile para saber de ella, vio que estaba embarazada y se preocupó sinceramente de su salud. Con tristeza la reprendió por su silencio y trató de obtener una explicación coherente: No puedes amar a dos hombres, dijo molesto, *one at a time* me parece lo honrado. Ella no dijo nada y lo besó en

la boca: La próxima vez me verás bella y delgada. Me gustaría conocer al baby. Pero al despedirse no pudo dejar de abrazarla con pasión y benevolencia. Eres un puritano, querido, bromeó ella. Y tú eres una adúltera. No separaron sus manos hasta el anuncio del vuelo que lo llevaría a Nueva York.

No quiero a Sol porque sea mi hija, insistía Miguel a sus suegros venidos desde la parcela en Los Dominicos a ver a la nieta, la quiero por ser como es. Es nadie aún, pero maravillosa, respondía la abuela lagrimeando de ternura mientras obtenía permiso para llevarla al barrio alto, donde el aire era puro. Emocionaba a Miguel ver el cambio que un niño puede producir en la vida de dos seres de edad avanzada y se decía que era fantástico aportar a los padres de Soledad una tan grande dicha. Sol era el centro alrededor del cual padres y abuelos giraban en alegre círculo y Miguel olvidaba a Ralph al decir con profunda simpatía: Mi preciosa chiquilla..., ¿de quién es mi niñita?..., venga para acá la guagua del papá..., y la pequeña abría los brazos y gorjeaba al verlo aparecer.

Soledad se abrió paso a través de las mesas cada vez más llenas de comensales buscando un espacio abierto cerca de la tarima de baile. Allí viejos y jóvenes se agitaban contentos según su estilo. Ella inconscientemente empezó a mover los pies. Para mantenerse ágil tomaba clases de yoga, para mantenerse íntegra evitaba los malos recuerdos y para evitar a Sol tomó otro whisky, miró el vaso un momento y lo cambió por uno más lleno. Se alegraba de saber a Rosalía entretenida y suponer a Lucila, por buena crianza habitual, integrada a cualquier grupo: nunca le falta tema con desconocidos. No se avergonzaba, como Soledad, de preguntar cosas obvias y responder con lugares comunes que adquirían interés y distinción sólo pasando por sus labios: qué gusto de saludarte, qué bien estás, cuál de tus hijos es ése..., puras huevadas. Tenía Lucila el arte de recordar los nombres de los hijos de parientes y conocidos y de distin-

guirlos con alguna frase enfática a buen tiempo: Yo apenas reconozco a mis íntimas amigas y para colmo no veo bien, quedo siempre como una negra. ¿Será a mí?, se preguntaba sin atreverse a responder al saludo, ¿quién me hace señas?

—*Hello, sweety*. —Soledad se volvió asustada—. ¿No me reconoces ya, *calamity girl*?

—Miguel, ¿qué haces aquí?

—Lo mismo me pregunto yo. Estoy tratando de zafarme de saludos y partir.

—Busquemos a Lucila. —Soledad nerviosa evitaba la intimidad con su marido cada vez que estaban juntos.

—Me gustaría ver la casa, ¿te acuerdas que hace años vinimos a almorzar? —Miguel no estaba para nostalgias inútiles; avanzó sin mirarla.

—Vamos a dar una vuelta, está bastante refaccionada, pero conserva el estilo.

—Eso es lo que cuesta, refaccionar buscando las comodidades actuales y las bellezas pasadas.

—Me está dando frío —dijo Soledad después de algunas vueltas por los corredores y se acercó a él.

—Vi que preparaban el gran salón para que la gente vaya entrando a medida que enfría la noche.

—El baile también está adentro ahora.

—Tan cerca de la cordillera los braseros no alcanzan a entibiar el ambiente. —Miguel le sobó el antebrazo.

—¿Sabes, Miguel? Me encanta estar contigo. —Soledad dejó ver la gruesa boca abierta de risa.

—Parece que te salieron dientes nuevos.

—La muela del juicio fue la última, eso antes que me casara contigo.

—Los que yo veo te salen de noche. —La tomó del brazo guiándola hacia adentro—. Así es que te hago falta...

—Contigo me puedo sentar tranquila y sacarme los zapatos bajo la mesa. Eres mi marido *after all*.

—A propósito, ¿te llamó el abogado? Tienes que firmar unos papeles.

—Sabes a donde enviarlos, conoces mi oficina y mi casa.

—En la casa no estás nunca.

—*Cómo que no, estoy pintando tarjetas de Navidad.*

Después de caminar por diferentes lugares de la casa y admirar los jardines se sentaron junto a una mesa vacía en el rincón más lejano de la entrada, como si de acuerdo evitasen saludar a los pasantes.

—Tenemos sitio para Lucila y Rosalía, que irán llegando.

—¿Quieres que te consiga un trago? —preguntó Miguel atentamente.

—Tengo, gracias, puedes tomar del mío. —Acercó a su marido el vaso que conservaba en la mano.

—Gracias, me hacía falta.

—¿No vienes acaso de otro bar?

—Esta vez no, vengo de una reunión de planificación urbana.

—*¿Con tus socios?*

—Con el Ministro de Vivienda.

—Estarás deseoso de que una mujer te hable al oído —dijo ella irónicamente—, sin eso no te vas a la cama. Tengo los pies dormidos.

—Los halagos me son tan necesarios como lavarme los dientes. Desgraciadamente aquí no puedo sobarte los dedos de los pies. Estás tan salvaje como siempre. ¿Aún no aprendes a andar con tacos altos?

—¿Crees que sería muy mal mirado si te metes debajo de la mesa? Dime de esos papeles.

—Separación de nuestros bienes. Tienes que firmar que recibiste lo que se estipuló.

—No he recibido nada.

—*No seas viva, mujer, si te quedaste con todo.*

—Es cierto, no me acuerdo bien. Yo salí sólo con una maleta hacia Nairobi.

—Y cuando volviste yo no existía. Me fui también con lo puesto, es decir con lo que cupo en el auto, y tú fuiste tan gentil que me enviaste la bergère del living.

—No recordemos, *please* —Soledad dejó de sonreír, sus ojos adquirieron un azul profundo, doloroso, que Miguel temía—. Firmaré lo que me digas.

—No hay apuro —respondió confundido, impotente; había ya olvidado qué hacer para borrar en ella la tristeza—. ¿Cómo has estado? —Distraídamente jugó con los dedos de Soledad—. ¿Te ha resultado el auto que me bolseaste?

—Espléndido. ¿Cómo se llama tu *last lover?*

—No se llama, es aire, espacio, amor, es eternidad, belleza —gesticuló con los brazos abiertos, como abarcando la noche, las luces, los comensales—, es el arte.

—*Go to hell.*

—Estoy pensándolo.

—¿Qué?

—Mi meta no es el matrimonio.

—Tampoco la mía. ¿Los papeles de divorcio seguirán en el fondo de un cajón del escritorio de tu abogado?

—Están en el mío. —Se miraron riendo con alegría.

—Qué fresco eres. ¿Seguiremos casados por toda la eternidad? ¿No te parece excesivo?

—Aunque no fuera la muerte la que nos separó... —dijo Miguel bromeando, pero se detuvo espantado de sus propias palabras—. Perdón. —Callados miraron un rato hacia el mantel—. Mi pobre amor —comentó él como si hablara al vacío.

—Pídeme un trago.

Soledad pensó en ir a buscar a Lucila. La mesa que ocupaban continuaba semivacía, se sintió incómoda, buscó pretextos para moverse. Quizás su amiga estuviese aburrida. Sonrió al pensar en Rosalía, que no deseaba que interrumpieran su ilusión. Acostumbrada a las novelitas de los semanarios, de seguro esperaba que ese amor de su infancia fuera el suyo definitivo. Con treinta años de retraso. Recordó a Rosalía joven con su traje de novia, del brazo de Osvaldo. Fue la primera en casarse y causó la envidia del grupo. Estoy segura de que la fascinó la idea de casarse antes que Ifigenia, pero además era tan requete enamorada. Si moría y desmayaba por amor. ¿Cómo se le iba a

escapar un buenmozo en el tranvía? Ojalá no se entusiasme demasiado, debemos irnos ya y es horrible pensar en ese camino de vuelta, tierra, piedras y obscuridad. Miguel se acercaba con dos vasos de whisky y Lucila lo acompañaba.

—Telepatía —gritó Soledad.

—No, unión de pensamientos —respondió él alargándole el vaso.

—Lucila, *darling*, ven con nosotros.

—Estoy poniéndome nerviosa, qué será de Carlos.

—No se va a morir por una noche —exclamó Soledad, y las facciones de Lucila se pusieron rígidas.

—El guaina debe haber botado el resfrío junto con la partida de su mujer —terció Miguel acomodándose junto a Soledad—. Una cosa es tener gripe y otra ser leso.

—Tengo frío —murmuró Lucila, la mente en su casa de Santiago.

Al verlo decaer y reponerse, al notar los cambios de carácter y de facciones, la inestabilidad y la violencia de humor, perdió el control de sus nervios, ya no había más que hacer.

Los médicos siquiatras de Carlos la miraron siempre como la mala de la película, la responsable del daño, nunca como la víctima. No quería lástima y se sostenía en su fortaleza, pero ahora estaba cansada. ¿Se ponía altanera para sobreponerse? ¿O Carlos la describía ante los demás con una distorsionada imagen?, con un dejo de humor la desprestigiaba: no creo que Lucila venga al asado, este tipo de reuniones no son para ella, ella es de otro chiste, o quizás: dejemos a mi mujer, es una gran persona, a su modo, y es mejor no mencionar esos detalles, o: pobre, yo la quiero y eso basta, o: para que esté contenta la hago creer que maneja a sus hijos y a mí y a toda la creación, le hace bien, calma su ambición desmedida, aplica su afán de dominio y poder, o: respecto a mujeres no me digan nada a mí... Ja, ja, vivir junto a Lucila es una escuela, las que

hay que aguantar... Pobre hombre: ¿Me quiso alguna vez?

Desahogar su espíritu ante un amigo, un confidente, alguien que no la conociese a través de Carlos. La única persona pura, sacerdotal, que le daba confianza, era Osvaldo. Lo llamó por teléfono: quiero verte, siempre que Rosalía no se entere. Almorzaron en el centro. Lucila había llegado antes y dejado un cheque al maître para evitar discusiones con Osvaldo. Yo invito, pide algo que te guste. ¿Erizos, por ejemplo?

Cuando terminó de hablar, deshilvanadas anécdotas y confesiones en las que ocultó solamente los problemas sexuales de su marido: hay cosas de las que una mujer no habla ni a su mejor amigo, porque incluso se ensucia al pensarlas, Osvaldo dijo seriamente: Déjalo. Pero ¿cómo podría él vivir sin mi ayuda y vigilancia?, es muy dependiente. Déjalo, Lucila, o terminarás igualmente enferma, estas cosas son contagiosas. Cualquiera que sea la secreta angustia que lo llevó a la droga, la degradación moral, el alcohol, la mentira, el engaño, ellos te envolverán, que corra su suerte o terminarás tan decrépita como Carlos. Puedes seguir velando por él, pero sin involucrarte. Me quiere, me necesita, gimió Lucila. ¿Sí?, yo diría que no quiere a nadie, que nunca ha podido querer bien. Puede ser, a veces he pensado que yo le convine, tenía que casarse algún día, y una joven inocente, pura, ingenua y bonita era una buena combinación. Tal vez no lo pensó tan fríamente, pero son de dos filos los neuróticos. Difícil elección. Lucila ya lo había pensado y siguió rumiando la idea, pero no tuvo energía para llevarla a cabo; vino a comprender su error cuando se vio a sí misma cogida en la misma red, como Osvaldo lo previera. Al acudir a responder esa tarde en que el médico de Concepción, ese pobre diablo, mi protegido, un gallo cualquiera, llamó por teléfono, Lucila estaba nerviosa esperando ese llamado. Con tono seco, pero mundano, lo invitó a la casa para explicarle que le tenía descubierto y que esto debía terminar, pero al sentirlo cerca sabía que ya estaba participando de esa mascarada. Le agradó la dureza de su mirada y ese temor a estar junto a un malvado la excitó. Hablaron de mil cosas y cuando con la ma-

yor naturalidad, actuando en terreno conquistado, él extendió su vaso para que le sirviera otro whisky, supieron ambos que eran cómplices y que ya no sería necesaria tanta precaución para conectarse. Esa noche Carlos llegó a casa pálido, agobiado y subió rápidamente a inhalar unos papelillos de polvos blancos que el médico se daba el trabajo de colocar en una oblea para hacerlos más presentables y dosificarlos mejor. Te voy a dejar, murmuró ella, de pie, tras el sillón, sin verle el rostro, tomaré un departamento, o quizás sea mejor que me vaya a vivir con Eva, lo he pensado mucho, es lo más sensato, tú puedes establecerte en el campo con un buen cuidador, venir a Santiago a un hotel, ya que no aceptas una buena clínica. ¿Hablaba por no saber cómo callar o por recibir una respuesta? Hay que deshacer esta maldita casa, poner todos los muebles a remate, empezar en cero; el pobre Carloto está empeñado en tomar tus asuntos, pero es demasiado peso para un joven y tú ya no produces ni puedes concentrar tus fuerzas. Carlos escuchaba en silencio. Se puso de pie, trastabilló un instante, se fue acercando a ella: Ven, vamos a mi pieza, te necesito, ¿eres mi mujer, no es así? La agarró por los hombros hundiéndole el rostro en el cuello, mientras ella trataba de desasirse. El se serenó y ciñéndola con fuerzas buscó sus labios, que ella escondía volviendo la cabeza con frenesí. La mordió en la barbilla y tiró de la blusa mientras seguía arrastrándola hacia el dormitorio. Como intuyó que no lograría llegar allá, prefirió tirarla al suelo y echársele encima. Ahogada en su asco y su miedo de ser sorprendida por uno de sus hijos o empleados, era incapaz de gritar. Mantenía un quejido ronco en su garganta y golpeaba con ambas manos desesperadamente, tendida sobre la alfombra, la ropa desgarrada y la baba llegándole al suelo. Con una rodilla logró pegarle y aprovechando esa vacilación se deshizo del cuerpo que la aprisionaba. Desde el suelo trató con increíble fuerza de ponerse de pie; él volvió a alcanzarla, pero ella lo empujó con tal ímpetu que lo hizo dar con la cabeza en el borde de la grada. Deseaba su muerte. La solución de su vida era esa muerte, ella podía matarlo, su única salida era matarlo. Lo mataría, sí, o

más bien lo dejaría morir, era cuestión de no cuidarlo, de encender sus vicios, de aumentar su dosis, de exacerbar sus pasiones. Abandonarlo no era solución: es un ser dañino que nos ensucia a todos en alguna forma. Tenía que morir y ella no trepidaría en lograrlo, librando así a la familia de su presencia y a él mismo de su infierno.

Ya de pie, al verlo en el piso, semiinconsciente, los pantalones desabrochados y abiertos sobre la carne blanca cubierta de vellos crespos y rojizos que no alcanzaban a cubrir su sexo manchado, desnudo, repulsivo, con rabia, orgullosa, desafiante, escupió sobre él. Ya no le temía. Lo tendría de ahora en adelante entre sus manos. Con dificultad Carlos comenzó a ponerse de pie y a acomodar su vestimenta. Al verlo otra vez alto y fuerte volvió a sentir miedo y comenzó a alejarse. Carlos la alcanzó cerca de la puerta y esta vez, sin fuerza ni violencia, rodeó su garganta con las manos abiertas y comenzó a apretar el cuello de Lucila, sin pasión, decidido, imperturbable. Ella dejó de luchar y, con cierto alivio, entrevió su fin como otra solución; cuando ya casi no lograba respirar, cerró los ojos y los brazos cayeron blandos, paralelos. Carlos asustado la soltó; ella se echó sobre el sofá. No me dejes, amor mío; con torpes ademanes buscó un trago. Le pasó un vaso servido a su mujer con gesto cortés; ésta bebió con fruición hasta terminar de reponerse. Tosía aún y trataba de controlar sus atoros cuando oyó la voz de Carlos como viniendo de otro mundo, deformada: Lucila querida, has sido mi mujer por más de veinticinco años, hemos tenido buenos y malos ratos, pero estamos juntos, ella apenas oía, la voz de Carlos se alejaba, no podrías vivir sola aunque Eva consintiera en compartir contigo una habitación, ambas, culpables, seguirían cada uno de mis actos con terror, estás acostumbrada a esta tensión, es parte de tu vida, sin ella te sentirías muerta, la separación no funcionará. Se puso de pie con tal soltura que Lucila volvió a asustarse. Se acercó a ella, que rápidamente fue corriéndose hacia la puerta dejando caer el vaso sobre la alfombra, para liberar sus brazos y defenderse. Tengo la solución, querida, dijo sin tocarla, óyeme bien, mi orgullosa

Lucila, óyeme te ruego, lo que voy a decirte te parecerá otra locura mía, mas no lo es, estoy en mis cabales y mi mente razona con una lucidez aterradora, no te ofusques, medítalo con calma y después contéstame, matémonos los dos, hagamos un pacto, estás tan mal como yo o lo estarás pronto, no debemos cargar a los niños con nuestro descalabro, muramos juntos, tengo la forma o la perfeccionaremos, no se notará mucho, saldremos en auto, nos pondremos una inyección, precipitaremos un accidente, no lo sé aún, pero lo haremos bien, bien planeado, nadie investigará y salvaremos a nuestros hijos de esa humillación o culpabilidad. Hablaba fríamente esperando una respuesta, como quien trata un negocio pesando las conveniencias de ambos lados.

No, respondió ella con dureza, quien debe suicidarse eres tú, no yo, tú debes morir ya que no puedes envejecer dignamente, y yo, sin ti, comenzaré a vivir como antes. Salió corriendo y una vez en su pieza entreabrió la puerta del baño para refugiarse. A vivir, sollozó, mas su sollozo se fue convirtiendo en estertor, mientras oía la frescura del agua corriendo, a vivir, a vivir...

—Rosalía anda disparada y yo quisiera partir —se lamentó Lucila saludando a una pareja de amigos que se acercaba por entre las mesas.

—Cuando tú te sientas a lo reina madre la gente revolotea por saludarte —exclamó Soledad divertida—; en cambio a mí, para que me ubiquen tengo que explicar mi nombre, profesión, estado civil y clasificación sanguínea. Por eso vago sola.

—En este ambiente quizás —rectificó Miguel—, pero entre tus colegas o en tus seminarios o congresos estás en tu elemento y cambias de personalidad.

—Es verdad —señaló Lucila con picardía—, esta gringa se hace la gringa, nunca deja de tener admiradores cerca.

—Qué exagerados —exclamó Soledad, contenta al ver la

expresión molesta de Miguel—. Iré a buscar a Rosalía, así este hombre aprovecha para darte unos pellizcones.

—Anda, vete, *dirty mind*. —Miguel la empujó con la mano mientras se acomodaba cerca de Lucila. Siempre le había gustado estar con ella, pero ahora le parecía que se iba ajando, reviniendo a medida que avanzaba la noche, dejando entrever nuevos rictus cerca de los labios—. Poco veo a Carlos últimamente.

—No está bien, Miguel —confesó ella—, tú debes saberlo mejor que yo.

—No ahora. Hace tiempo que no da un escándalo mayúsculo. Creí que después de su última estada en la clínica había mejorado.

—Se aburrió de clínicas, de entrar y salir de ellas, se aburrió de sí mismo, ya no quiere mejorar, ya no hace la comedia. No pretende aparentar, sale poco.

—Pobre gallo, un tipo macanudo, estupendo en lo que emprendía... —Miguel tomó la mano de Lucila guardándola entre las suyas unos instantes.

Ella sintió el calor amigo y lágrimas humedecieron sus párpados. Soledad era una estúpida: yo habría debido encontrar un hombre así, artista, ingenioso, agradable. Miren que cambiarlo por ese gringo gusto a nada. Era buenmozo Ralph, para qué negarlo, y parecía interesante, lo mejor que tenía era su gran situación, como Carlos, no todo lo que brilla es oro, el mundo le quedaba chico y eso sin duda la hacía a ella sentirse segura, protegida, ¿para qué diablos necesita la gringa protección?, se las arregla admirablemente.

Soledad divisó a Rosalía, quien, con todo su grupo, había decidido entrar en la casa. Seguían bailando en la sala cerca de la entrada y sus mejillas eran jóvenes y tersas como pétalos de rosa.

—¿Es usted casado? —preguntó por fin, atreviéndose a aludir a su vida privada, tema evitado durante toda la noche.

—¿Y si lo fuera? —respondió acariciando su brazo—,

¿qué más daría? Estamos viviendo un pasado que nos saltamos, reponiendo una pieza en el rompecabezas.

A medida que pasaba el tiempo se iban acercando protegidos por el baile, ¿para qué hablar? Sintió Rosalía que su piel se estiraba: el amor es bueno para el cutis, decía Soledad en otros tiempos. Sonrió. La amistad se hacía íntima. No había progresado en sus coloquios favoritos, los éxitos de Lily en la Universidad, la acabada descripción de la belleza original de Mané: no sé realmente a quién salió esa niñita, solía decir, y sólo había esbozado las dificultades en los estudios de su único hijo hombre. Ramón respondió con una frase banal: Hay niños que demoran en madurar, pero eso llega, sobre todo si el chico es inteligente y emprendedor. No entró en detalles de la actual ocupación de su hijo y sostén deseando que la conversación versara sobre ellos mismos. Tiene razón, olvidemos las cosas desagradables. Liberada de temores y tensiones, Rosalía se ablandó en los brazos que la llevaban suave y rítmicamente por la pista de baile.

Posponer recuerdos tristes. ¿Cómo olvidar su peregrinación de instituto en instituto para Osvaldito? Desgraciadamente las escuelas que menos requisitos exigen son las más caras. Así es, respondió Lily, o tienes plata o buen puntaje, pero el muy burro trae malas notas del colegio y tendría que dar una prueba salvaje para ingresar. Mijito, tiene que haber un sitio. El sufrimiento se entremezclaba a otros sinsabores, había centrado en ese fracaso una serie de desilusiones y proyectaba en el éxito del muchacho toda su fantasía. Ya en tiempos de Osvaldo, se discutía el mismo tema. Hay escuelas técnicas, decía Osvaldo. Pero cómo va a descender el niño a ese nivel. No seas tonta, mija, todo trabajo es digno e interesante, si a él le gusta. Va a perder contactos. O va a adquirirlos. Pero Osvaldito no estuvo contento en la Escuela de Artes y Oficios: Espérate, mamá, no te aflijas, se excusaba con humildad, daré otra

vez la prueba y entraré a Periodismo, quiero estudiar algo que me guste. Estudia cualquier cosa —insistía Lily—, en vez de andar mariguaniándote con tus compinches. Y si en vez de toda esa onda trabajaras sería el descueve. Lily era demasiado severa, ¿estaría celosa? Déjalo tranquilo, no te metas. Niñito de su mamá, intervenía Mané. Estoy choreado con tantas mujeres, rezongaba Osvaldito, se meten en mis cosas y no me dejan vivir. Rosalía se prometió no molestarlo más. Cómo explicar las veces que ella había dejado los pies consiguiendo influencias para que entrara en tal o cual escuela sin darse por vencida. No quedó en Periodismo y el joven decidió estudiar Teatro. Rosalía creyó morir. La sensación de desgarro interior la venció, cayó enferma por primera vez en su vida. Los terribles dolores de estómago que sentía hicieron a los médicos pensar en un ataque de úlceras. Exámenes, como si fueran tan baratos. Con este montepío que es una miseria y que sólo me sirve para optar al Sermena... Ese mismo mes Lily trajo su primer dinero que entregó a la casa y su madre emocionada encontró motivo de tristeza pensando que debió de ser su hijo hombre quien tomara el rol de *pater familias*.

Hijita, no puedes trabajar y estudiar, dijo con pena. No te preocupes mamá, soy una egresada, puedo arreglármelas perfectamente. Sin ayuda de su madre había conseguido ayudantía en la Universidad y una nueva investigación pagada y estaba segura de obtener, con un profesor, recomendaciones para optar a un puesto por media jornada que solucionaría algo la estrechez de su familia: Quiero verte tranquila, mamá, sin preocupaciones y espero lograrlo.

Hijito, por Dios, estudiar Teatro no es una profesión. Pero a mí me gusta. Si le va bien será famoso, intervino Mané, a mí me dislocaría tener un hermano trabajando en una teleserie, todo el mundo los conoce en la calle, hasta les piden autógrafos. Rosalía decidió dejar en manos de Lily el peso de su angustia.

No podía confesar a Ramón que su único hijo trabajaba

en el teatro. Siempre que tocó el tema con sus amigas lo hizo frívolamente: es un chico que aún no se encuentra a sí mismo, por lo menos en la Academia ocupa su tiempo. Pero le dolía a su orgullo pensar en los éxitos de Carloto y en el standard de vida de Soledad. Ahora sí que su hijo había muerto toda esperanza. Osvaldo fue débil con él, no supo hacerlo hombre, se lamentó, salió del mismo estilo de su padre y entonces, al formular su queja, se contradecía, construía recuerdos, se iba aderezando con ellos, su matrimonio exitoso y los bellos momentos del pasado la vestían de gala. Su título de buena mujer la enorgullecía.

—Mi marido era un hombre superior —dijo de pronto—, hizo algunos malos negocios, como cualquiera, y no prosperó como merecía, pero era una persona excepcional.

—Me lo imagino. Me gustaría volver a verte, Rosalía. —Ella se sobresaltó al oír ese primer tú que sellaba el encuentro.

—A mí también me gustaría mucho.

Buscaron una mesa en el salón, ya que cerca de la pista de baile no se podía conversar.

—Era un buen hombre y yo lo quise mucho. —Dejaba constancia antes de comenzar a olvidarlo. Tenía que serle leal antes de entregar a otro su lealtad.

Una suave armonía modelaba su cuerpo, sentíase liviana y feliz. Algo nuevo se abría en ella. ¿El futuro?, una incógnita. ¿El pasado?, un secreto. Vivir un presente y si Dios quiere, prolongarlo.

—¿Crees tú, Rosalía, que cuando jóvenes éramos mejores o peores que hoy?

Rosalía vaciló al responder:

—Eramos mejores, creo yo, el amor lo era todo, teníamos fe en la vida, no tomábamos alcohol —rió mostrándole su vaso medio vacío—, las mujeres eran fieles a sus maridos, por lo menos eso creíamos, y no había nada más precioso que los hijos,

uno los ubicaba en la vida maravillosamente, y todos deseábamos ser santos.

—Y además nos contentábamos con una mirada y sufríamos por esa mirada. No sé si éramos mejores, sí sé que éramos distintos, y aunque en verdad anhelábamos la superación, admirábamos la virtud que hoy cuestionamos, deseábamos vivir un ideal que ahora ni reconocemos, pero hoy somos más comprensivos, sabemos perdonar.

Se quedaron un rato mirándose en silencio, sonrieron, a esa hora de la noche no necesitaban muchas palabras.

Una voz melodiosa interrumpió el crepúsculo de su intimidad:

—Por fin te encuentro, mijito, ¿crees que sería hora de partir?

—Rosalía —dijo Ramón acercándose a la recién llegada—, te presento a mi mujer; ésta es una amiga muy antigua, mi amor, déjame presentarte un querido recuerdo de juventud.

—Me alegro de conocerla.

—Encantada.

—¿Vamos ya?

—Sí, vamos.

Soledad tomó a Rosalía del hombro.

—Allá al fondo de ese salón estamos nosotras. Cuando tú digas podemos irnos. —Se encaminaron juntas hacia la mesa.

—Déjame reponerme —respondió Rosalía apretando los labios para borrar un puchero—. Están sirviendo un pavo maravilloso y no pienso perdérmelo.

Se sentaron en silencio como un par de intrusas. Miguel y Lucila, las cabezas juntas, demostraban cuán íntima era la conversación que sostenían. Para no interrumpirlos cada una se sumergió en sus pensamientos.

Celebraron los siete años de Sol con una gran fiesta. Miguel había diseñado y planificado una casa durante mucho

tiempo, pero antes de tener un hijo no le interesaba atarse a bienes materiales, más agradable era vagar o arrendar hermosas u originales viviendas según la época o las circunstancias. Pero aún no sales de un vejestorio, decía su suegra. Es que una casa pone sedentario, un artista como yo debe cambiar de ambiente como de ánimo, respondía burlón. La niña te dio el ánimo y ha logrado convertirte en un burgués cualquiera, querido artista. Los planos, en la mente del arquitecto, comenzaron por convertirse primero en palabras, comentarios, decisiones, en sitio y en celebración de tijerales, donde la pequeña Sol tomó su primer trago de vino del vaso del jefe de obra: Para que no se le reviente la hiel a la niña, don Miguel.

La casa fue decorada en estilo moderno y funcional y Miguel proyectó sus conocimientos pedagógicos en la pieza de su hija, que reunía todos los requisitos expuestos en libros para la ambientación infantil. Hermosa, amplia, sin recovecos, ni puntas, ni ruidos, ni ventanales peligrosos, con espacio para patear una pelota y un rincón que ensuciar con pinturas y plasticinas sin dañar el linóleum. Y como la niña necesitaba familia, junto a su cuarto estaba el de sus abuelos maternos para cuando venían de visita. Un niño sano tiene padres, abuelos y ojalá otros hermanos, pero eso puede obviarse, hay vecinos y amigos y jardines de primer orden donde la niña conviva con las de su edad. Cuando Miguel, de vuelta de la oficina, tenía que salir a los alrededores para visitar un trabajo en el terreno mismo, se las arreglaba para pasar a buscar a Sol, que salía tal cual, con delantal arrugado y la boca manchada de pan o chocolate y, las más de las veces, con las manos llenas de tierra. No vale la pena lavarla, se ve linda de todas maneras, un poquito las manos, para que no me deje como estropajo. ¿Creerá que está aprendiendo los rezos con los cambios conciliares, no como los aprendí yo?, contaba riendo a su suegra, que escuchaba esas gracias con mayor placer aún que él. Soledad comprobó con inmensa alegría que las salidas semiclandestinas y los alargados viajes a provincia comenzaron a espaciar, sus conquistas femeninas a devenir innecesarias, ¿para qué pataperrear si sus afec-

tos estaban en casa? Sol quería a sus padres con igual cariño, pero si bien pasaba más tiempo en brazos de su madre, prefería las salidas a pasear con su padre: la llevaba a partes divertidas y le compraba muchas cosas. Pero lo más seductor era pasar el día en la parcela de Los Dominicos, donde había un caballo y una bicicleta y acequias por donde corría el agua permitiéndole embarrarse a gusto. Los caprichos de Sol eran pasajeros, olvidaba fácilmente las peleas y de tarde en tarde una pataleta bien administrada le conseguía sus deseos. Pobrecita. Nunca olvidaré aquella vez que enojada conmigo, Soledad hubiese deseado compartir con Miguel esos recuerdos y hacerlos más ricos y minuciosos, que él también agregara un te acuerdas con otros detalles que renovaran los suyos, me dijo altiva: Me voy a casar para irme de esta casa; sin levantar la vista de su lectura respondió Soledad: Nadie va a querer casarse con una niñita odiosa. Sol se quedó muda, no contaba con ese problema y se fue alejando de su madre, buscó disimuladamente a su padre y en el oído, como un gran secreto, preguntó: ¿Cómo se consiguen los maridos, papá? Soledad rechazó el plato de pavo, no tenía hambre y esas náuseas que solían revolver su estómago dándole deseos de arrojar comida y todo lo demás, le llenaron la boca de saliva.

Al volver de su oficina recogía a su hija en el colegio. Esa tarde, era un mes de septiembre, hermoso, soleado y en las calles se abría una primavera entusiasta llenando de color hojas y flores, los jardines parecían recién sacudidos por un invierno que se demoró en terminar y las ramas rojas de los ciruelos botaban sus últimos capullos poniendo en las veredas una alfombra rosada. En la esquina el suplementero les mostró el encabezado de la segunda edición del diario, la niña quiso comprarlo atraída por los dibujos azules y rojos en portada, Soledad se lo impidió: en la casa leeremos un libro mucho más lindo. La calle estaba tranquila y el auto se detuvo sin problema frente a la entrada. Cuando Soledad bajaba el bolsón y reprendía a su hija por haber llevado algunos de los regalos de cumpleaños para lucir en el colegio y causar envidia entre sus

compañeras, que rebasaban las costuras del cuero cayendo sobre el asiento trasero, Sol oyó la voz de Miguel que desde su auto detenido en la acera del frente, a varios metros de distancia, gritaba: Deja tus cosas y ven conmigo, chiquilla, tengo una visita que hacer y te pasé a buscar.

Al oír a su padre, los ojos de la niña brillaron y sus manos parecían alas movidas por el viento y el júbilo al correr hacia él. Un ruido de frenos, un grito espectral desde una ventana abierta, las piernas paralizadas que no responden, el pecho que no respira, la voz que no suena y la cabeza de Sol enrojecida en los brazos de Miguel, chorreando sangre. No, no quiero verla. No quiero saber nada, morir antes de saber nada. Sólo espera, quieta, inmóvil, incapaz de moverse o de morir entre los gritos y agitaciones vecinales. No ha podido recordar nunca si corrió, si habló, si se movió, nunca, aunque ha tratado tanto de revivir la escena como de borrarla para siempre, un gran vacío, sólo recuerda haberse manchado el pecho de sangre y gustado en los labios un sabor salado. Alguna vez la pesadilla terminará, y ella también, eso espera, morir, quedarse allí, sin pasado, en la vereda, detenida, ella también para siempre.

Miguel ha dejado a Lucila y se vuelve, ofrece un cigarrillo que Soledad toma con dedos temblorosos, le cuesta aspirar y el encendedor se apaga. Miguel la mira y vuelve a intentar con más suavidad y algo de ternura.

—¿Qué te pasa?

—Estaba pensando que hicimos un gran error.

—¿Quiénes?

—Tú y yo.

—Hicimos muchos.

—Debimos haber hablado de Sol más a menudo.

—No fuimos capaces.

—Debimos hacer naturales las cosas, romper ese sentido de culpa.

—Nada fue natural y fui culpable.

—Muchos niños mueren en el mundo, Miguel, ¿por qué no el nuestro?

—Sólo aceptamos los males ajenos.

—Los nuestros resultan intolerables.

—Cada uno se refugió en su pena y cada año que pasaba nos pillaba más débiles y lejanos.

—*Damned life.*

—Hasta que te fuiste a San Francisco, ¿o se te ha olvidado?, te fuiste y volviste reconfortada, mientras yo aquí me sumía en la mierda, ahogándome en conmiseraciones babosas.

—No fue ésa mi impresión. Al volver, llena de resoluciones de nueva vida y de esperanza, te encontré muy buenmozo y estimulado por el amor de una jovencita. Una lola estúpida.

—Por qué iba a ser estúpida. Era buenona según recuerdo, y alegre.

—Desde entonces siempre andas tras lolas simpáticas y alegres, viejo verde y sinvergüenza. —Aligerar el tono de la conversación fue tan importante como respirar, suprimir lágrimas en los párpados y chupar el cigarrillo.

—En vez de bajar la puntería bajo la edad.

—*Go to hell.*

—Eres bien tonta al no probar bocado —intervino Rosalía—, en la noche te dará hambre.

—Y mañana me arrepentiré de no haber comido cosas ricas. —Soledad hizo un esfuerzo por reír con todas las muelas, no lo consiguió. Miguel hubiese deseado estar más cerca y poder convencerla con su presencia:

—Para que eso no pase, te invito a almorzar a un buen restaurante, el que tú escojas. —La miró seriamente, como queriendo sostenerla, por esta noche siquiera, apoyarla—. A ti también, Rosalía. ¿Aceptas?

Después de la conversación con Miguel, Lucila volvió a sí reconfortada. Trató de participar en el tema. Entre amigos no

necesitaba esforzarse y soltándose un poco postergó sus dramas personales en esta noche de olvido.

En los últimos meses había decidido consultar a un médico; entre los siquiatras conocidos sólo uno le merecía confianza, pidió hora. Olvide los problemas de su marido y háblemе de usted; usted es la paciente, no él. Comprendió que había armado su vida con la trama de la de Carlos; fuera de esa hebra no existía. Saberlo la deprimió más aún. Hasta sus hijos se ubicaban en un segundo plano en sus quehaceres diarios, acompañantes más que personajes en su pasar habitual. Sólo Carlos, siempre Carlos, todo visto a través de Carlos, todo sufrido a consecuencia de los actos de Carlos, viviendo para amarlo u odiarlo, nada para sí, nada de sí, nada por sí. ¿Cómo retroceder y volver a empezar? Separándome de él. Para dar mayor trascendencia a su proyecto llamó a Eva pidiéndole una entrevista. Esta la invitó a tomar té en su departamento. El ambiente modesto pero ordenado le pareció agradable y el escritorio lleno de papeles daba la impresión de trabajo y sobriedad. Acabo de conseguirme teléfono, sólo tuve que invocar el nombre de mi papá, dijo Eva sirviéndole una taza de té. Sería mejor que vayamos al grano, insinuó Lucila después de celebrar cada macetero. Comienza luego, aunque ya lo imagino. Lo mejor era lanzarse de lleno al tema importante: vivir juntas, tomar un departamento amplio, entre las dos podrían estar mejor, eso la forzaría a actuar y a no seguir postergando la decisión, ya estaba dicho, por fin, respiró aliviada. Si piensas separarte de mi papá, murmuró Eva con voz cortada y tímida, yo no tengo nada que objetar, tuya y sólo tuya es la responsabilidad en un cambio radical de vida, tú sabes mejor qué te conviene; respecto al departamento..., se detuvo y tomándole una mano, con los ojos brillantes de lágrimas, continuó, no será posible, vivo aquí con un amigo a quien quiero mucho. Lucila se puso de pie y la furia en su voz no se conciliaba con su equilibrio discreto y reservado: Me parece una inmoralidad, gritó. Eva no perdió la calma: Tú has vivido en la

más horrible de las moralidades aparentes, mamá, no puedes juzgar a nadie. Desconcertada Lucila cambió su objetivo: No podías hacer uso del dinero de tus padres, de nuestro dinero, para satisfacer tus..., no supo qué palabra emplear, la palabra placeres nada tenía que ver con el amor, pensó, no con las relaciones sexuales, no con la vida de pareja, ahora tendrás que avenírtelas sola. ¿Es una venganza, mamá? ¿Te duele que sea feliz en el amor? ¿Te saca de quicio que por primera vez en mi vida conozca el amor y la alegría de compartirlo? Podrías casarte, respondió Lucila quedamente, sin mayor énfasis. ¿Crees que tu matrimonio perfecto sea un dechado de buen ejemplo? Lucila fue volviéndole la espalda, algo atravesado en su garganta le impedía respirar y sollozar, mezclando ambas acciones en la tráquea. Viviremos en otro barrio, comeremos algo peor, trabajaremos más y estudiaremos, seguiremos siendo felices y haciendo una vida interesante sin tu ayuda material, me parece que será mejor así. Lucila estaba avergonzada, había proyectado su molestia hacia otros terrenos, nada tenía que ver el dinero con la moral de su hija, nada la moral de su hija con la propia sensación de culpa y de fracaso, nada su vida estéril con la de Eva, útil y constructiva, en la que mezclaba el amor, el trabajo y las realizaciones humanitarias. Lo siento, mijita, perdóneme. Cuando llegaban a la puerta la joven pasó el brazo por la espalda aún temblorosa de su madre, la apenó sentirla encorvada. Quizás si tú hubieses tenido más experiencia sexual antes de casarte, si no hubieses creado un amor ideal, inventado por ti o por los que te educaron, otro habría sido el resultado. Lucila se dio vuelta, alzó los hombros recuperándose y duramente dijo a su hija: De haber tenido alguna experiencia no me habría casado con tu padre.

Ahí quedó su espíritu de independencia, ahí su proyecto de separación; llegó a su casa vacía y silenciosa, oyó un televisor hablando en la cocina desierta, entró a apagarlo, cerró el grifo de agua que goteaba y aseguró la puerta hacia el patio, subió a su dormitorio. Cuando salía del cuarto de baño, la cara limpia, una toalla celeste amarrada a la cabeza, sonó el teléfono. Molesta de la intromisión en su ritual de soledad y limpieza se

acercó al velador. No deseaba hablar con nadie, quería encerrarse a rumiar su frustración y organizar su desesperanza. Al levantar el fono oyó la voz misteriosa, casual, hablando quedamente desde lejos, como siempre. Carlos no está. Necesito hablar con usted, no con él. Sí, ¿es urgente? Mañana a las 11. No se preocupe, a esa hora él no está en casa. ¿Por qué dijo eso? ¿La presencia de su marido continuaba siendo un freno, un apoyo, un equilibrio? Nada podría desagradar más a Carlos que saber mis relaciones personales con ese sujeto. Sonrió satisfecha: contrariar a Carlos comenzaba a producir en Lucila una ambigua satisfacción. Como candorosa doncella esperó Lucila la entrevista. Estaba nerviosa y había olvidado para qué citó a ese hombre repulsivo, tal vez porque la repugnancia era una sensación vital ya asumida en su existir, causante de todas sus penurias: verlo casualmente pudo ser interesante, pero ahora..., ¿cómo arreglárselas para dirigir el tema?, ¿cómo inducirlo a revelar incógnitas y aclarar misterios? Estoy loca, se dijo asustada, debo cuidarme para no volverme loca, para no ser explotada yo también. No caeré en sus manos, esta vez yo lo usaré. Abrió la puerta y el médico, que ya conocía muy bien la casa, se dirigió hacia el living. Antes de servir el whisky de rigor, porque cierto pudor le impedía beber tan temprano en la mañana, se animó: ¿Cómo es el sistema? La venta y distribución de barbitúricos, estimulantes, sedantes o alucinógenos, qué sé yo. ¿Qué busca usted en mí, exactamente, fuera de ser su tarro de basuras, el recipiente donde echa lo que apesta? No se haga el interesante, sólo hemos conversado sobre Carlos y el trabajo a que usted se dedica. Al grano, ¿qué desea? Estimularme. ¿Para qué, para hacer el amor en forma nueva, fantástica, ilusionadora? Eso también me gustaría, aunque fuera una vez, una sola vez en mi desolada existencia erótica. Podemos intentarlo, es cuestión de que se entregue a la idea, lo demás corre por mi cuenta. No, no, lo que deseo ahora es algo para sobrevivir, no para amar. El médico levantó la vista y por segunda vez creyó ella ver, más allá de su indecorosa expresión, una dulce mirada.

Volvió muchas veces y en cada visita trajo diferentes preparados que iba ensayando en el temperamento y constitución de la mujer hasta hacerla superar su crisis de desaliento y lograr devolverle un poco de bienestar. Lucila estaba en sus manos, atada a sus confidencias. A veces hablaban de Carlos, otras de ellos mismos, del pasado, la derrota y la decrepitud en la vida. Llegó el hombre al principio con el traje raído y la actitud correcta y evasiva, y después fue mejorando su apariencia y actuando con mayor desenvoltura, no subía el tono de la voz, no se apasionaba en sus disquisiciones, jamás discutía, como si hubiese estudiado ya todas las circunstancias y ningún percance le fuese ajeno. ¿Es médico? ¿No le permiten ejercer? ¿Alguna pilatunada? ¿Tiene esposa? ¿Qué hace? ¿Dónde vive? ¿Cómo se las arregla para que no lo descubra la policía? ¿Pertenece a una red de traficantes o trabaja por su cuenta? Un mundo lejano y apasionante que repugnaba y atraía a Lucila. ¿Cómo va don Carlos? Arriba, durmiendo. ¿No teme que me vea aquí? No me importa. Hablaban de sí mismos. Hablaban de Carlos, el círculo cerrado de ellos tres, círculo secreto, marginado, hermético, donde no cabían hijos ni amigos. Cuando Carloto entró en el living sorprendiendo cierta intimidad en el coloquio, frunció el ceño: ¿De dónde salió ese pájaro, mamá?, no te sabía dedicada a la beneficencia. Lucila se sonrojó y luego reaccionó molesta: No tienes por qué menospreciar a personas que no conoces. Espació los encuentros, pero aún deseaba conocer ciertos detalles, volviendo a exponer ante el médico cada síntoma de Carlos, desde esa primera noche de casados en que prefirió ignorarla y días después, violarla, en lugar de acunarla entre los brazos como ella esperaba. El hombre oyó en silencio, sin interrumpirla ni con la mirada: Conozco casos de impotencia ante la mujer propia y de eyaculación normal con extrañas o en situaciones insólitas que a veces los lleva a sentirse más viriles mientras más baja sea la condición de su compañera, después, como consecuencia, llega el desprecio a sí mismos, el arrepentimiento, la violencia, la droga o el alcohol para olvidar o reponerse, y a un final, anestesiados lo necesario, para saberse

hombres cabales; esas personas en general son ambiciosas, dominan por otros medios, adquieren ascendiente y prestigio ya sea a través del poder o del dinero, a veces logran aprecio, generalmente se autoeliminan lentamente. Nada parecía asustarlo y su mirada fija la iba conduciendo al abandono. Se acercó más a él, le tomó las manos y suplicó agobiada: Necesito una droga especial, muy fuerte, que cause la muerte sin dolor ni angustia. ¿Quiere matarlo? No, eso ya lo hizo usted. ¿Qué piensa hacer? Cuando ya no pueda más, matarme. Ningún hombre vale su muerte, querida.

—A quién se le ocurre venir a instalarse a este sitio —comentó Rosalía dejando el resto de pavo en el plato—; no sólo es el más apretado del salón, sino también el más lejano.

—¿Lejos de qué? —preguntó Soledad sonriendo—. Tenemos a mano comida, trago y gente a quienes sonreír.

—Para eso viene uno a un casamiento —agregó Miguel.

—Lejos de la mano de Dios... —comentó Rosalía y calló: lejos de la posibilidad de que Ramón pase por aquí. Tenía esperanzas de que su amigo se deshiciera de la mujer y volviera a buscarla. Para distraerse miró a Lucila, que parecía irse consumiendo como una vela en la noche, y otra preocupación llenó por un momento su mente.

Sé mucho respecto a usted. Puedo perjudicarlo, murmuró Lucila. El pareció sorprendido de ese cambio en ella, de esa aparente nueva seguridad; asintió incrédulo. Fue el comienzo de la pesadilla: ambos participarían en el juego, con diferentes reglas tal vez, unidos en el deleite de amenazas, chantaje, súplicas, belleza, admiración, deseos turbios y ocultos de poder, de dominio sobre el destino de su advesario que parecían subyacer en el halo erótico de la conversación. El médico a veces, ella otras, se plegaban al complicado intríngulis de motivos

y razones. Además de crápula es un cobarde, pensó Lucila, reaccionando. ¿Qué desea realmente?, preguntó el médico. Se lo dije, respondió ella molesta, quiero matarme. Ese hombre no lo vale, repuso él sonriendo, mejor es liberarse. ¿Cómo? Le daré el remedio que me pide, una dosificación hecha por mí, sé lo que pongo en cada oblea, si las hago muy concentradas..., usted verá, se allegó a la puerta, la mano sobre la perilla volvió la cabeza como un triunfador: Le costará caro. Otro cambio de reglas, otra diversión en el juego. El desprecio por sí misma la llevó a la pieza de baño, donde vomitó hasta la última bilis, mientras él tomaba asiento en la terraza mirando el hermoso jardín lleno de flores, como si por fin hubiese encontrado sosiego, en lugar propio.

Lucila estaba ya tan mal que para terminar esta amistad denigrante tenía dos caminos: quitarse la vida o comenzar otra vez, en otra parte, con otra circunstancia. ¿Pero cómo luchar con ese hombre siniestro después de permitir el dominio de su espíritu sano que ahora rechazaba tanta bajeza? Por otro lado, las últimas pastillas proporcionadas por él la hacían sentirse bien dándole alegría e ilusión renovadoras. Encerrada en el baño, con un concierto de Mozart entrando por un parlante sobre la puerta como una brisa refrescante, reflexionó deponiendo sus estados de ánimo a otras elucubraciones más serias y logró hacer aflorar, como terapia, buena parte de su disgusto interior, hasta que, hastiada, tomó la decisión. Para eso debía dar pasos indispensables, y pronto.

No más visitas, dijo sin invitarlo a sentarse, se terminaron las píldoras, cápsulas u obleas, me está tratando un siquiatra y comenzaré mi cura, tráigame usted lo que le pido y no vuelva más, le doy una semana. Iba encaminándolo hacia la puerta cuando él habló: No le temo, sólo proveo de cocaína a personas tan importantes como su marido, todas buenas relaciones. Pueden averiguar cómo se gana usted la vida. No sea infantil, le he traído lo que me pide por otros motivos, porque me pagará bien, es cierto, más que todo por ayudarla. Lucila fue en busca de su cartera, se instaló con calma y extendió un cheque.

Quería terminar pronto. El dinero y además su anillo, quiero para mí ese solitario que lleva puesto, no sólo por lo que vale, ya que no lo venderé, sino como recuerdo. Se lo entregó con indiferencia, era el anillo de compromiso, comenzaba la ruptura con el pasado. Es usted muy bella, Lucila, y muy frágil, cuídese.

Lucila tragó un grito y salió corriendo; cuando volvió más tarde para verificar que las puertas estuviesen cerradas, un sobre blanco sobre la mesa le llamó la atención. Lo tomó como una sonámbula y subió a su pieza, guardándolo en un cajón con llave.

Soledad había intuido la desilusión de Rosalía, ya que estaba cerca en el momento del encuentro y en el de la separación, y trataba de animarla hablándole de diversos temas, pero ésta rumiaba su tristeza.

¿Cómo pudo partir sin una palabra, sin una cita futura, sin un adiós? Pensaba la candorosa mujer que existen las despedidas y que en los últimos momentos se dicen cosas importantes y se hacen promesas solemnes como en las novelas o las telenovelas. Todo fin nos convence mucho después de haber finalizado. Osvaldo no dijo nada importante ese día, ni siquiera recuerdos de años jóvenes y enamorados, ni una recomendación para el futuro, ni un reconocimiento a su labor abnegada, ni un solo secreto irrevelado. Rodeó su enfermedad de cosas naturales, pocas charlas, una confesión larga y difícil, al parecer una que otra conversación con el sacerdote que le traía la comunión una vez por semana, a veces sobre el dolor y la renuncia, pero las más sobre cosas intrascendentes, hasta alegres, de la vida diaria. Insistía Rosalía: A lo mejor dejó un entierro, un tesoro escondido, un seguro, una cuenta a su nombre, unas monedas de oro, algo inesperado para su mujer, algo que llegaría como regalo de Navidad después de su partida, un regalo póstumo, un gesto de grandeza y amor para hacerse perdonar sus

pobrezas pasadas iluminando su imagen, pero soñaba en vano: abría cartas, buscaba papeles, leía documentos, imaginándolo glorioso en el más allá. Ninguna sorpresa para esta pobre esposa que aún pagaba deudas de su enfermedad sin más entradas que su montepío y una cuenta de ahorros en el banco donde puso todo lo que le quedó de su madre, muerta dos años después de su marido, que no era mucho tampoco, por ser su destino que nadie le diera nada ni siquiera un poco de fantasía.

Ifigenia tuvo que hacer colecta entre los parientes y amigos para sacarla adelante ese primer tiempo. Rosalía rogó que Carlos no lo supiera, le había dado ya demasiado y estaba en deuda con él por el resto de su vida. Buscar trabajo. No sabía hacer nada y mientras lo pensaba mejor despachó a la empleada, que venía tres veces por semana. Calculó el ahorro que le significaba, sueldo, seguro y comida, más de mil pequeñas cosas que van saliendo de la casa: hay una cañería en el piso que se lleva, nadie sabe a dónde va, el nescafé, el azúcar, la ollita más útil, las servilletas sin uso, las tijeras, los lápices y pañuelos de narices, decía Rosalía. Dobló el trabajo doméstico y llegaba a la noche agotada de asear y economizar, sin descubrir un rubro que le diera el mismo trabajo y alguna renta, hasta que empeoró su madre y debió dejar la casa a menudo. Así pasó el tiempo y un día Lily llegó con su sueldo. Mi pobre y generosa hijita. Nunca olvidaría esos años de verdadera miseria, tratando que los niños no se sintieran disminuidos ni acomplejados, arreglando con esmero la casa para no perder distinción, para no decaer socialmente como había caído económicamente. No perdonaba a Osvaldo su abandono. ¿Cómo no ahorró? En su inmenso rencor olvidaba a menudo cuánto lo quiso. Un gran hombre mi marido, un idealista, apartado de las cosas materialistas, culto y sobrio. He sido una imbécil. He vendido muchas cosas, pero hasta que muera me vestiré con decencia, aunque sea heredando vestidos o abrigos de mis amigas. En las mañanas, muy temprano, al bajar a servir desayuno para la familia, se proponía salir adelante rezando desde el fondo de su alma para que Dios la hiciera amar la pobreza, que le diera

alegría en la necesidad y humildad para aceptarla sin amargura, que el Señor la condujera de la mano y que Osvaldito satisficiera sus expectativas de madre llegando a ser un gran economista.

—¿Sabes, Rosalía? —Lucila la miró con gran cariño—, olvidaba comentarte: Osvaldito sale estupendo en la televisión. El aviso está muy bien hecho.

—Así me parece a mí también, harto buenmozo mi chiquillo —se pavoneó orgullosa, pero en el fondo la avergonzaba verlo diariamente y sobre todo saber que medio Chile lo estaba viendo, hacer piruetas locas sobre una alfombra voladora—, algo ridículo, pero simpático.

Verás, mamá, estos pesitos no me vienen mal. Comenzaré por trajearme, pero antes quiero hacerte un lindo regalo, dime, viejita, qué deseas, nada de cosas útiles, algo loco, ¿un pijama de seda con la guatita al aire? Ni por nada, me muero, ni sola bailaría la danza del vientre. El la acariciaba riendo, apretaba sus mejillas con fuerza dejándola sin respiración y sin maquillaje. Te prometo que pronto me verás en el teatro. Estoy actuando en una obra excelente que a ti no te gustaría, por eso no te invito, pero ha tenido bastante aceptación. Verás, algún día seré famoso. Si todavía fueras actor de teatro, pero en esas loquerías, ¿vas a representar siempre el papel de saltimbanqui?, alguna vez podría ser de Romeo, sería lindo, no sé de un Romeo más hermoso que el mío. Lo besaba. Qué clásica, tú no sabes de teatro moderno, de creación en equipo, de improvisación colectiva. Al hacerme el chulo estoy dando un paso hacia el drama.

—No crean ustedes que mi hijo hace puras payasadas, con eso gana sus chauchas, porque en los spots para la televisión es donde más pagan; está actuando en una obra seria, la reco-

miendo, me llevó al estreno, una especie de inauguración con vino de honor y dos personas me preguntaron: ¿es usted la mamá del actor...?

—Harta gracia —comentó Soledad—. Lleva poco tiempo en la carrera.

—Debe tener talento —acotó Lucila— y eso lo reconoce de inmediato un buen director.

—El sueño de su vida es combinar las dos cosas, la telenovela, porque es de lo más buenmozo, y además obras de teatro no comerciales, algo con valor artístico.

—Ha sido un acierto maravilloso, Rosalía, deberías estar muy contenta —murmuró Lucila y la madre se sintió halagada.

—Aceptaría un ponche fresco. No, más bien algo sin alcohol, naranjada por ejemplo o alguna bebida. —Volver a su familia la consoló.

—Hoy día la mayor gracia de un actor es no actuar, pero para parecer que no actúan necesitan escuela —explicó Soledad—. Ese trabajo antiheroico, antidramático, sin declamaciones líricas ni recitaciones hermosas, es difícil y entre los entendidos Osvaldito tiene éxito.

—Vi en Nueva York una obra de teatro sumamente interesante —terció Miguel incorporándose a la conversación—, todos los actores están vestidos de niños, parecen idiotas, hablando en *baby talk*, y sin embargo uno se va impregnando en tal forma del ambiente, que pierden su ridiculez, hasta adquirir ante los ojos del espectador una seriedad patética, se sale convencido de que se ha visto un drama de profundo contenido, y se olvidan las polleritas, los chupetes y el primer actor rascándose la nariz.

—Hay que ser bueno para lograr eso. Los mejores actores modernos tienen más de cómicos que de clásicos, se terminó ese galán, ese superstar, bello y atractivo, que nos hacía perecer de emoción; yo fui al cine por primera vez a ver a Tyrone Power

y pasé el resto del año enamorada de él. —Rosalía estaba encantada de que se diera al teatro alguna importancia.

—En cambio Soledad parecía más admiradora de Marlon Brando —dijo Miguel mirando el vacío. Todos callaron.

Decían que Ralph se creía un Marlon Brando, en todo caso explotaba un poco su hablar pausado y sin inflexiones de voz. Parece que me gruñes, decía ella, y él aullaba como lobo: Te quiero comer. Sin lugar a dudas debió sentirse muy extrañado al oír la voz de Soledad en el teléfono después de tanto tiempo: Tengo que viajar a Africa, como parte de una comisión de asistencia técnica, y me gustaría verte. Estaré en Colombia para ese momento. ¿Dónde podríamos encontrarnos? En San Andrés, cuando vuelvas. En nuestro hotelito de siempre, ¿lo has olvidado? ¿Existirá todavía? Seguramente sí. No le preguntó ella si se había casado, ni él por qué este afán de verle después de tan larga separación y doloroso silencio. Antes nunca dejaron de encontrarse, aunque fuese de pasada, en Chile o en el extranjero. Con orgullo Soledad le presentó a Sol, Ralph se entusiasmó con la viveza de la pequeña y le hizo toda clase de fiestas, ruidos, bromas y juegos de manos que la encantaron. Después, solía enviar costosos regalos y nunca dejó de llamarla para su cumpleaños. La niña hablaba de él como de un amigo fantástico que aparece y desaparece sin dejar rastro y Miguel callaba ante el entusiasmo de Sol. Cuando Ralph partía de Chile se olvidaban de él para recordarlo ante un paquete llegado por intermedio de un funcionario internacional: ¿Vas a Santiago?, me harás el favor de llevar este paquete, aquí van la dirección y el teléfono.

Misteriosamente, tras la muerte de Sol, se cortaron las comunicaciones, no llegaron más obsequios y Soledad nunca tuvo el valor de averiguar si lo sabía, menos aún de llamarlo para comunicárselo. Comenzó algunas cartas sin llegar al tema principal de la misiva, y como eso era lo único importante, la carta

dejaba de tener sentido para caer en el canasto de los papeles.

Cuando Soledad y Miguel se sintieron absolutamente muertos ellos también, decidieron hablar serenamente de los problemas que los separaban y en la conversación nombraron a Sol tantas veces que el desahogo alivió sus bocas y sus corazones. En esa ocasión Miguel anunció que se iba para siempre. Dijiste que a pesar de todo me querías, murmuró ella quebrantada. Dije que te quiero, *darling*, no que vaya a quedarme contigo. El vacío a su alrededor le resultó intolerable. La muerte de su hija y el abandono del marido le dolían en diferente entraña, como si su cuerpo estuviese dividido, afectado por dos cánceres que la iban destruyendo en dos tiempos y dimensiones. Estuvo distraída con la mudanza, deshacer la hermosa casa familiar, ubicar todo cuanto perteneció a Sol para no verlo más y así sanear su espíritu, fue un calvario, un reposo. Quería y no quería terminar su dolor y su recuerdo, quería y no quería sentirla viva o darla por definitivamente muerta. Instalada en un nuevo departamento, sola y deshecha, se dedicó por fin al trabajo y los jefes aprovecharon su actividad. Esta vez se metió de lleno en el estudio del control de la natalidad y planificación familiar, que la llevó a viajar por países del hemisferio Sur, investigando el adecuado uso de anticonceptivos en cada área. Tenía buenos archivos y conocimientos prácticos y teóricos en la materia, lo que le acarreó sinnúmero de bromas: ¿Tan acuciosamente planificaste tu familia? Al contrario, la única familia no planificada es la mía, me quedé sin marido y sin hijos. Todos reían cohibidos.

Como su interés había cambiado de la vivienda hacia la familia, no encontraba ahora a Ralph en sus conferencias, ya que él también derivaba su experiencia como consultor habitacional adecuándola al medio ambiente, al clima, entrada per cápita, economía y riqueza de cada zona, aprovechando, de paso, para olvidarla. Por eso el sorprendente llamado de Soledad le pareció un alto en su destino y arregló sus planes para correr a reunirse con ella en la isla colombiana.

Después de algunos días de intimidad y abandono, cuan-

do ya Soledad, renovada, parecía haber logrado revivir en ella el interés por la belleza y las cosas que la rodeaban, cuando mirando el mar azul desde la terraza donde tomaban desayuno con jugo de mangos y dulce de guayabas, sintió latir otra vez su corazón que, aprisionado y duro desde tanto tiempo, luchaba por salir del catafalco, la emoción le pareció tan real y el hecho, por primera vez, tan milagroso, que sentándose en las rodillas de Ralph, que la miraba huraño, a lo Marlon Brando, se atrevió a decirle: Tú sabes cuánto te he querido y lo que me significa, aún ahora, tu amor y amistad, ha durado tantos años, y nos reencontramos siempre con placer, pero tengo que confesarte, además de tu cuerpo vine a buscar otra cosa. Dime qué quieres, respondió él. A buscar una sonrisa, un gesto, algo tuyo que me traiga a Sol, al fin y al cabo eras su padre. Ralph no dijo nada, la abrazó con infinita ternura y calló mientras ella lloraba por primera vez libre y serenamente, con sollozos de niña, con ahogos guturales de animal herido, hasta agotar la inmensa pena no vivida, no aceptada, enterrada en su cuerpo.

Cada cierto tiempo Rosalía miraba hacia el extremo del gran salón próximo a la salida para ver pasar a las personas que se despedían de los dueños de casa, aunque no lograba distinguir cada detalle de las caras. En general las personas se detenían un rato, deteniendo también el flujo del ritual, para saludar, esperar a su pareja o ponerse de acuerdo con los automóviles, ya fuera para llevar a alguien, para salir en convoy o simplemente para pedir a la muchacha algún abrigo, piel o chal dejado en custodia. Mucha gente deambulaba aún en otras piezas o salitas, y el corredor posterior que daba al parque estaba ya vacío, todos habían instalado sus tertulias en las mesas del salón. Los mozos apagaban las luces de la otra parte del edificio para que la concurrencia se sintiera ambientada en la pista de baile y sus alrededores; así esa ala de la casa, por estar tan congestionada, iba adquiriendo alegría de verdadera fiesta.

—¿A qué hora se irían los novios? Yo no me di cuenta.

—Bailaron un vals con sus padres respectivos mientras yo las buscaba —dijo Lucila—. Me entretuve mirándolos. Ifigenia y su yerno se veían espléndidos.

—Una hija de Ifigenia no podía casarse mal.

—Si el hecho de ser buenmozo es algo, tú te casaste espléndidamente, Soledad —exclamó Miguel con ancha sonrisa.

—Si de eso se tratara, la mejor casada sin duda fui yo. —Lucila dejó de sonreír y sin saber por qué todos bajaron la mirada, como si fijarla en ella fuese indiscreción.

Rosalía reacionó molesta; desde algún tiempo todos juzgaban con cierta ira al pobre Carlos, quien al fin y al cabo era estupendo, generoso y buena persona.

—Carlos no perderá nunca su aire de gran señor —dijo ceñuda.

—Los años van contándose en todos nosotros, pero él permanece chulísimo. —Soledad para evadir el tema se levantó, necesitaba enderezar la espalda y cambiar de postura—. ¿No sienten un olor extraño?

—Olor a humo, o algo quemado, debe ser un problema en los braseros que los empleados acaban de recoger.

Rosalía alzó a cabeza porque acababa de divisar a Ramón cerca de la puerta. Agradecía con una sonrisa, palmoteaba el brazo del dueño de casa tomando el abrigo de su señora y envolviéndola protectoramente. Sintió anudarse la garganta.

Volvería a su casa como siempre y mañana la vida sería otra vez como siempre: Lily entraría a su pieza con la taza de café humeante en una mano, los libros y bolsa llena de diversos objetos resbalándose bajo el sobaco, mascando una tostada con media boca mientras comunicaba: Me voy volando, no vuelvo hasta la noche.

Ciertamente habían echado algunas basuras en las brasas cerca del patio, quizás en el corredor trasero que daba hacia el parque. Lucila levantó los ojos para inquirir a Soledad si ya era tiempo de partir y vio a Miguel frente a ella pensativo sobre el

borde del vaso, con un gesto melancólico de final de fiesta. Rosalía agitaba sus brazos bajo la mesa buscando la cartera entre sus pies; quería un cigarrillo y esperaba que Soledad volviera a acomodarse para pedírselo, pero ésta, de pie entre dos mesas, cortaba una flor de uno de los floreros vecinos mirándola con la detención de una científica. Cada uno concentrado en sus pensamientos, no vieron el gesto demudado en el rostro de Lucila, a quien un vago presagio le impedía sacar el grito, abrió desmesuradamente los ojos cerrando los labios sin emitir sonido, como si hubiese visto un fantasma o sentido un halo de ultratumba. Rosalía al levantarse interceptó esa expresión.

—Lucila, ¿qué te pasa? —y se volvió para seguir esa mirada, pero sólo vio ajetreo cerca de la salida. Alguien había sentido olor a quemado y sembraba el pánico mientras otros alegaban no pasa nada, quizás volcó un brasero sobre algún objeto incandescente. Miguel al imponerse de los temores que movían a la gente decidió la partida.

—Sería bueno que nos fuéramos. —Intuía un colapso en Lucila y era mejor distraerla. Soledad asustada al ver la cara de su amiga se agarró a su marido en busca de explicación.

La salida de la gente se había detenido y ahora entraban al salón, donde apenas cabían más personas entre mesas y sillas que atochaban la circulación. Los que estaban cerca de la puerta tiraban sus abrigos desde las manos de las empleadas y los que venían de otras habitaciones entraban al salón buscando en el rincón opuesto. Se está incendiando algo, hay que salir por el otro extremo. Las órdenes eran tan contradictorias como los desplazamientos. No es verdad, el humo viene del techo y sale por allí. Miguel miró hacia arriba y vio que por entre las vigas, en el centro del salón, el humo se escurría en las amarras. Era un humo negro, espeso, que se mantenía aún cerca del cielo, como en suspenso.

—Hay tiempo de escapar siempre que no se amontonen.

Las tres mujeres se levantaron de un salto, pero como las piernas de Lucila no respondían Miguel se hizo cargo de ella. De una mirada comprendió que no podía llevarla hacia la sali-

da, al otro extremo del salón, puesto que por ahí entraba la gente ya fuera porque algún foco de humo los estaba aterrorizando desde ese lado o por simple descoordinación. Con ella a cuestas, dando órdenes en voz baja para no provocar pánico, trató de allegarse a la puerta más cercana, pero estaba cerrada con llave, clausurada desde mucho tiempo.

—No abran las ventanas —gritó y, como otros, vio las llamas que desde el techo agarraban las cortinas laterales, comprendiendo entonces que toda la techumbre estaba quemándose y que se encendían las cortinas por el calor que venía de alguna parte más que por el contacto del fuego—. No dejen entrar más aire.

Un grupo de chiquillos despavoridos intentaron abrir las ventanas buscando salida o simplemente respiración; la corriente fresca entró al instante y una nueva llama bailó hasta la siguiente viga.

—Aléjense de las cortinas, son de material sintético —sugería un joven, pero otros daban diferentes ideas y voces y gritos se confundían—. No sacan nada con acercarse a las ventanas, tienen fuertes barrotes, por ahí es imposible salir, traten de avanzar hacia la entrada de la casa, es el único paso libre. Los cuartos contiguos están llenos de humo. —Empezaban a verse lenguas rojas entre la obscuridad de los recodos, hacia el patio trasero.

Sosteniendo a Lucila, la más arrinconada de las tres y la más incapaz de moverse, comenzó Miguel a empujar a través de las mesas estrellándose con un grupo de mujeres que pugnaban por huir contra la corriente. Una gran congestión aislaba la salida, adonde convergían personas de los cuartos contiguos de la casa, empleados, niños, personal de servicio contratado para el evento y allí se daban cuenta de que por el otro lado también había fuego y que el paso era cada vez más angosto. Miguel avanzó con dificultad.

—Tú, Soledad, eres la más sensata, agarra a Rosalía y yo a Lucila y avanza por la esquina izquierda, cuya muralla está más segura.

Como punta de lanza Soledad se fue abriendo camino y dominando con su voz a los demás a seguir la misma dirección en vez de producir atochamiento. A pesar de todo no faltaban quienes empujaban y discutían sus indicaciones. Los más angustiados trataban de ubicar a sus hijos menores y producían con ello mayor demora.

Desde la puerta, Ifigenia y su marido aconsejaban seguir hasta el pasillo donde la salida era más ancha y al tiempo que reunían a su propia familia se daban fuerza para tranquilizar a sus invitados sin perder la calma.

—Con orden alcanzaremos a salir todos —gritó Miguel—, ese lado está frío, no hay fuego en sus vigas; el techo es el problema, no las paredes. —Pero era difícil hacerse oír.

—Mi cartera, perdí mi cartera —exclamó de pronto Rosalía y Soledad sintió deseos de matarla.

—No jodas y avanza —la tiró con furia de un brazo—, sigue las órdenes de Miguel, ábrete camino.

En corto tiempo el salón comenzó a despejarse, muchos habían logrado atravesar el estrecho paso y llegaban al zaguán amplio y fresco, lleno de aire y esperanza.

El antejardín delantero se llenó de personas que, ahora, guardaban silencio, por fin seguros. Hay que llamar a los bomberos. Ya fue un vecino, el teléfono de aquí dejó de funcionar. Algunos corrían a buscar sus autos para huir del lugar, otros deseaban cooperar en cualquier emergencia. El retén más cercano está avisado. Pero la ayuda externa era una quimera, nadie llegaría antes de que esa ala de la casona estuviese enteramente consumida. El fuego avanzaba rápidamente, no ya por sobre los entretechos, como al principio, sino por los cortinajes y muebles livianos apilados en tan gran cantidad como en una hoguera. De pronto la luz eléctrica se apagó y entre las tinieblas el resplandor del fuego pareció aterrador. Una llamarada salió del fondo del salón y allí, donde momentos antes se desarrollaba la fiesta, empezó a oscilar buscando donde prenderse. En el extremo opuesto las techumbres antiguas y resecas debían estar carbonizadas y no demorarían en caer trozos sobre

los rezagados. Ifigenia y su marido, cual capitanes de barco, no salían aún, esperando para hacerlo que el último comensal estuviese a salvo.

Serenos, habían reunido ya a sus hijos pequeños y disimulaban el horror que esta tragedia ocasionaba a su familia, sus muebles, su hermosa casa y colecciones valiosas. Primero las personas, después las cosas materiales, ordenaron. En otra circunstancia habrían salvado algunos cuadros u objetos de valor, pero con tanta gente dificultando los movimientos, no podía nadie pensar en fuentes de plata, gobelinos y muebles coloniales.

Ya estaban por llegar a la puerta. Avanzaban tranquilos, disimulando el miedo, alumbrados sólo por carbones y llamas encendidas, cuando Lucila vio la viga que empezaba a desprenderse justo sobre su cabeza; trató de saltar hacia adelante, pero la inercia de sus piernas ateridas la hizo trastabillar, acarreando en su caída a Miguel, que la sujetaba.

—Corran ustedes —alcanzó a gritar antes que el trozo de madera encendido golpeara su espalda aplastándola contra el suelo. Cuando sus compañeras se volvieron, comprobaron horrorizadas que las llamas tomaban los múltiples pliegues de su vestido.

Sintió más susto que dolor. Carlos estaría durmiendo y quizás no despertara jamás. A no ser que alguien, la mano del destino o la voluntad de Dios, hubiese detenido el desenlace de los acontecimientos que Lucila organizara. Se encontrarían juntos en el camino hacia el más allá, siguiendo juntos en la muerte. En imágenes rápidas e inconexas, sin saber si ya estaba muerta o vivía un sueño, se vio maquillándose frente al inmenso espejo biselado, el lápiz color café en una mano, las pestañas con rimmel y húmedos los ojos tras el esfuerzo de trazar la raya delgada y natural en cada párpado. Estaba casi lista. Soledad no era tan puntual siempre y faltaban aún algunos minutos pa-

ra bajar la escalera de la terraza y esperar al lado del jardín, en esa época todo lleno de flores. Conocía el auto celeste plateado de su amiga: No es auto, idiota, es una station, no vayas a irte con otro. Sí, sí, ya sé, vas por Rosalía y yo te espero en la puerta. La toalla aún sobre los hombros, vestida en sostén y faja, lista para ponerse el vestido, oyó el gemido de Carlos. No hizo movimiento alguno. Ese gemido solía paralizarla. Por instinto se colocó la bata que colgaba a su alcance y lentamente abrió la puerta de comunicación con el dormitorio de su marido. Sentado al borde de la cama, él trataba de ponerse de pie, pero las piernas no le funcionaron y con los brazos temblorosos se aferró a la silla que le servía de apoyo junto al lecho. Su cabeza temblaba al mismo ritmo y la mandíbula colgante le daba una expresión estúpida y ambigua, pero dolorosamente martirizante para su mujer. No podía seguir así. Ese hombre que ella quiso un tiempo y que debió haber abandonado después sobre el banco del jardín de una costosa casa de reposo, ya sólo tenía algunos momentos de alegría y uno que otro afable rato de conversación con sus hijos, apresurados por irse, por no verlo así tan declinante. Carlos hacía el esfuerzo sobreponiéndose con bien organizadas drogas. Se estimulaba frente a la familia o para salir por una hora al centro. No se asuste tanto, es cuando vuelve a casa que debe preocuparse, porque entonces mezcla calmante con alcohol y a veces, tenga cuidado, con sedantes para bien dormir, había dicho el médico una vez. Ya no manejaba su fortuna, ni tenía acceso a disposiciones importantes en la industria y en su casa estaba a merced de la eficiencia de su esposa o del mozo que lo cuidaba.

Lucila no iba a bajar al sepulcro junto a él. Compartió su mal o su locura, pero ya no más. Alguien tiene que salvarse, o todos terminaremos igual. Recordó las grageas especialmente preparadas con una mezcla "que no causa angustia ni dolor"; buscó la llave y vio el sobre blanco. Morir con dignidad o vivir sin ella. Tomó cuatro pastillas, luego tomó seis y como no sabía exactamente qué eran ni qué contenían y menos aún qué efectos podían producir en el enfermo, tomó una cantidad en una

mano y llenando un vaso de agua corrió a la pieza de Carlos. Este había logrado ponerse de pie y la miraba riendo, riendo: ¿Vas a la boda?, ¿la boda de la hija de la reina?, apenas lograba pronunciar, a la boda, la hermosa boda de la princesa, y reía con rara mueca de alegría monstruosa, torcida, venenosa, que tengas una linda fiesta, diferente a la atractiva mueca de hombre inteligente que conoció antaño, seguía hablando y gesticulando, apoyado en la silla para no caer en sus denodadas actuaciones. Ya, Carlos, déjate de payasadas. Las tres amigas tomadas de la mano serán las madrinas y como garzas que son, rió de sí mismo con grosero ademán, bailarán una ronda, una ronda, trató de acompasar unas notas, pero trastabilló, mientras mi bella esposa responde a cada vuelta, ¿cómo estás, Lucila?, gritaba ahora imitando su tono social, ¿cómo está ese espléndido marido tuyo?, muy bien, gracias, en casa con un poco de gripe, y mientras tanto no te atreves a decir que estoy con diarrea, o con gusanos en la cabeza, ¿sabes, querida?, deberás decir: mi Carlos tiene un gusano rojo que trepana su cerebro y va dejando larvas a su paso, larvas que se desarrollan por miles al reptar por sus células, hacen pasadizos y se reúnen en cuevas redondas en las moléculas vivas de inteligencia, dejando el cerebro carcomido, informe como un solo bloque de ideas, lo siento, son varios gusanos los que danzan en mi cerebro y no me dejan descansar porque son todos rojos como el pensamiento, no me permiten pensar pensamientos, tengo que evitar que sigan..., se tomó la cabeza con las dos manos y perdió el equilibrio cayendo sobre la alfombra. Le pareció a Lucila que lloraba, por todo y por sí mismo, consciente de su derrota, desesperado en su terror. Acuéstate, descansa, ya está por terminar el día. Después de levantarlo con ternura postrera, ayudó a sus piernas a quedar estiradas sobre el colchón, tapó su cuerpo con la ropa, muy en orden, primero la sábana, luego la frazada y, bien doblada, la colcha, recogió las cosas esparcidas por el suelo y alineó las píldoras en el velador, dispuso las almohadas, mientras él la miraba hacer con ojos enternecidos: Que te vaya bien, querida, diviértete. Eva llamará a las

nueve, aquí tienes el teléfono, te dejo todas tus píldoras y estas que trajo tu amigo que, según él, serán la solución, así dijo, puedes tomar la cantidad que quieras, te sentirás cada vez más contento y luego dormirás, no son peligrosas, dan felicidad y sueño, dos cosas que tú ansías. Con manos temblorosas reemplazó las ya alineadas sobre el velador, poniendo las nuevas que mantenía en la mano. Salió corriendo sin mirar atrás y oyó un auto que se detenía en la calle. Colocó rápidamente su vestido y tomó la chaqueta de seda del mismo tono de la gasa, que yacía junto a la cartera, sobre la mesa. Atravesó el pasillo, pasó a llevar una planta natural que sobresalía en exceso entorpeciendo el avance y desde la ventana gritó que ya iba. En la terraza serenó el paso y cuando asomó a la calle pudo sonreír con natural encanto: No me retes, no me atrasé más de cinco minutos.

—Te perdono porque estás tan regia que bien merecías este *delay*; súbete atrás porque Rosalía está muy bien instalada —exclamó Soledad con sonrisa acogedora.

—Ayúdame —gritó Miguel al ver caer a Lucila.

Ya Soledad había empujado a Rosalía hasta la puerta y con sumo cuidado buscaba el hueco para deslizarse hasta el jardín.

—Han salido todos. —Ifigenia se atrevió a correr ella también al oír el crujido del maderamen, mientras su marido, siguiendo el grito, reaccionó tirándose sobre Lucila para apagar con su cuerpo el vestido. Miguel, en tanto, trató de levantar el madero encendido que aprisionaba a la mujer, y como no pudo tomarlo con sus manos agarró una silla y golpeó la gran brasa haciendo palanca para sacarla del hombro y espalda de la amiga desmayada.

—Por favor, dennos salida, hay una persona herida, por favor, abran hueco y traigan un auto disponible para llevarla a la Posta —chillaba Soledad, y Rosalía, que oyó este aviso, bus-

có de quien colgarse y en un instante había descubierto a Ramón con su esposa a punto de partir en su magnífico automóvil.

—No alcanzamos a esperar ambulancia —rogó tomándose de la ventanilla con ademán trágico que hizo al otro detener el vehículo de inmediato.

—Saquémosla por aquí, ya estamos —dirigía el dueño de casa—. Algo con que cubrirla..., pronto.

Varios heridos leves deambulaban buscando cómo ayudar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ramón.

Tengo la mano herida y no podré manejar. No es nada. ¿Qué pasó? Me duele la rodilla. Mi mujer tropezó en un madero encendido. Me pegué en el ojo con la punta de ese farol. Todos hablaban pero nadie se oía. Hay una herida, abran paso. El automóvil está listo. Los demás pueden esperar, hay una mujer herida de gravedad. Después del relajo, volvía la gente a hablar y andar atolondradamente.

—Sí, ya sé, estamos haciendo lo posible..., la vienen sacando a pesar de la trifulca. —Rosalía se fijó que Ifigenia, en duras circunstancias y angustia propia, conservaba su cabeza intacta y no se le había desordenado ni un pelo.

—Aquí hay unos cojines, tiéndela bien. Yo iré a buscar mi botiquín, hay que limpiar las heridas y sacarle los vestidos —la oyó decir.

—No irás a ninguna parte —gritó su marido—. No sabemos cómo están las cosas en la casa. Esperemos aquí afuera y en la Posta la tratarán.

—Ya podemos estar tranquilos, la brisa lleva el fuego hacia los árboles. Que nadie entre a la casa. Cuando lleguen los bomberos verán qué hacer y comprobarán los daños.

—¿Ha visto a mi marido?

—¿Has visto a mi hija?

—Todos han salido ya, búsquense allá afuera.

Las voces se cruzaban, partían autos y algunos se abrazaban nerviosos. Miguel había tomado el cuerpo de Lucila con

suavidad mientras Soledad sacaba hasta el último trozo de tela pegado a sus heridas en la espalda y en las piernas. Ifigenia aportó una cortina donde acostarla.

—Hay que taparla con algo seco, ponle tu chal en la espalda, está tiritando. —Rosalía la envolvió en un mantel como en un sudario.

—El madero se sacó a tiempo, pero son varias las heridas producidas.

—A Dios gracias el vestido no era de nylon —murmuró Rosalía acariciando el pelo chamuscado de Lucila—, la seda no quema igual —y como vio a su amiga a salvo echó a llorar desconsoladamente.

—El auto está al frente, a su disposición —decía Ramón.

—Yo tengo mi camioneta, voy por ella, así la llevaremos extendida —exclamó Soledad—. Quédate tú, Rosalía, mientras vuelvo.

—Estás loca, ¿sabes cuánto demorarás en sacar ese auto con ese tumulto de gente saliendo al mismo tiempo? —Miguel la detuvo con la mirada más que con el brazo.

—Ramón está aquí —presionó Rosalía.

Varios hombres tomaron el cuerpo de Lucila con sumo cuidado y maniobraron para introducirla al automóvil. Esta abrió los ojos con ansiedad.

—Rosalía —señaló Miguel—, Lucila desea algo.

—Queridita, dime —murmuró Rosalía con ternura, mientras la tendían en el asiento posterior del amplio automóvil—. Dime, preciosa.

—Carlos —balbuceó Lucila—, llama a Carlos..., llama a Carlos..., tienes que hablar con él... —cerró los ojos.

—No te preocupes, ya encargaremos a Ifigenia que lo haga apenas llegue a un teléfono.

—Es una lesera dejar ese recado, Carlos no sirve en estas ocasiones. Ya, sube tú.

—Pero si ella quiere... —Rosalía trataba de interpretar la mirada de su amiga—, está queriendo decirme algo, Soledad, quítate de ahí. —No lograba dominar su histerismo y sus sollo-

zos aumentaban frente a Ramón que, en el volante, ayudaba a su mujer a ubicarse a su lado.

—Tiene la boca seca. ¿Le hará mal un poco de agua?

—Aunque le haga mal —gimió Soledad corriendo hacia la fuente del antejardín, desde donde sacaban agua para apagar llamas más pequeñas y cercanas—, lo importante es que no sufra más. —Empapó el pañuelo de Miguel y el suyo propio y de los huecos en las palmas de las manos echó gotas sobre los labios de Lucila, que la miró agradecida haciendo amago de sujetar el pañuelo sobre su mejilla.

—Ella quiere algo —insistía Rosalía—, déjame ver qué quiere. —Subió al auto acomodándose en el asiento trasero.

—Ya, nos vamos —ordenó Miguel—. Tú, Rosalía, la acompañas, yo los sigo, en la Posta Central nos encontramos. ¿Sabes dónde está? —preguntó dirigiéndose a Ramón.

—Por supuesto, aunque temo que nos demoraremos en llegar. —El motor comenzó a girar, lentamente al principio, a pesar del calor que en ondas salía de la casa; la noche estaba fría. Lucila tiritó.

Rosalía acarició la mano de la herida aterrada al recordar el camino que debían recorrer para volver a Santiago. El largo y polvoriento camino le parecía ahora una pesadilla del pasado en manos y responsabilidad de Ramón. Qué maravilloso resultaba andar con un hombre seguro.

—¿Usted conoce estos lugares? —no se atrevió a llamarlo tú en frente de la esposa.

—Por ahí se sale a la carretera, es algo más largo en distancia, pero vamos por mejor camino.

—Quizás conozca usted al marido de Lucila, es un hombre muy importante y estará muy agradecido.

—Cómo me dice eso, es lo menos que uno puede hacer. —La mujer se volvió a mirar a Rosalía—. Si uno no ayudara en estas emergencias, qué infeliz sería, qué egoísta.

—Gracias —dijo Rosalía admirando la voz resuelta y cálida de esa mujer—. Sigue queriendo decir algo. ¿Qué más deseas, Lucila? Ya sé, que debo avisar a Carlos; por supuesto,

hablaré personalmente con él. Ya debe Ifigenia estar llamándolo —la tranquilizó y Lucila trató de sonreír—. Carlos estará en el hospital. —Volvió la cabeza con mejor ánimo.

—Tú... tienes que hablar, tú...

Está loca, pensó Rosalía, casi sin pulso y piensa cómo estará el fortacho de su marido.

—No te preocupes, ñatita, hablaré personalmente con él. —Los ojos de Lucila adquirieron nuevo brillo y volvió a pasarse la lengua por los labios—. ¿Te duele algo?

Ella negó y comenzó a toser, a toser, en forma creciente que asustó a Ramón y señora, haciéndolos disminuir velocidad y volverse hacia atrás. Rosalía aterrada pensó que en uno de esos espasmos se quedaría muerta.

—¿Habrá tragado mucho humo?

—No creo, no llegaba tanto allá al salón, sentimos el olor a quemado y un chisporroteo tras de las paredes antes de ver humo y más tarde llamas. A Lucila le cayó un pedazo de madera cuando ya salíamos afuera.

—Qué escapada. Nosotros nos íbamos y volvimos al ver el siniestro, por eso estábamos con el auto a mano. Deseábamos ayudar a Ifigenia o sacar a los niños, pero no fue posible hacer mucho en la confusión.

—Lo que más le va a doler son las quemaduras en los muslos y en las piernas producidas por el vestido.

El camino estaba obscuro. Hacia atrás el reflejo del fuego se perdía tras nubarrones negros y grises que giraban llevados por el viento hasta desvanecerse entre los cerros. Rosalía suspiró mirando de reojo el cuello firme y derecho de Ramón y el perfil sereno de su mujer y volvió a sí misma. No lograba sacar la respiración y la nerviosidad mojaba las palmas apretadas de sus manos. Acomodó las rodillas, semidormidas por la incómoda posición que la aprisionaba entre el asiento delantero y el cuerpo extendido de Lucila. Ifigenia había puesto una serie de cojines bajo la espalda de la accidentada. Rosalía los ordenó y aprovechó de colocar uno bajo sus propias rodillas para así hincarse de espaldas al camino.

—¿Estás muy incómoda, Rosalía? —preguntó Ramón con acento preocupado—. Cómo arreglarte para que vayas mejor, quizás corriendo tu asiento —ordenó a su mujer—, trata de echar tu asiento lo más adelante posible.

—No se preocupen por mí.

—¿Y ahora qué hago yo? —preguntó Soledad después de acompañar a Miguel hasta el auto—. ¿Puedes escoltarme? Tengo miedo de perderme otra vez y no veo bien a esta hora. —Débilmente comenzó a llorar, toda la conmoción de la última hora en el gesto pueril de la boca—. Mi pobre vieja amiga... ¿Irá a sufrir mucho?

—Deja tu auto aquí y mañana vuelves a buscarlo, demorarías mucho en sacarlo y no tenemos tiempo. Yo no puedo esperarte, estoy muy preocupado por Lucila y prometí llegar luego a la Posta.

—¿No puedes esperarme? —dio franca salida a su angustia—. No te he pedido nada, sólo te estoy preguntando qué hago yo. —Enfurecida Soledad levantó la voz.

—Tendrás que venir conmigo —refunfuñó Miguel secamente—, ya, sube. —No le abrió la puerta ni la acompañó y antes que hubiese terminado de sentarse partió haciendo resonar los neumáticos contra la tierra suelta.

—Si estás reventando, no cargues conmigo —masculló ella dándole la espalda y volviéndose al camino, pero como no logró dominar su violencia interior continuó—: Estoy apenada y angustiada; además de angustiada estoy superpreocupada, y además de preocupada estoy molesta de tener que pedirte algo.

—Lo que no me queda claro es si estás enojada contigo o conmigo.

—Andate al diablo, no hablaré más.

—Cuando todo este drama haya pasado, tendrás que acompañar a Lucila y no faltará alguien que te acompañe a ti.

—Bajó la voz, molesto él también sin aparente motivo. Siguieron en silencio, concentrados en tomar y dejar el paso al flujo de automóviles, hasta que se encontraron siguiendo la cola que se encaminaba al camino principal.

—Qué joda, ya hemos perdido mucho tiempo —dijo Soledad—, aunque ellos también deben haber ido despacio para que Lucila no salte mucho.

—Es un buen auto, buena suspensión y creo que ese gallo debe querer llegar luego a la Posta, ahí termina su responsabilidad.

—Ahora que pienso, ¿por qué no la llevamos nosotros?

—¿Y por qué no miras hacia atrás y ves cuán espacioso es este modelo sport?

—Auto de hombre solo, sin nada que acarrear ni nadie a quien invitar de paseo.

—¿Paseo? Con un asiento delantero me basta. —Aumentó la velocidad y pasó al que iba adelante dejándolo sumido en una nube de polvo que obscureció el camino.

¿Qué hora será?, se preguntó Soledad, pero en realidad sólo deseaba rememorar cada instante de esa noche desde que salieron de casa, ya no recordaba a qué hora, hasta que olieron a quemado, vieron el humo, se levantaron y se oyó el primer grito, tampoco sabía a qué hora.

—La noche está cerrada, parece más obscura aún... —Pero Miguel no quería comentarios; su cuerpo relajado a su pesar, por la proximidad de Soledad, no quería ceder a la emoción de una noche que los juntó, por capricho, en nostalgias y dolores pasados. Deseó frenar, abrir la puerta, decir ya basta, *dear*, bájate y desaparece de una vez, se terminaron entre nosotros los temas de salón; guardó su silencio y consumió sus nervios, mirando fijamente el camino, los dedos incrustados en el volante.

Lucila abre los ojos y su mirada errante busca ayuda. Rosalía se inclina. Como no hay luces exteriores ni focos que crucen

ciaba sus manos y acercaba su rostro hasta que una expresión de agradecimiento apareció en los ojos de Lucila, que le apretó los dedos.

Ya más despierta habló de agua, de sed, movió la espalda, gritaba a Carlos, llamaba a Eva y enumeraba una confusa mezcla de cápsulas, de tabletas, de obleas, de un sobre blanco. Rosalía pensó que Lucila deliraba. Trató de resumir ese delirio: ¿habrá tomado Carlos todas las pastillas?, ¿cuántas tomó? Para calmarla contestó:

—Claro que sí, por supuesto que se tomó todas las pastillas que le dejaste en el velador y habrá dormido bien, muy bien, no te preocupes, él hace lo que tú indicas. —Y Lucila gemía.

—¿Le dolerá mucho? El auto disminuyó la velocidad. Rosalía volvió la cabeza y por sobre el parabrisas divisó luces variadas dejando estelas diferentes, rojas, violetas, amarillas, que formaban un muro iluminado y fabuloso. El camino, la carretera. Por fin, en veinte minutos estaremos en Santiago. Nada podía suceder en veinte minutos. Lucila no podía morir en veinte minutos. Había una ruta abierta, marcada, llevando a un lugar concreto, en veinte minutos. Nada puede pasar cuando uno va por camino seguro, todo es claro, iluminado, es cuestión de seguir el trazado. En veinte minutos estarían en la Asistencia Pública, donde gente entrenada para actuar se haría cargo. Nadie puede morir cuando uno llega al camino. Los médicos no los harían esperar. Estaban en buenas manos. Ramón manejaba seguro, complacido de su rol, él sabía a donde ir. Su perfil concentrado aseguró a Rosalía que todo iba bien. Tomó la mano de Lucila y reubicó sus piernas, quedando cómodamente sentada en sus pies. Cada cierto rato le hablaba con dulzura para que no se sintiera sola, pero al parecer Lucila, sumergida en su propia pesadumbre, no valoraba la palabra tierna de su compañera. Sola en su secreto, buscaba vanamente cómo explicar a la otra su angustia sin que la lengua tomara forma. Carlos podía estar muerto y era preciso que ella, su amiga, averiguara, le despertara, le diera café, buscara un médico, le in-

yectaran estimulantes cardíacos y luego vinieran donde Lucila a comunicárselo, sólo entonces podría sentir el dolor de las quemaduras en su piel. Por favor, Rosalía..., llama a Carlos... Pero las sílabas entrecortadas, inconexas las ideas, deterioradas las frases por su boca o por su cerebro, hacían que ésta pensara: pobrecita, está obsesionada. Una tremenda debilidad iba alejando a Lucila del lugar. No te oigo, no te oigo. Ya en plena carretera se dejaron llevar por la inercia y el reposo... Estaban en casa, las luces les decían que el viaje había terminado, llegaban por fin. Podían dormir, soñar, libres de la confusión de las últimas horas. Dormir. Llegar. Rosalía sacudió su modorra y volvió a tomar la mano de Lucila, que descansó relajada entre las suyas.

Ojalá que Soledad llegue pronto, se dijo Rosalía, yo tengo que conseguir un teléfono. La camilla con el cuerpo de Lucila tapado por una sábana de un blanco grisáceo torcía la esquina del corredor. Corrió tras ella, pero un enfermero la detuvo: Hasta aquí, señora, de esta puerta no puede pasar. Volvió hacia atrás; en un espacio amplio como un zaguán dejó a Ramón y su señora, a quienes deseaba abrazar como a los mejores amigos de su vida. La compasión por sí misma la envolvió como un manto. En momentos así no tengo a nadie. ¿Quién vela por mí? Osvaldo está muerto. Lloró esta vez porque Osvaldo estaba muerto, porque Lucila estaba herida, porque la tenían sola desnudándola para evaluar su gravedad, porque ella era una mujer desvalida, porque Lily no quería a su madre en la misma forma perdonadora y compasiva con que la quería su madre a ella, porque Mané la juzgaba con desapego, porque Dios la abandonó muchos años atrás, cuando dejó de rezar con amor y fe, porque su mente era improductiva e incapaz de crear aventura o amor a su alrededor, etc. Todo el desprecio por sí misma le estrechó la piel ahogándola. Soy nada. Soy un fracaso. Ni siquiera puedo ayudar a Lucila en el único momento de su vida

que ha tenido necesidad de mí: ella que lo tuvo todo y que hoy está en mis manos. Lo más urgente era llamar a Carlos, pero el teléfono no contestó. Entonces pensó en Lily, lo más suyo, la más cercana; Lily, tenía que hablar con ella, sentirla cerca. Volvió a rogar al portero que le facilitara otra vez el teléfono, pero éste oyó su ruego con indiferencia; al fin hizo un gesto con la barbilla indicando el extremo del pasadizo, donde hacía recodo, que daba a la puerta de una oficina desocupada.

—A esta hora puede usarlo directo.

Rosalía acudió al lugar. Sola frente al aparato se sintió con el mundo en sus manos y se instaló sobre un piso al tomar el fono, lejos de las miradas insultantes del carabinero y del portero. Marcó el número de su casa. Sonó varias veces. Rosalía temblaba. Ramón y su mujer seguían de pie, ella fumaba un cigarrillo con fruición, placenteramente, mientras él se paseaba con las manos agarradas en la espalda. Deseaba actuar, hacer algo útil, por una vez ser indispensable, pero Lucila dependía del doctor que pronto vendría a dar un diagnóstico. Si es que se dignaba aparecer. Ramón miró a Rosalía con afecto, ella mostró el teléfono indicándole que tenía llamados importantes que realizar. El volvió la cabeza hacia la calle, a esa hora vacía, esperando el amanecer.

Por fin alguien contestó. ¿Qué número marcaba? La voz de su hijo le alegró el alma. Osvaldito en la casa con sus hermanas. Oírlo le devolvió la alegría que creyó perdida para siempre minutos antes. Mijito. Mamá, qué pasa. La voz de sueño comenzaba a espabilarse y despierto ya, al reconocer a su madre, a inquietarse.

—¿Dónde estás? Te creía en tu cama.

—Osvaldito, mijito, no puedo explayarme porque estoy en un teléfono público —evitó decir en la Posta—. En el matrimonio donde estábamos...

—Sí, ya sé, qué pasó.

—Hubo un accidente, un incendio quiero decir..., terrible, sí, espantoso. Lucila quedó herida. Esperamos no sea muy grave.

—Tía Lucila, qué horror. Pero tú, mamacita, tú, ¿cómo estás tú?

—Yo, bien. No se agiten si no llego hasta mañana.

—Cuídate, mamá, no te preocupes por nosotros, todo está bien aquí. Lo siento mucho, mamá, me alegro que tú estés bien...

La ternura de su hijo la hizo olvidarse y trasladar su preocupación a Lucila: Creo que Carlos toma mucho y debe estar dormido.

El teléfono sonaba sin cesar. Nadie respondió otra vez. Rosalía dio una vuelta por el pasadizo por si llegaba alguna noticia. En el otro extremo Ramón esperaba conversando en voz baja con su mujer. A esa hora sólo el nochero en su caseta parecía vivir mientras el carabinero de la puerta dormitaba hasta nueva orden.

—Pienso que deben irse —sugirió Rosalía con la mirada llena de agradecimiento y afecto—, yo estoy aquí y nada hay que hacer.

—Sí, sí, ya nos vamos, espero a Miguel y Soledad y nos vamos, ése fue el compromiso. Además no me gusta dejarte sola, deprimida. —Sonrió.

—Gracias, Ramón —dijo—, ha sido un encuentro muy extraño.

—En una noche muy extraña.

Rosalía volvió al teléfono. Si nadie responde será preciso llamar a Eva. Pero cómo averiguar su número a esa hora. Se dio cuenta de que tenía la cartera de Lucila en su mano, junto a la estola de zorro plateado que, a fuerza de permanecer apretada entre sus brazos, parecía más gastada que por el tiempo. Perdí mi cartera, se lamentó, ¿qué tenía adentro? Qué más da, nada de mucho valor, sólo una polvera de carey que era de mi mamá, pero que actualmente poco se distingue de las imitaciones plásticas. Abrió la carterita de Lucila, que sólo contenía unos lentes, un pañuelo de encajes, un estuche de maquillaje y una peineta, además de algunos billetes. Nada de libreta de apuntes con números de teléfonos y direcciones.

Qué lástima, Eva debería estar aquí junto a su madre. Entonces pensó que el más necesario era Carloto, quien tomaría medidas mejor que nadie: vive con sus padres y aunque ella se queja de que sale mucho, quizás insistiendo un poco más... Dios quiera que lo encuentre. Volvió a marcar manteniendo el fono en la mano mientras miraba alerta a la aparición del médico dando noticias. Por largo rato el teléfono sonó en vano.

Miguel y Soledad seguían los vaivenes del camino sin asfaltar y la confusión de sus pensamientos, impaciencia y preocupación se traducían en los labios apretados de él y en las manos apretadas sobre la falda de ella. Juntos por una ruta desconocida, solos en medio de la profunda obscuridad final de la noche. Soledad volvió la cabeza y vio que el resplandor del fuego se perdía entre cielo y cerro y sólo era visible la estela de polvo levantado por las ruedas traseras del automóvil. Hacia adelante las luces de los focos delanteros apagaban las estrellas.

—¿Es cierto que desaparecieron las estrellas o son mis ojos cegatones que no las distinguen?

De cuando en cuando la silueta de una casa se destacaba contra el potrero y en alguna parte alguien dejó ampolletas encendidas que animaban el perfil del alambrado.

—La noche está por terminar y aún no se insinúa el alba tras la cordillera.

Ahí estaban los dos sin saber qué decirse, como en los últimos tiempos de vida común. Por callar lo esencial, por habituarse a las conversaciones sociales que hacían de su intimidad un pasatiempo, por temor al sufrimiento compartido que amenazaba quebrarlos, llegó el momento en que no supieron qué hablar. Las bromas otrora ingeniosas de Miguel parecían superficiales y los disparates de Soledad frívolos. Las recónditas fuentes en cada uno eran secretas. ¿Qué compartir? Pura pobreza y esterilidad. No he dicho que no te quiera sino que te voy a dejar. Adiós, Soledad.

No faltó la gente con quien matar la tristeza en la oficina y entre sus antiguos amigos. Al verla definitivamente separada aparecieron admiradores, invitaciones a comer, a dormir, a pasar vacaciones, al casino, a conocer Machu Picchu, hasta que, aburrida de relaciones superfluas, Soledad pensó reencontrar en Ralph el amor y junto con el amor reencontrar a su hija perdida.

—Sólo quería que Ralph me recordara a Sol —dijo valientemente. Miguel desconcertado levantó la vista y disminuyó velocidad, pero no despegó los labios—. A veces una sonrisa, el guiño de un ojo puede ilusionar. Al fin comprendí que era una locura, tenía que optar por volver a Chile o quedarme allá para siempre, habría tenido que casarme con Ralph, no podíamos seguir visitándonos como dos pololos de quince años.

—¿Por qué no me pediste el divorcio? —Miguel hizo un esfuerzo para sacar la voz—. Habría apresurado los trámites. Lo he tomado con calma creyendo que ninguno tenía mayor interés en ser independiente. Si tú hubieses dicho...

—No se me ocurrió. Sentí que mi vida seguía aquí, en Chile. Fue muy triste volver a quedarme sola. Con el tiempo empecé otra búsqueda.

—¿Otro amor?

—No, una respuesta a toda esta miéchica.

—Una respuesta... —rió con sarcasmo.

—Quería saber por qué...

—El dolor y la muerte nacen con uno. Se sabe sin preguntarlo.

—Lo comprendo ahora. Quería sentirlo, no sólo saberlo, tomé clases de Sagradas Escrituras, de Biblia, pero no me gustó; tomé clases de Teología, mucho conocimiento frío; de Cristología, se humanizó Cristo en la dualidad de sus personas y de sus padeceres, pero yo quería algo más simple.

—Dirás mucho más complicado.

—Puede ser.

—¿No estabas tan entusiasmada con el yoga?

—Además... quería aprender a rezar.

—El espiritualismo oriental es oración y meditación.

—Algo de esa actitud, más que la filosofía, me ayudó, pero ¿cómo hacer para trabajar cada día?, ¿cómo hacer para levantarme, salir, saludar y andar por la calle todo el día?, ¿cómo hacer para entrar a una tienda o conocer una ciudad?, ¿cómo hacer para sentirme viva e interesada por algo?

—Puchas la preguntita.

—Eso me dijo un cura: esa pregunta, Soledad, es la oración, el anhelo íntimo de pasar el día unida por la intención o la palabra a Cristo, pero seguían siendo puras palabras con los mejores argumentos.

—Tu trabajo también te ayudó, los viajes te distrajeron supongo, además el preocuparte de tus padres llenaba un poco el hueco...

—Con ellos... sólo sufrimos juntos, verlos es una dolorosa alegría que nos llena de recuerdos, de deseos de retroceder el tiempo, o hablamos o callamos penas, ¡qué mierda!

Ya por la carretera iluminada y segura volvieron a tomar velocidad; la vista fija sobre el asfalto, callaron. Soledad trataba de serenarse, toda esa noche parecía haberla marcado, el viaje, la fiesta, la conversación con sus amigas de infancia y compañeras de la vida adulta tan lejanas en sus mundos íntimos, la falta de anteojos, el temor a la vejez y por fin la boda, el encuentro, el accidente, la conmoción, despertaban ahora en ella profundas ansias de niñez, de juegos infantiles, de rondas, de cantos, de inconsciencia, de sinceridad:

—Los viajes, dices tú; es duro no tener a quién llegar.

Miguel extendió la mano, cogió su brazo y fue recorriéndolo hasta agarrar sus dedos, que acarició uno por uno. Ella perdió el miedo, sintiéndose otra vez real y definida; sin saberlo se fue acercando a él, moviéndose en el asiento hasta estar junto a su marido y entendió que sus cuerpos, sus brazos, sus caderas, sus hombros, eran amigos, se conocían mejor que ellos, se avenían y ahora, ahí, en el automóvil, se encontraban a gusto.

Aliviada la tensión íntima, tocándose los hombros y caderas, silenciosos y preocupados llegaron a la Posta.

La vista fija en la puerta batiente, Rosalía volvió al teléfono. La soledad del edificio era absoluta; en la salita de entrada, adonde primero llegaban las ambulancias, el carabinero de guardia se levantó, dio unos pasos para desentumecerse y volvió a sentarse, el pecho contra el libro de partes y las manos sobre un lápiz de color amarillo amarrado a un cordón. El número de la casa de Carlos sonaba correctamente, pero nadie atendía. Esperó. Una empleada quizás o él mismo podría de repente despertar con la campanilla: Carlos tiene un aparato sobre el velador, no puede dormir tan profundamente durante tanto rato. Le pareció milagroso que levantaran el fono y al otro extremo del hilo la voz de un hombre respondiera.

—Carlos..., por fin...

—Habla su hijo. —La voz alerta, joven.

—Carloto, hijo, habla tu tía Rosalía.

—Sí, tía, qué pasa.

—Perdona que te moleste a esta hora —dilataba el momento—, ¿te desperté?

—No, tía, no se preocupe, llegué hace poco, comenzaba a acostarme. ¿Mi mamá...?

—Eso es, nada de mucha importancia, pero tu papá tiene que venir, hacerse presente.

—Diga, tía, qué pasó...

—Tuvo un accidente, es decir, en el matrimonio hubo un incendio justamente en el salón donde estábamos...

—Y mi mamá...

—Le cayó encima un palo candente, la trajimos aquí, a la Posta Central...

—Voy al tiro, pero dígame la verdad, tía...

—El médico la está auscultando para hacer un diagnóstico, esperemos no sea grave..., lo peor ha sido el shock.

—La Posta Central es esa...

—En Portugal, creo que cerca de Bilbao. Oyeme, Carloto, óyeme bien, prometí a Lucila que hablaría personalmente con Carlos. Te ruego que antes que nada vayas a despertarlo y le digas que venga, que ella necesita verlo, exige verlo.

—Yo le hablaré, tía, no perdamos tiempo... —colgó el auricular.

Rosalía respiró aliviada; cumplida su misión, podía esperar noticias centrada en sus propios sentimientos de pena y compasión: Que llegue luego Soledad, me fumaría con ella un cigarrillo. Volvió donde Ramón y su señora esperaban tranquilos, pacientes; de vez en cuando se paseaban para estirar las piernas o se dirigían una sonrisa o una palabra para comunicarse: ¿no habrá una máquina que sirva café?

—Váyanse por favor —insistió—, han hecho por nosotras más que suficiente. El alzó los hombros restándole importancia—. ¿Tiene un cigarrillo?

—Es la segunda vez en la noche que te respondo no fumo. —Ramón sonrió con picardía y su esposa bostezó, sacando el paquete ya vacío de su cartera.

Cierto revuelo en la entrada, el carabinero de pie y el portero de noche saliendo de su caseta hicieron a Rosalía mirar hacia ese sitio. Miguel discutía que era pariente de la enferma recién llegada y el carabinero pedía documentos, mientras Soledad alegaba que en esas carteras de tarde no había hueco para carnets, RUT y otras gabelas. Rosalía, que ya se sentía como en su casa, corrió a interceder agregando que pronto llegaría el hijo de la paciente y que por favor no complicaran las cosas; pero mientras hablaba no dejó de darse cuenta de que Soledad y Miguel venían de la mano y eso le pareció más interesante y extraño que cualquier otro suspenso. Románticamente comenzó su elucubración acerca del amor.

Miguel se dirigió hacia Ramón y palmoteándole la espalda agradeció su trasnochada:

—Ahora pueden irse —dijo extendiendo la mano a la esposa, que lo miraba con cierta admiración.

Rosalía quiso besarlo, pero como estaba más serena acompañada de Soledad y Miguel, decidió lloriquear un poco. El la acarició levemente en el pelo y se despidió, mientras Soledad comprensiva buscaba un cigarrillo. No encontraron dónde sentarse, sólo al extremo del corredor una camilla desocupada dormía tapada en blanco. En ese momento apareció el médico tras la puerta batiente y las dos mujeres se acercaron urgiéndolo con la mirada.

—¿Ustedes son familiares de la señora que acaba de llegar?

—Somos sólo acompañantes, su hijo vendrá pronto.

—Necesito algunos datos.

—Primero díganos cómo la encuentra.

—Hemos hecho un prolijo examen de la superficie afectada por la quemadura y se han desinfectado convenientemente los sectores más graves, las curaciones necesarias han demostrado que el caso es subsanable, hay un punto feo que estamos interviniendo. Sólo cabe esperar que el estado de conmoción vaya mejorando y que los antibióticos eviten cualquier infección futura.

—¿Tiene dolores?

—Se le han aplicado algunos calmantes, ahora le inyectamos además un sedante, ya que el estado de shock la tiene muy excitada a veces y postrada otras. No puede verla nadie, acabamos de llevarla a la sala de recuperación. No recomiendo moverla hasta nuevo examen.

—El estado nervioso proviene de que tiene deseos de ver a su marido —suplicó Rosalía—. Es preciso que lo vea para que se calme y descanse, si no se agitará más.

En ese instante a pasos largos recorrió Carloto la distancia que lo separaba del grupo. El médico le resumió lo dicho ante la mirada del joven, endurecida de preocupación.

—Tengo que verla —decidió—. Me esterilizaré, me pondré mascarilla, lo que sea, pero ella debe saber que estoy a su lado, no quiero que se sienta sola. —Su voz imponente pareció convencer al médico.

—A esta hora hay poca vigilancia; venga, amigo —avanzaron juntos hasta el pabellón de urgencia—. Sólo le advierto que acaban de inyectarle un calmante y puede ya estar dormida.

Cuando Lucila comenzaba a perderse en un largo camino obscuro, sintió que le tocaban la mano.

—Carlos —murmuró trabada ya la lengua por la droga.

Carloto no fue capaz de articular palabra, la emoción cortaba su voz, el gorro verdoso que cubría su frente, pelo y parte de la nariz hacía que Lucila sólo viera sus ojos y su estampa parecida a la de su padre. ¿Por qué no seguirle el juego y tranquilizarla? En voz baja y algo quebrada, musitó:

—Queridita, no te apures por nada, saldrás de ésta..., todo va bien.

Ella movió los párpados cansadamente y volvió a fijarlos en él con cierta aprensión.

—No dejan entrar a nadie, así es que espera tranquila, mañana te llevaremos a casa —acarició su mano suavemente—. ¿Te duele algo?

Sonrió con labios resecos y comenzó a cerrar los ojos. Carloto besó la palma de la mano de su madre, quien hizo un gesto con la cabeza:

—Estoy bien, besos... —El sedante hacía efecto y las facciones de Lucila comenzaron a cambiar de expresión. Tranquila ya, sentía que lo mejor era dejarse llevar por el sueño y terminar, despertar algún día de la pesadilla de esas últimas horas. Qué noche, Señor mío, qué noche, quizás esté comenzando a aclarar, a lo mejor todo ha terminado, veo luces, el camino de tierra y polvo y tinieblas, perdidas, la casa llena de luz y gente, Carlos despertando de un sueño largo y postrador, el fuego, el miedo, el dolor y ahora por un extraño vuelco de las circunstancias, todo vuelve a su sitio. Puede dormir, dormir y despertar de día con el sol alto de la mañana. Señor, Señor, qué largo se me ha hecho el sueño.

—Está completamente dormida —dijo el médico tomando su mano que cayó por su peso; contó las pulsaciones en su

muñeca y sonrió a Carloto—. Se está afirmando, lento y parejo —avanzó hacia la puerta, acompañando al joven a sacarse el delantal en la pieza del lado—. No puedo asegurarlo aún, pero creo que saldremos adelante. Buenas noches.

Carloto salió al pasillo con el pelo algo disparado por la forma brusca en que se quitó el gorro verde y las polainas y fue a reunirse con los demás.

—Dime, hijito —inquirió Rosalía, tan obsesionada como Lucila—, despertaste a Carlos, ¿no es cierto?

—No, tía, no valía la pena, me asomé y la pieza estaba muy obscura, parecía dormir profundamente, no tuve valor de entrar y preferí venir corriendo. Ya tendremos tiempo mañana de comunicarle toda la historia. El no tiene que hacer nada, de mi mamá me encargo yo y ahora está recuperándose.

—Bueno, Rosalía, no te agites más, el asunto ya no está en tus manos. Lucila tiene familia.

—Trataré de ubicar a mi hermana —dijo alejándose Carloto.

Tras las torres cercanas al edificio comenzaba a verse una luminosidad etérea y azulada, difícil de distinguir contra el cielo, hacia la cordillera. Rosalía se separó de Soledad y Miguel y caminó unos pasos preocupada. Su instinto le insinuó que había sido desleal con Lucila, que la había engañado, y esta intranquilidad se apoderó de algo muy tenue en el fondo de su pensamiento; no sabía qué hacer. Tenía un miedo indefinible. Carloto era ahora el dueño de la situación y su manera de ser segura y eficiente la liberaba de todo cargo, pero no logró vencer esa inquietud que desde el abdomen iba subiendo a su garganta. Alzó los hombros y pensó en su casa. Unica forma de volver a sí. En este lugar era útil, algo tenía aún que hacer, de su efectividad dependía que Lucila se recuperara bien, pero no sabía cómo actuar ni dónde estaba su sitio. Confusa, se dijo que lo mejor era ir personalmente a casa de Carlos, pero luego desechó la idea: me tomará por una intrusa. Nada podía hacer, su insistencia era ilógica, el hijo era ya un hombre, mejor estarse quieta y rezar. ¿Cómo no rezar en esos momentos? Enco-

mendó a Dios con piedad febril a Lucila, a Carlos, y dejó en sus manos ese malestar. Cuando aún musitaba frases, jaculatorias y rezos mezclados de temores y desdichas, al ver a Lily se iluminaron sus ojos y el corazón descansó dentro del pecho, confiado y sereno; la vio encaminarse hasta el sitio donde se encontraba, y luego, agitada y tierna, la abrazó diciendo:

—Tengo un taxi allí afuera, mamá, vine a buscarte.

Miguel y Soledad se miraban esperando, como en un ritual, que los iluminara la luz del amanecer. Con pena despidieron a Rosalía y Lily, que partieron a casa, después de programar turnos para venir a saber de Lucila durante el domingo, y se quedaron ambos afirmados en la camilla vacía, mientras Carloto trataba de hacer un llamado telefónico a Eva. En ese momento sonó la sirena prolongando un gemido agudo y doloroso en la quietud nocturna. Pocos instantes después chirriaron los frenos de una ambulancia sobre la rampa frontal de la entrada a la Posta de Urgencia. La inmisericordiosa bocina anunciaba la llegada de heridos que convulsionaron en un instante el quieto lugar.

Unidos por una escalofriante sensación de pánico, tensados los nervios por la bulla y el movimiento, se separaron y allegándose hacia la pared trataron de no perturbar el paso de los enfermos. Dos practicantes tomaron la camilla llevándola como un bólido hasta la puerta mientras una enfermera salida de la nada abría puertas y el médico de turno volvía a aparecer con las botas de lienzo a medio colocar y ajustándose el delantal. Desde la ambulancia bajaron dos literas, sobre las que distinguieron dos mujeres, una joven y una niña, medio tapadas por sábanas ensangrentadas. Por la forma en que sostenían la cabeza parecían heridas de gravedad o moribundas, una tras otra fueron trasladadas de camilla, el pelo negro de la mujer se pegaba al cuello y sobre la frente de la niña corría un chorro ya debilitado de sangre.

—*Oh God, oh God!* —gritó Soledad enloquecida—. ¿Qué sucede?

—Calma, calma, señora, o deberá abandonar el recinto —dijo uno de los camilleros, que volvía a la ambulancia.

Tapándose los ojos con las manos, como autómata, Soledad se fue deslizando hasta la salida y allí se detuvo a sacar un sollozo contenido, tratando de respirar. En la caseta, cerca de la mesita donde se mantenía el carabinero, inmune, alguien declaraba para llenar el parte oficial de ingreso al plantel de la Posta.

—...el esposo de ella..., de la madre —el carabinero escribía lentamente—..., la madre y su hija... —y como el lápiz no marcaba bien, lo sacudió con fuerza mirándole la punta entintada—, agredida por el hombre... El marido de la madre..., la encontramos... en la calle.

—¿Y la madre?

—Tendida en el piso.

Soledad volvió hacia atrás, sin saber por dónde huir. Buscaba a Miguel. No resistía la descripción ni el informe, le bastaban la sirena de la ambulancia y la sangre sobre la frente de la niña.

—Vamos, Miguel, *please*... —imploró.

Miguel trataba de acordar algo con Carloto, pero oyó el llamado. Sí, estaría en casa, podía comunicarle cualquier acontecimiento, adiós, Carloto, mañana el panorama será más alentador, nos vemos..., es decir en unas horas más.

—Quizás la menor trató de correr... —dictaba la voz monótona del testigo y el carabinero apuntó con indiferencia, seguros ambos de haber cumplido con su deber y estar ya terminando el incidente.

Madre e hija, cubiertas de sangre, iba a gritar Soledad, pero no emitió sonido.

Miguel la agarró cuando ésta salía a la calle y sujetó su codo deteniéndola de un tirón.

—Tranquila —dijo autoritariamente—, la vida sigue su curso y hay que navegar por él... de la mejor forma posible.

—Perdón —musitó ella más repuesta—, perdón, *dear, dear...* —Cerró los ojos y aferrándose a él superó la crisis de angustia.

Se encaminaron hacia el automóvil. Miguel pasó el brazo sobre los hombros de Soledad, estrechándolos con dedos cálidos, acogedores:

—Menos mal que ya está amaneciendo.

Las altas cumbres de la cordillera parecían a esa hora dibujadas por la mano de un niño, destacándose contra el cielo; los colores azul y rosado del alba iban definiéndola. Miguel abrió la puerta del automóvil, esperó que ella se acomodara antes de instalarse al volante. La miró un instante con vacilación:

—Vamos a casa —dijo tiernamente—, necesitamos descansar.

Soledad sonrió dejando ver su doble hilera de dientes; echó la cabeza sobre el respaldo y, aliviada, se dejó conducir.

Elisa Serrana

Nació en Santiago, estudió en el colegio de los Sagrados Corazones y ha viajado por casi todo el mundo. Alrededor de 1955 inició su carrera literaria con algunos artículos en los que relataba las experiencias de sus viajes. Luego continuó con numerosos cuentos que fueron publicados en diversas revistas y periódicos del país. Pero lo que le ha dado mayor fama son sus novelas, las que han sido editadas en Chile y en España. Viuda del agricultor, escritor y periodista Horacio Serrano Palma, tiene cinco hijas y once nietos. Sus obras, que han sido muy bien recibidas por la crítica, se caracterizan por sus ambientes y personajes, que la autora describe con sencillez y profundidad psicológica, y por su estilo directo y también poético, dramático y sugestivo. Entre sus novelas se pueden mencionar las siguientes: *Las tres caras de un sello* (1960), *Chilena, casada, sin profesión* (1962), *Una* (1964), *En blanco y negro* (1968). En 1984, su obra *A cuál de ellas quiere usted, "mandandirumdirunda"*, obtuvo mención en el Concurso Premio Novela Andrés Bello.

Editorial Andrés Bello